PIERRE VIDAL-NAQUET

La Atlántida

PEQUEÑA HISTORIA DE UN MITO PLATÓNICO

akal
EDICIONES

Este libro, que Pierre Vidal-Naquet llevaba dentro desde hace medio siglo, comienza alrededor del año 355 a.C., cuando Platón redacta *Timeo* y *Critias*. Seguramente Platón bebió de la cultura de su tiempo, de Homero a Heródoto y Tucídides, pero el mito del continente perdido, inseparable de una Atenas igualmente imaginaria, es obra suya. No hay que buscar la Atlántida en las profundidades del tiempo o del mar.

El mito ha conocido desarrollos increíbles; primero en la Antigüedad griega, romana y protobizantina, explotando literalmente en el Renacimiento, especialmente después del descubrimiento de América, rápidamente identificada por algunos con el continente imaginado por Platón. Otros, poco numerosos, discreparon, el más destacado de los cuales fue Michel de Montaigne. Más tarde, los nacionalistas se apoderaron del tema, de España a Suecia y de Italia a Alemania, especialmente en la época hitleriana. Los estudiosos intentaron explicar mediante el continente perdido tanto la historia del planeta como la prehistoria minoica de la civilización griega. Los personajes de Julio Verne la visitaron o la reconstruyeron. En el «ghetto modelo» de Theresienstadt, un poeta y un músico identificaron con el emperador de la Atlántida al déspota que los encarceló antes de matarlos.

Ya era hora de que esta larga historia se escribiera.

Pierre Vidal-Naquet –historiador especialista en Grecia antigua– fue, entre 1969 y 1990, director de estudios en la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, donde actualmente es profesor. Es, además, uno de los historiadores franceses más relevantes del último tercio del siglo XX. De entre sus numerosas publicaciones destacan *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego* (1983), *Mito y tragedia en la Grecia antigua* (con J.-P. Vernant, 1986) y *El espejo roto: tragedia ateniense y política* (2004). En Akal ha publicado *La democracia griega, una nueva visión* (1992).

ISBN-13: 978-84-460-2416-3
ISBN-10: 84-460-2416-0
9 788446 024163

-akal-
www.akal.com

creative commons

PIERRE VIDAL-NAQUET

LA ATLÁNTIDA

Pequeña historia de un mito platónico

Traducción:
María del Mar Llinares García

-akal-
EDICIONES

Diseño interior y cubierta: RAG

Título original
L'Atlantide
Petite histoire d'un mythe platonicien

© Les Belles Lettres, 2005

© Ediciones Akal, S. A., 2006
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN-10: 84-460-2416-0
ISBN-13: 978-84-460-2416-3
Depósito legal: M. 9.830-2006

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

Para Geneviève

PRÓLOGO A LAS EDICIONES ITALIANA Y ESPAÑOLA

Para Ricardo Di Donato

Para José Carlos Bermejo Barrera y Mar Llinares García

La versión francesa de este pequeño libro se acabó de imprimir en enero de 2005. Un mes después se publicaban en Éditions Michel Houdiard, bajo la dirección de Chantal Foucrier y Lauric Guillaud, las actas de un coloquio celebrado en Cerisy-la-Salle en Normandía entre el 20 y el 30 de julio de 2002. Estaba invitado a ese coloquio, pero no pude participar. Los responsables me pidieron que prologase esas *Atlantides imaginaires*[1]. Cuando la presente obra aparezca en Italia y en España, hará más de cincuenta años que me intereso por la Atlántida.

El punto de partida fue una conferencia que escuché en Orléans, donde era un joven profesor en el instituto masculino en 1955-1956. El orador era un ilustre helenista de la Sorbona, Fernand Robert. Este último consideraba, sin insistir demasiado, que Platón había podido inspirarse en la civilización minoica, aunque yo no veía cómo habría podido estar informado sobre ella ocho largos siglos después de su desaparición. Mi única competencia para hablar de esta cuestión venía de un diploma de estudios superiores sobre *La Conception platonicienne de l'histoire,* presentado en octubre de 1953 ante Henri-Irenée Marrou. Yo estaba convencido de que Platón no sólo no era un historiador, lo que no era un descubrimiento fabuloso, sino que, en los textos de aspecto histórico, especialmente *Las Leyes,* el pró-

[1] Subtítulo: *Réécritures d'un mythe.*

logo del *Timeo,* el *Critias* y *La República,* manifestaba una auténtica hostilidad hacia la historia tal como la habían practicado Heródoto y Tucídides. Cuando Platón escribía historia, se dedicaba a imitaciones y no a investigaciones directas. Marrou no dejó de hacérmelo notar: había tratado a mi autor como historiador más que como filósofo.

Mis lazos con Italia y los investigadores italianos eran entonces muy limitados. No conocía apenas más que los trabajos de Adolfo Levi sobre la concepción platónica del tiempo. Algún tiempo después del episodio de Orléans, en octubre de 1956, fui nombrado por recomendación de André Aymard, que reinaba en esa época sobre los estudios de Historia Antigua, adjunto de la Faculté des Lettres de Caen. El titular de la cátedra de Historia Antigua era Henri Van Effenterre, autor de una tesis sobre *La Crète et le monde grec de Platon à Polybe*[2]. Cuando le dije que había leído esa tesis, probablemente creyó que era pura adulación. Es verdad que no abordábamos a Platón desde el mismo ángulo; sin embargo, hoy somos lo bastante amigos, y lo bastante opuestos, para que él sepa que no era el caso. En 1963 me proporcionó la ocasión de seguir las excavaciones de Mallia. No se trató en absoluto de la Atlántida.

Mi meta al trabajar sobre este tema era no tanto escribir un capítulo de una tesis sobre la historiografía griega del siglo IV, conforme al compromiso que había adquirido con André Aymard, como comprender cómo funcionaba, en la especulación platónica, la oposición entre la Atenas prehistórica que describe a Solón el sacerdote de Sais, la *Ur-Athen* de la historiografía alemana, y la Atlántida, potencia imperialista y marítima desaparecida en un cataclismo, mientras que Atenas sobrevivía tras haber sido aniquilada. En suma, la guerra entre Atenas y la Atlántida era una guerra entre Atenas y Atenas.

Volví sobre este asunto numerosas veces, especialmente en Pisa, donde fui invitado en los años 70 por Giuseppe Nenci y, más tarde, en 1979, por Arnaldo Momigliano, mi maestro y, a decir verdad, el maestro por todo lo que respecta a la historia de la historiografía. Entonces presenté un ensayo titulado «Herodote et l'Atlantide: entre les Grecs et les Juifs. Reflexions sur

[2] París, De Boccard, 1948.

l'historiographie du siècle des Lumières»[3]. Allí desarrollaba la idea, que volverá a aparecer en el presente libro, de que cuando la Biblia se convierte progresivamente en el libro-fuente en lo que fue el Imperio romano, trae consigo ciertas consecuencias enojosas para las historiografías nacionales. Al contrario, cuando las naciones quisieron escribir su propia historia, la Atlántida fue para muchas de ellas, especialmente en España en el siglo XVI y en Suecia a fines del siglo XVII, una forma de compartir, e incluso revocar, la elección de Israel. Esta opción fue también, como se verá, la de una fracción notable del nacionalismo alemán, incluso durante el periodo hitleriano. Descender de los atlantes significa entonces no descender de los judíos, ni espiritualmente ni por la «sangre».

Italia tuvo su parte de lo que propongo llamar atlanto-nacionalismo. Su principal héroe fue sin duda el conde Gian Rinaldo Carli (1720-1795), originario de Capodistria, ciudad hoy de lengua italiana pero dependiente de la república de Eslovenia. Hizo de Italia la heredera de la cultura más antigua, no en virtud de la herencia grecorromana, sino como consecuencia de la influencia americana transmitida por el pueblo atlante, instalado, como debe ser, entre Europa y América. Dije algunas cosas de este personaje importante, cuyas *Lettere americane* (1770-1781) fueron traducidas al francés. Hubiera podido decir mucho más si hubiese conocido el excelente libro que mi colega Marci Ciardi publicó en Bolonia en 2002 y que tuvo la amabilidad de enviarme tras haber conocido el mío[4]. Más allá de la persona del conde Carli, tendré que volver sobre esta excelente obra. Haberla ignorado es la principal laguna que hoy debo reparar. Por su-

---

[3] Publicado en *Quaderni di Storia* 16 (julio-diciembre 1982), dirigidos en Bari por Luciano Canfora; reimpreso en mi libro *Les Grecs, les historiens, la démocrarie. Le grand écart,* París, La Découverte, 2000, con algunas pequeñas modificaciones. En 1979 conocí en Pisa a Riccardo Di Donato, traductor al italiano de dos de mis libros y del presente ensayo, que resulta completamente natural dedicarle.

[4] Que la traducción al italiano de mi libro sea la ocasión de reparar este olvido: véase, por lo tanto, *Atlantide. Una controversia scientifica da Colombo a Darwin,* Bolonia, Carocci, 2002. Del mismo autor, un artículo donde se encuentra información sobre este personaje, «Un Museo per la Ricerca. Gli Scienzati sabaudi, il mondo antico e l'Egitto», en *Mélanges Mara Miniati,* Florencia, Leo Olschki, 2003, pp. 335-353.

puesto, hay otras. Fuera de los casos particulares de Julio Verne y de Pierre Benoit, he dejado de lado la inmensa literatura novelesca que en los siglos XIX y XX se ha derramado sobre el continente. Remitir al libro, procedente de una tesis leída en 1996, de Chantal Foucrier, *Le Mythe littéraire de l'Atlantide*[5], me parecía y me parece suficiente. Añadamos, para los que estén tentados por saber más, la copiosa colección editada por Lauric Guillot[6] en 2000. Ahí se encuentra lo mejor y lo peor. Imagino que tales colecciones existen en Italia y España.

La pasión localizadora y la búsqueda no menos delirante de los orígenes siguen manifestándose. Ofrezcamos un ejemplo minúsculo: en 1985, un profesor de la Universidad de Ginebra, Adalberto Giovannini, piensa resolver el enigma de la Atlántida lanzando una hipótesis: ¿se inspiró Platón acaso en los desastres sucedidos en Helike y Boura, en la costa noroeste del Peloponeso, en Acaya? Las dos ciudades fueron tragadas por un seísmo durante el invierno de 373/372[7]. La idea no explica en absoluto el texto de Platón y podríamos encontrar otros ejemplos análogos: ¿por qué no la inundación sucedida durante la Guerra del Peloponeso en Atalante, entre los locrios, y que es mencionada por Tucídides (III, 89, 3)?

Nos queda por mencionar que, en un coloquio celebrado en Melos, patria de una célebre Afrodita, del 11 al 13 de julio de este año[8], una arqueóloga aquea, Dora Katsonopoulou, anunciaba la creación de un *Helikè Project* destinado a desarrollar esta «esclarecedora comparación» *(illuminating comparison).* Extraño coloquio, la verdad. Contiene, es verdad, una o dos pro-

---

[5] Remito a este libro en la nota 15 de mi introducción.

[6] *Atlantides. Les Iles englouties,* París, Omnibus, 2000, 1.207 páginas, especialmente con *L'Éternel Adam* de Julio Verne, que su hijo Michel publica y quizás escribe en 1910 [ed. cast.: *El eterno Adán,* Barcelona, Icaria, 1978]. Hay también libros franceses y anglosajones.

[7] El artículo de A. GIOVANNINI, «Peut-on démythifier l'Atlantide?», fue publicado en *Museum Helveticum* 42 (1985), pp. 151-156; la fuente esencial es Pausanias VII, 24-25. Véase el estudio de R. TREUIL, «L'Atlantide et l'archéologie», en C. Foucrier y L. Guillaud (eds.), *Atlantides imaginaires,* París, Éditions Michel Houdiard, 2004, pp. 122-133.

[8] Conozco el programa y el resumen de las publicaciones gracias al talento de internauta de mi amigo Charalampos Orfanos. Le agradezco enormemente este servicio, que se añade a tantos otros, incluida la escritura de este prólogo.

puestas razonables[9], pero también auténticas locuras. Se esfuerzan, por ejemplo, por explicar la estructura concéntrica de la capital atlante: igual que una piedra lanzada al agua provoca círculos concéntricos, un aerolito venido del espacio pudo crear círculos semejantes en un lugar que no se precisa[10]. Naturalmente encontraron un sabio (Jaime Manuschevich, de la Universidad de Chile) que retoma esta vieja hipótesis: «La Atlántida fue Israel».

En Internet se anuncia la próxima aparición de una disertación defendida por N. Nguepe Taba II en la Universidad J.W. Goethe de Frankfurt con el título *Afrika als Atlantis Insel*. Este mito, tomado por Solón de sabios egipcios, es a la vez una realidad –la Atlántida era en realidad África– y también el resultado de una transformación «para servir de base a la acción colonial griega», y la expresión moderna de una ideología colonial europea. Lo que hay de cierto en esta idea fue perfectamente analizado por el llorado G. Gliozzi, al que cito abundantemente en mi libro. El resto es pura palabrería.

Volvamos, para concluir este prólogo, al libro de Marco Ciardi, *Atlantide. Una controversia scientifica da Colombo a Darwin*. Primero, para subrayar su extraordinaria calidad. Ya lo he mencionado a propósito de Carli. Es probable que, si hubiese conocido este libro antes de escribir el mío, como era cronológicamente posible, hubiera podido escribir un libro diferente. Sobre toda una serie de problemas, especialmente sobre los teóricos de la tierra en el siglo XVII, Hooke y Steensen, sobre los cuales llamó mi atención Alain Schnapp y de lo que prácticamente no he hablado, y sobre los escritos bíblicos de Newton, cuya existencia señalo pero de los que casi no digo nada, Marco Ciardi aporta mucho, y lo mismo cuando habla de Buffon, de Spallanzani y de Le Chevalier, mostrando, a propósito de estos dos últimos eruditos del siglo XVIII, el parentesco entre la búsqueda de la Atlántida y la búsqueda de Troya, lo que yo no había sino sospechado. Aporta también informa-

[9] Pienso sobre todo en el estudio de Amihud Gilead, profesor de la Universidad de Haifa, «The Topos of Atlantis. Some Philosophical Insights».

[10] Se trata de Filippos Tsikalas, de la Universidad de Oslo, de Stavros Papamarinopoulos, de la Universidad de Patras, y de V.V. Shuhalov, de la Academia de Ciencias de Rusia.

ciones decisivas sobre Cuvier, Humboldt y Darwin, de los que no digo nada.

Por una parte, nuestros objetivos respectivos no eran los mismos. Lo que yo estudio en este libro es, como indica el subtítulo, la historia de un mito. Marco Ciardi, por su parte, hace la historia de una controversia científica, en la que tomaron parte auténticos sabios. No todos, sin embargo. Descartes, filósofo y matemático donde los haya, no dice una palabra de la Atlántida. Al contrario, Montaigne, al que Ciardi consagra algunas líneas, ¿tiene cabida en la historia de una disputa científica? ¿Hay, por otra parte, una noción de «ciencia» idéntica en Cristóbal Colón y Darwin? ¿Las matemáticas, quizás? Pierre de Fermat (1601-1665) es el autor de un teorema que afirma haber demostrado en una nota marginal de una edición del matemático griego Diofanto. Viajando por Grecia en 1993 en compañía de dos matemáticos, Spyros Spathis y Laurent Schwartz, supe que había sido demostrado por fin y, me dijeron, en condiciones tales que es poco probable que Fermat hubiese tenido ante sí la solución[11]. Fermat era miembro del parlamento de Toulouse. Profesionalmente, por lo tanto, era jurista. En matemática era, según una expresión consagrada, el «príncipe de los aficionados».

La profesionalización del saber es una empresa trabajosa, incluso para las ciencias exactas. No hubo una, sino muchas revoluciones científicas, una sucesión de «paradigmas», por utilizar el vocabulario de Thomas S. Kuhn[12], o de campos epistemológicos, por hablar como Michel Foucault.

En una disputa como la de la Atlántida, tal como la ha estudiado Marco Ciardi, lo que complica terriblemente las cosas es que ha sido considerada como si se tratase de un problema de geografía o de geología, con la tradición bíblica a mayores, que tuvo mucho peso incluso en el siglo XIX.

---

[11] La primera demostración, anunciada en junio de 1993, incluía un error; apenas un año después ese error fue rectificado. Esta precisión me llega de Claudine Robert, hija de Laurent Schwartz.

[12] T. S. KUHN, *La Structure des révolutions scientifiques*, trad. L. Meyer, París, Flammarion, 1983 [ed. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1975]; para una crítica sociológica, cfr. T. SHINN y P. RAGOUET, *Controverses sur la science. Pour une sociologie transversaliste de l'activité scientifique*, París, Raisons d'agir, 2005, pp. 55-63.

¿Es suficiente con el escepticismo, el de Voltaire, por ejemplo?[13]. Uno de los fundadores de la química moderna es el inglés Robert Boyle, que publicó en 1661 *The Sceptical Chemist,* en el que distingue cuidadosamente las *mezclas* y los *compuestos*. Lo sorprendente en la historia de la Atlántida es que, al mismo tiempo, hay que eliminarla del mundo real, lo que no se hará hasta 1841 en la «Dissertation» de Thomas-Henri Martin, auténtico profesional de la historia de la filosofía y las ciencias antiguas, e interpretarla tal como Platón la había concebido, como una crítica radical del imperialismo marítimo de Atenas. Esta interpretación, que me he esforzado por resucitar, fue propuesta por primera vez por Giuseppe Bartoli, nacido en 1717, que enseñó elocuencia italiana y literatura griega en la Universidad de Turín de 1745 a 1763. En 1779 publicó su libro decisivo, *Essai sur l'explication historique que Platon a donnée de son Atlantide et qu'on n'a pas considérée jusqu'à présent,* libro que fue ampliamente menospreciado, incluso por Thomas-Henri Martin[14].

Georges Cuvier (1769-1832), al contrario que Voltaire, creía en la existencia de los fósiles, pero excluía cualquier fósil humano. Piensa que las catástrofes han jalonado la historia de la Tierra y que la «imaginación poética» de Platón tiene el mérito de remitirnos a la crisis fundamental del Diluvio y de la Biblia[15].

La transición entre la Atlántida de los geólogos y la Atlántida de los poetas y novelistas se produjo entonces muy lentamente. Se verá en mi ensayo que simbolizo la segunda con el nombre de Julio Verne. Pero también se verá que desde 1797 Fabre d'Olivet (1767-1825), el «teósofo imperial», comienza a especular sobre los atlantes. Lo mismo sucede con los románticos alemanes, como Novalis, que idealiza lo que para Platón era un imperio del mal para hacer de él un paraíso secreto.

---

[13] Voltaire no creía, por ejemplo, en la existencia del cometa Halley, que se acerca a la Tierra aproximadamente cada 76 años. Grimm escribe con crueldad en su *Correspondance littéraire* de abril (en realidad mayo) de 1773 que «ni siquiera a los cometas les perdonaría que le hiciesen olvidar por un momento» (edición de 1830, VIII, p. 196). Tenía en su contra a un astrónomo auténtico, J. J. Le François de Lalande, que no excluía un choque con la tierra.

[14] Como señala M. Ciardi, *Atlantide. Una controversia scientifica da Colombo a Darwin,* cit., p. 156, sólo Joseph de Guignes hizo una recensión honrada y favorable en el *Journal des Savants* de enero de 1781.

[15] Cfr. M. Ciardi, *op. cit.,* p. 74, citando una obra póstuma de 1841.

El inmenso erudito que fue Alexander von Humboldt, nacido en Berlín en 1769 y muerto en 1859, llegó a París en 1798. Este explorador de la América del Sur (1799-1804) se plantea preguntas sobre la geografía de la Atlántida, sin tomar, me parece, una posición tajante. Alemán que escribe en francés, es naturalmente ajeno por completo a cualquier nacional-atlantismo[16].

Debo también a Marco Ciardi haber aprendido que Charles Darwin, autor de *El origen de las especies* (1859), influenciado por el botánico J. D. Hooker y por algunos otros, habría vuelto a la hipótesis de un continente desaparecido del cual las islas del Atlántico eran de alguna manera cerros-testigo, lo que demuestra que, desde luego, la ciencia no avanza al unísono ni habla con una sola voz.

Fayence, julio de 2005

[16] Remito una vez más a M. Ciardi, *op. cit.*, pp. 181-186.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría podido ser escrito sin la ayuda de muchos de mis amigos más cercanos, en primer lugar de Jacques Brunschwig, que me inició en el *Timeo* hace ya decenios y que ha leído y releído este libro tan atentamente como si fuera suyo; de Michel Desgranges, que me pidió que lo escribiese y me ha apoyado durante su redacción; de Arno J. Mayer, que ha utilizado en mi beneficio los inmensos recursos de la biblioteca de Princeton; de Maud Sissung, que ha transformado mi manuscrito en proyecto de libro, haciéndolo, como de costumbre, a la perfección; de Chantal Foucrier, mi hermana en la atlantología; de Hervé Duchêne, Jesper Svenbro, Marie-Laurence Desclos, Gilles Dorival, Jean-Christophe Saladin, Luc Brisson, Yvon Garlan, Riccardo Di Donato, Charalampos Orfanos, Ingrid Galster, Charles Malamoud, Yves Touchefeu, Denise Fourgous, François Lissarague, Adrien Le Bihan, Claude Lefort, Carles Miralles y, especialmente, Alain Schnapp, que me ha proporcionado numerosos documentos, y Nicole Sels, que siempre ha respondido a mis demandas. A estos nombres debo añadir los de Agnès Tapin, documentalista del Centre Louis Gernet, y de Jean-François Bassinet, quien, desde el servicio de producción de Les Belles Lettres, se ha multiplicado para lograr un resultado satisfactorio. Por último, un pensamiento para mi desaparecido amigo Simon Pembroke, quien hace ya mucho tiempo me envió uno de los libros sobre los que se basa mi estudio.

INTRODUCCIÓN

Hace casi medio siglo que este pequeño libro se prepara dentro de mí. En 1953, presenté ante Henri-Irénée Marrou un «diploma de estudios superiores» (hoy diríamos una tesina) sobre «la concepción platónica de la historia». Era un trabajo de historia de la filosofía más que de historia en el sentido tradicional de la palabra. En este trabajo, que fue la ocasión de leer por primera vez el conjunto de obras de Paltón, se le concedía un pequeño espacio a la Atlántida. Raymond Weil publica seis años más trade, en 1959, su *Archéologie de Platon,* en la que se plantea la cuestión de las fuentes de los relatos históricos de Platón, especialmente el libro III de *Las Leyes,* y comprende que se trata de una especie de pastiche de la historia tal como era practicada por los grandes historiadores griegos, Heródoto y Tucídides.

Siendo un joven profesor del instituto Pothier en Orléans en 1955-1956, escuché una conferencia de Fernand Robert, profesor de griego en la Sorbona. En ella expuso, con algunas dudas que lo honran, la tesis «cretense». ¿Acaso la civilización de la Atlántida, con el lugar que ocupaba en ella el sacrificio de toros, con su increíble lujo y sus conjuntos arquitectónicos monumentales, no debía algo a los esplendores minoicos? Surgía una objeción inmediata: ¿cómo habría podido Platón tener informaciones sobre una cultura cretense que había desaparecido hace un milenio? Es verdad que Tucídides había hecho de Minos el inventor de la talasocracia, pero no decía nada, y con razón, de la riqueza de los soberanos de Cnossos, del oro, y nada en absoluto, evidentemen-

te, de ese metal desconocido, el oricalco. Mi impresión personal era que la talasocracia micénica debía mucho, a la inversa de lo que decía Tucídides, a la talasocracia ateniense, tal como se había desarrollado antes y durante las guerras médicas.

También la Atlántida era una talasocracia. Tuvo su origen en los amores de Poseidón y la ninfa Clito. Clito dio al dios cinco pares de gemelos que se convirtieron en los diez primeros reyes de la Atlántida. Se hizo un reparto entre los dioses del espacio terrestre y marítimo sin discusiones (οὐ κατ' ἔπιν), y Platón añade: «Puesto que sería faltar a la verdad decir que los dioses ignoran lo que les conviene a cada uno o que, sabiéndolo, los otros se apoderaran de lo más conveniente a los demás por medio de querellas»[1].

Con esta afirmación, Platón se muestra crítico con la tradición ateniense, que conocía perfectamente, puesto que estaba representada en el frontón oeste del Partenón de Fidias y de Ictino, y de la que se burla en la irónica oración fúnebre del *Menexeno:* «Nuestro país merece las alabanzas de todos los hombres y no sólo de los nuestros, por razones diversas, la primera de las cuales y la más grande es que tiene la fortuna de ser amado por los dioses. Nuestra afirmación está atestiguada por la querella *(éris)* y el juicio *(krisis)* de las divinidades que disputan por él»[2].

En este reparto del *Critias,* Platón se interesa en realidad sólo por Atenas, dominada, por un lado, por Atenea y Hefesto, dioses respectivamente de la Sabiduría y la Artesanía, y Poseidón por otro, el «que agita la tierra» en el mundo homérico, el dios del Mar por excelencia. Si bien el reparto se hizo «sin discusión», los prólogos del *Timeo* y del *Critias* no dejan de evocar la batalla entre los hijos de Atenea, como los denomina Nicole Loraux, y los descendientes de Poseidón, talasócratas si es que alguna vez los hubo.

Mientras esta estructura empezaba a organizarse en mi interior, hacía nuevas amistades intelectuales: Pierre Lévêque en primer lugar, arqueólogo e historiador de Grecia, reciente-

---

[1] *Critias* 109b.

[2] *Menexeno* 237c. Sobre la interpretación del *Menexeno* y su lugar en el *corpus* de las oraciones fúnebres, hay que remitir a la gran tesis de N. LORAUX, *L'Invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la Cité classique,* La Haya, Berlín, París, Mouton, 1981.

mente desaparecido; Jean Bollack y Heinz Wismann, que fundaron en Lille un centro de estudio del pensamiento griego que a veces he llegado a comparar con el monasterio de los Acemetas en Constantinopla. Los Acemetas son «los que no duermen», en el sentido de que desde el monasterio debe elevarse, a cada hora del día y de la noche, una plegaria en dirección al cielo.

De la colaboración con Lévêque nació un libro, *Clisthène l'Athénien*[3], donde por primera vez se esbozó el duelo entre la Atenas democrática e imperialista, que a Platón no le gustaba mucho, y la Atenas que sigue el modelo esbozado en *La República* y desarrollado en *Las Leyes*, duelo que está en la base de mi interpretación de la Atlántida del *Timeo* y del *Critias*. Obviamente yo me daba cuenta del hecho de que la Atlántida del *Critias* no es precisamente democrática. Pero veremos en el capítulo I de este libro que, a los ojos de Platón, democracia ateniense e Imperio persa constituyen dos modelos sometidos ambos a una misma amenaza de degeneración.

Buena o mala, mi interpretación fue objeto de una comunicación a la «Association pour l'Encouragement des Études Grecques» (Asociación para el Fomento de los Estudios Griegos) y fue impresa en la *Revue des études grecques* de 1964, y luego en mi libro *Le chasseur noir*[4]. Ni que decir tiene que esta interpretación excluía radicalmente cualquier posibilidad de que la Atlántida haya existido jamás en tanto que isla y potencia en el océano que incluso hoy nos recuerda su nombre. «Le deseo buena suerte entre los helenistas», me escribió Georges Dumézil.

Se desarrollaron otros análisis de forma paralela, a veces teniendo en cuenta mis observaciones, a veces de forma autónoma. Éste fue el caso especialmente de Christopher Gill en el País de Gales, que remite explícitamente a mis análisis[5], o de J. V. Luce

---

[3] París, Belles Lettres, 1964; reed. Macula, 1983 y 1992.

[4] «Athènes et l'Atlantide. Structure et statut d'un mythe platonicien» [ed. cast.: *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego: el cazador negro,* Barcelona, Península, 1983].

[5] C. GILL, «The Origins of the Atlantis Myth», *Trivium* 11 (1977), pp. 1-11; «The Genre of the Atlantis Story», *Classical Philology* 72 (1977), pp. 287-304; «Plato and Politics: *Critias* and the *Politicus*», *Phronesis* 24 (1979), pp. 148-162. Véase también su edición comentada de los textos, *Plato: the Atlantis Story,* Bris-

en Irlanda[6]. Los asistentes a mi seminario en la École des Hautes Études me aportaron muchas cosas y desarrollaron algunas de mis hipótesis. Éste es el caso especialmente de Jesper Svenbro, que me inició en el conocimiento de la ideología gotizante de Olaus Rudbeck[7], o incluso de Marie-Laurence Desclos[8].

Entre estos asistentes, tuve debates apasionados con Luc Brisson, robusto leñador del bosque de Québec, que a veces me obligó a rendirme[9]. Nos hemos vuelto a encontrar muchas veces en tribunales de tesis, como la de Marie-Laurence Desclos o la de Anissa Castel-Bouchouchi, cuya contribución al coloquio de Cerisy es un ensayo fundamental de comparatismo intraplatónico[10].

Entre aquellos a los que he contribuido a poner sobre la pista sin haberlos conocido, señalaría el importante libro de Jean-François Pradeau, *Le Monde de la Politique. Sur le récit atlante de Platon*[11]. Expresa algunas divergencias muy secundarias respecto a mis trabajos. Por mi parte, es el título el que me hace dudar. Hablaría más bien de un mundo antipolítico. Todo lo que hacía el ciudadano ateniense, excepto la guerra, es condenado por Platón[12]. La Atenas primitiva del prólogo del *Timeo* y del *Critias* tiene actividad guerrera y está gobernada por los dioses, no por sí misma ni por hombres de la política.

---

tol, 1980. Muy inferior es el análisis de estos textos de B. PISCHEL, *Die Atlantische Lehre,* Fráncfort y Berna, 1980.

[6] «The Source and Literary Form of Plato's Atlantis Narrative», en E. S. Ramage (ed.), *Atlantis. Fact or Fiction?,* Bloomington y Londres, 1978, pp. 49-78; véase también G. MOSCONI, «L'Atlantide di Platone: Spazio e tempo di un'utopia letteraria», apéndice del libro traducido del ruso de I. A. Rezanov, *Atlantide tra realtá e fantasia,* Bolsena, 2002.

[7] «L'Idéologie gothisante et l'*Atlantica* d'Olof Rudbeck», *Quaderni di Storia* 11 (1980), pp. 121-156.

[8] *Aux marges des dialogues de Platon. Essai d'histoire anthropologique de la philosophie ancienne,* Grenoble, 2003; allí se encuentran las referencias de sus trabajos, que son de gran calidad.

[9] Su primer artículo fue «De la philosophie politique à l'épopée, le *Critias* de Platon», *Revue de Métaphysique et de Morale,* 1970, pp. 402-438. Véase el capítulo I de este libro sobre mis debates con él.

[10] Remito varias veces en este libro a ese coloquio, que aparecerá próximamente. El texto al que hago alusión es «Trois lieux mythiques dans les *Dialogues* de Platon: Kallipolis, la cité des Magnètes et l'Atlantide».

[11] Sankt Augustin, Alemania, Academia Verlag, 1997.

[12] Véase sobre este punto el libro póstumo de C. CASTORIADIS, *Sur le* Politique *de Platon,* Seuil, 1999 [ed. cast.: *Sobre el «Político» de Platón,* Madrid, Trotta, 2004].

Más allá del placer de ser citado, cómo no alegrarme cuando leo en el excelente libro de Richard Ellis, *Imagining Atlantis:* «¿No es posible pensar que Platón ha escrito la historia de la Atlántida como una parábola de la muerte de la Atenas de Pericles?»[13]. Y al contrario, cómo no sonreír –o llorar– cuando leo en una obra «seria», que remite incluso a una revista «seria», que Platón leyó mal las notas escritas por Solón. Éste había escrito que la isla de la Atlántida estaba a medio camino (μέσον), y no que era más grande (μείζων) que Libia y Asia juntas. ¡Y ver a nuestro autor serio corregir a su vez y explicar con gravedad que es Solón el que lee mal las fuentes egipcias[14]! Realismo, cuándo llegarás...

A mi entender, hay dos obras que dominan en la investigación sobre la historia del mito de la Atlántida. La primera es la inmensa tesis defendida en 1966 por Chantal Foucrier con el título *Le Mythe littéraire de l'Atlantide*[15], cuya existencia no conocí hasta la primavera de 2002. La tesis tomaba en consideración mis propios trabajos, pero con una diferencia natural en la aproximación: ella estudia el mito en las obras, mientras que yo reflexionaba más bien sobre el mito en la historia. Una vez dicho esto, ahora estamos en el mismo barco.

La otra obra, de la que hablo, a propósito de Julio Verne, en el capítulo VI de este libro, es *The Atlantis Syndrome,* del historiador y arqueólogo inglés Paul Jordan[16]. «Síndrome», palabra tomada del vocabulario de la medicina, es un término justificado. Se trata de una enfermedad de repetición. Me hubiera gustado escribir este libro. Sin duda tiene lagunas. Por ejem-

---

[13] *Imagining Atlantis*, Nueva York, Vintage Books, 1998, n. 230 [ed. cast.: *En busca de la Atlántida,* Barcelona, Grijalbo, 2000].

[14] El libro «serio» se debe a P. Y. FORSYTH, *Atlantis, The Making of Myth,* Montréal y Londres, 1980, p. 161; la revista «seria» es *Greece and Rome* 14 (1967), artículo de P. B. S. ANDREWS, pp. 76-79.

[15] Leída en París IV bajo la dirección de Pierre Brunel. La tesis (800 páginas) abarca la historia del mito, de Platón a 1939. Una versión resumida de esta tesis ha sido publicada con el título *Le Mythe littéraire de l'Atlantide (1800-1939). L'origine et la fin,* Grenoble, ELLUG, 2004.

[16] Sutton Publishing, 2001. Sería injusto olvidar que la primera historia del mito, según Thomas-Henri Martin, del que hablo en el capítulo I, fue soberbiamente escrita por Lyon SPRAGUE DE CAMP, *Lost Continents: The Atlantis Themes in History,* Nueva York, 1954, reedición finalizada en 1970 [ed. cast.: *De la Atlántida a El Dorado,* Barcelona, Caralt, 1960].

plo, no se refiere a Cosmas Indicopleustes, el autor bizantino del que hablo en el capítulo II de este libro, pero también hay lagunas en mi propio estudio, y me parece que estamos hechos para completarnos.

Por mi parte, en efecto, tras el estudio del texto de Platón, me he dedicado a sus interpretaciones sucesivas durante la historia antigua, moderna y contemporánea[17]. El resultado de esta investigación es lo que aporto ahora. Se trata, en primer lugar, de comparar la Atlántida –esa anti-historia– con los diversos nacionalismos que se han sucedido en la historia europea y americana. Viene luego el estudio de una comparación de dos mitos, el de Platón y el que tiene que ver con la historia, real, de Masada, según el relato de Flavio Josefo. Por último, los autores reunidos en el coloquio de Cerisy en julio de 2002 me han hecho el honor de solicitarme un prefacio para las actas de sus trabajos.

A pesar de todos mis esfuerzos y los de los colegas escépticos que han razonado más o menos como yo, nada ha podido impedir las oleadas continuas de las interpretaciones «realistas». Voy a enumerar algunas, descartando evidentemente las que pura y simplemente tienen que ver con el fraude o con el comercio más vulgar.

Un geólogo de Aix-en-Provence, Jacques Collina-Girard, ha sugerido enérgicamente que Platón pudo inspirarse en un archipiélago sumergido al oeste del estrecho de Gibraltar, que era una isla de 14 por 5 km con sus islotes satélites durante el último máximo glaciar. Todo concuerda perfectamente con Platón, con la condición de suprimir todas las indicaciones de Platón sobre las

---

[17] Ésta es la lista por orden cronológico: «Hérodote et l'Atlantide, entre les Grecs et les Juifs. Réflexions sur l'historiographie du siècle del Lumières», *Quaderni di Storia* 16 (julio-diciembre 1982), pp. 3-76, reimpreso en *Les Grecs, les historiens, la démocratie*, La Découverte, 2000; «L'Atlantide et les nations», *Représentatiions de l'origine. Littérature, Histoire, Civilisation*, Cahiers CRLH-CIRAOI, 4, Université de la Réunion, 1987, reimpreso en *La Démocratie grecque vue d'ailleurs*, Flammarion, 1990 y 1996, pp. 139-159 [ed. cast.: *La democracia griega, una nueva visión*, Madrid, Akal, 1992]; «De l'Atlantide à Masada. Réflexions sur querelle, mythe, histoire et politique», *Sigila* 10 (otoño-invierno 2002), pp. 61-83 [trad. esp.: «De la Atlántida a Masada. Reflexiones sobre querellas, mito, historia y política», *Sileno* 17 (2004), pp. 72-81]; «Les Atlantides», prefacio a las actas del coloquio de Cerisy (20-30 de julio de 2002), *Atlantides imaginaires*, cit.

dimensiones y la insolente riqueza de la isla[18]. En estas condiciones, podríamos quizás proponer la colocación de la Atlántida en el estanque del jardín de Luxemburgo.

Se han presentado otras soluciones. Discutiré varias en los capítulos sucesivos de este libro. Presento aquí algunas que han tenido una cierta repercusión.

Eberhard Zangger, geoarqueólogo que vive en Zurich y está vinculado al departamento de Ciencias de la Tierra de Cambridge, ha publicado un libro, *The Flood from Heaven,* prologado y avalado por mi colega y amigo Anthony Snodgrass, arqueólogo eminente[19].

No todo es falso en este libro, bien escrito por otro lado. Es cierto, por ejemplo, y se ha señalado desde hace tiempo, que la isla de los feacios descrita en la *Odisea* ha aportado cosas a la Atlántida de Platón. Pero no se puede impedir que Platón sea varios siglos posterior a Homero. La idea central de Zangger, que asimila la Atlántida a Troya, tiene algo de verosimilitud si se trata de la Troya homérica tal como Platón la leía en la *Ilíada,* pero es absurda si se trata de comparar la Atlántida con la Troya histórica y arqueológica, la que Schliemann, Dörpfeld y Blegen han desenterrado en Hissarlik. Platón, que no era arqueólogo, no podía conocer Troya más que por medio de Homero.

Una cosa es decir, como hace Zangger citando a Christopher Gill, que el estilo de Platón es «very historical»[20], y otra es confundir un pastiche de Heródoto con Heródoto o Tucídides[21]. Platón era un maravilloso imitador, como lo demuestra también en el *Menexeno* o en el *Fedro,* pero no era un historiador de lo real. La Atlántida troyana es obra únicamente de Zangger. Presenta la dificultad de que Troya haya sido asediada y conquista-

---

[18] «L'Atlantide devant le détroit de Gibraltar? Mythe et géologie», *Comptes rendus de l'Académie des Sciences de Paris, Sciences de la Terre et des Planètes* 333 (2001), pp. 233-240; tesis también defendida en las actas del coloquio de Cerisy.

[19] *The Flood from Heaven. Deciphering the Atlantis Legend,* Nueva York y Londres, 1992. Zangger hace referencia dos veces a mi artículo de 1964.

[20] *Op. cit.,* p. 227.

[21] Tucídides menciona en III 89 un maremoto que destruyó en parte la isla de Atalante, en el territorio de los locrios opuntios, donde se encontraba un puesto fortificado ateniense, a comienzos de la Guerra del Peloponeso. No hay que excluir que este nombre hubiese prendido en la mente de Platón.

da por los aqueos. Como dice Peter James, «una Atlántida que no se hunda bajo las olas no es una Atlántida en absoluto»[22].

Nos quedan por examinar dos hipótesis que han dominado ampliamente el campo de los estudios «serios» sobre la localización de la isla cuya historia fue creada por Platón. Se trata, por una parte, de la Grecia minoica, descubierta por Arthur Evans en 1900 y excavada después por las escuelas británica, francesa, italiana, alemana y griega de arqueología. Durante el verano de 1963 estuve presente en las excavaciones de Mallia, invitado por Henri van Effenterre, del que había sido ayudante en Caen. No recuerdo que el asunto de la Atlántida fuese mencionado. Afortunadamente.

Casualmente puedo datar con exactitud la aparición de la hipótesis minoica: una carta anónima titulada «The lost continent», publicada en la página 10 en el *Times* de Londres el 19 de febrero de 1909 (véase apéndice). El autor de esta carta, K. T. Frost, se dio a conocer cuatro años más tarde en un artículo científico[23]. Daba clase entonces en la Universidad de Belfast. Frost no fue el único en buscar –y encontrar– la Atlántida en Grecia. El autor de un artículo que se titula «La Atlántida reencontrada» y que la sitúa en el lago Copais en Beocia hace esta observación definitiva: «La mayor dificultad reside en el hecho de que la Atlántida de Platón se encuentra muy lejos hacia el oeste, mientras que el lago Copais está en medio de Grecia»[24].

Esto no fue más que un destello. La otra hipótesis griega que hizo correr ríos de tinta, incluida la tinta patriótica, localizó la Atlántida en la isla de Santorini (Thera). Fue planteada especialmente por el arqueólogo griego Spyridon Marinatos (1901-1974) e hizo también las delicias del navegante francés Jacques-

---

[22] Citado por R. Ellis, *Imagining Atlantis*, cit., p. 93. Cita también una fórmula de L. Sprague de Camp: «Cambiar todos los detalles de la historia relatada por Platón y pretender que estamos aún en el relato de Platón es como proclamar que el legendario rey Arturo es "realmente" la reina Cleopatra», *Lost Continents*, cit., p. 80. El libro citado de Peter D. James es *Centuries of Darkness*, 1921 (*non vidi*) [ed. cast.: *Siglos de oscuridad: desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona, Crítica, 1993].

[23] «The *Critias* and Minoan Crete», *Journal of Hellenic Studies* 33 (1913), pp. 189-206.

[24] R. I. SCRANTON, «Lost Atlantis found again?», *Archaeology* 2 (1949), pp. 159-162.

Yves Cousteau[25]. Las dos hipótesis pueden unirse en una en la medida en que, para algunos científicos, la erupción del volcán de Santorini habría causado la pérdida de la civilización minoica, en una fecha que varía, en función de los arqueólogos, alrededor de mediados del segundo milenio antes de nuestra era[26].

En 1939, en la revista *Antiquity,* Marinatos presenta la hipótesis de la destrucción de la civilización minoica por una gigantesca erupción del volcán de Santorini. En 1950, publica en la revista griega *Kritika Chronika* un artículo que fue traducido al inglés[27]. Allí sugería que la leyenda de la Atlántida había podido ser inspirada por la explosión de Santorini, tras un viaje de Platón a Egipto.

Seguramente la datación no es la de Platón, que coloca este suceso 9.000 años antes de Solón, pero en este campo todas las libertades son posibles y permitidas. En 1967, comienza la excavación del promontorio de Akrotiri, en Santorini, que prosigue hasta su muerte, en ese lugar, en 1974. Descubre allí una magnífica ciudad de tipo minoico (se la denomina la Pompeya de la Edad del Bronce)[28]. Fue un gran patriota. Sin embargo, debo decirlo, a pesar de las considerables masas de piedra pómez proyectadas a grandes distancias (hasta Palestina especialmente) por el volcán de Santorini, no creo que se pueda mezclar la invención de Platón y la presencia en Santorini de una ciudad que Platón, milagrosamente, habría proyectado en la Atlántida.

Y ahora, a falta de descubrir la Atlántida, intentemos esbozar la historia del mito creado por Platón, tras haberlo repatria-

---

[25] En su admirable libro *Imagining Atlantis,* Richard Ellis dedica un capítulo a la Creta minoica y otros dos a la erupción del volcán de Santorini, respectivamente pp. 102-142 y 143-187. Para numerosísimos autores, las dos hipótesis no son más que una. Entre los relatos –novelescos– que han tenido eco, J. MAVOR, *Voyage to Atlantis,* Londres y Glasgow, 1969; J.-Y. COUSTEAU e Y. PICCALET, *À la recherche de l'Atlantide,* París, 1981 [ed. cast.: *El misterio de la Atlántida,* Barcelona, Debate, 1993]; R. CASTLEDEN, *Atlantis Destroyed,* Londres y Nueva York, 1998; Igor A. Rezanov, así como Gianfranco Mosconi, *op. cit., supra* n. 6. En términos generales, me siento muy cerca de R. Ellis y de G. Mosconi.

[26] Véase la destructiva crítica del libro de Mavor por M. I. FINLEY, *New York Review of Books* 12, 10 (1969), pp. 38-40.

[27] *Some Words about the Legend of Atlantis,* Museo de Atenas, 1969 *(vidi).*

[28] R. Ellis, *op. cit. supra,* p. 83. La expresión es del arqueólogo griego A. Galanopoulos.

do a Atenas. Es verdad que hay en esta ciudad un «Museo de la Atlántida», situado en un barrio periférico de la ciudad moderna; pero cuando intenté visitarlo, en 2002, me di cuenta de que estaba siempre cerrado.

Fayence, julio de 2003-septiembre de 2004

P.S. Sería posible presentar, en imágenes, un libro de más entidad que éste, del arte griego al cómic moderno, pasando por los intentos de cartografía. Partiendo del «Estandarte de Ur» (cfr. lámina I, p. 97), hemos querido simplemente mostrar que el tema de las dos ciudades es muy anterior al filósofo que inventa la Atlántida, e intentamos aportar un modesto contrapunto al libro.

I

AL PRINCIPIO ERA PLATÓN

¿Por qué titular así este capítulo liminar? Porque, antes de entender qué ha pasado con Platón, hay que entender lo que dijo. Y comprendo perfectamente la objeción previa que se me puede plantear. Si es posible, hoy, comprender lo que Platón *quiso* decir en el prólogo del *Timeo* (17a-27b) y en el *Critias,* que se interrumpe en el momento en que Zeus va a proponer a la asamblea de los dioses la destrucción de la gran isla, todo lo que sigue es absurdo. Yo creo, naturalmente, que no lo es: la historia no está compuesta solamente de las conquistas del espíritu humano; está hecha también de sus dudas, de los atolladeros en los que se ve y se verá.

En 1841, en sus célebres *Études sur le* Timée *de Platon,* que pusieron las bases para un comentario científico del diálogo más difícil del fundador de la Academia, Thomas-Henri Martin, discípulo de Victor Cousin, publicaba una larga «Dissertation sur l'Atlantide»[1] que recorría las hipótesis que eruditos y casi eruditos habían acumulado para localizar la gran isla desaparecida. Tanto al inicio como en la última página de su estudio, era perfectamente claro: «A mi entender, la Atlántida no pertenece a la historia de los acontecimientos ni a la geografía positiva; pero, si no me engaño, puede ofrecer un capítulo muy curioso para la historia, no menos interesante y no menos instructiva, de la opiniones humanas»; y concluía: «Se la ha creído reconocer en el Nuevo Mundo.

[1] Está en las páginas 257-333.

No. Pertenece a otro mundo, que no está en el ámbito del espacio, sino en el del pensamiento». Nada más cierto, y durante mucho tiempo he creído que había que detener la historia de estas divagaciones en el punto final que había señalado Martin: «El primero (no el último) que pareciese sobrio tras tantos beodos», como me escribía el filósofo contemporáneo Jacques Brunschwig, excelente discípulo de Aristóteles, parafraseando libremente lo que dice el estagirita de Anaxágoras (*Metafísica* A 948b 15-18).

Dos diálogos, por lo tanto, o más bien dos fragmentos. El *Timeo* es un diálogo austero que contiene la exposición de la física de Platón, colocada en boca de Timeo de Lócride, personaje del que no sabemos en realidad más que lo Platón nos quiere decir en el diálogo que lleva su nombre. «Timeo, que viene de la refinada ciudad de Lócride, en Italia, donde por fortuna y nacimiento no es inferior a nadie, vio cómo en su ciudad se le confiaban los más altos cargos y se le otorgaban los mayores honores. Además, a mi entender, se ha elevado a las cumbres de la filosofía»[2]. Las fuentes que lo presentan como un pitagórico son todas posteriores a Platón, e inspiradas por este diálogo. Su existencia histórica no está probada pero no es inverosímil.

Sin embargo, no es él sino Critias quien ha escuchado a su abuelo y homónimo Critias el Viejo, que tenía entonces noventa años, poner en boca de Solón lo que los sacerdotes de Neith (nombre egipcio de Atenea) le habían contado, hacía mucho tiempo, al legislador ateniense. Buscar la fecha dramática del diálogo está prácticamente desprovisto de sentido: Hermócrates, interlocutor anunciado de un tercer diálogo (*Critias* 108a), es un general siracusano que venció a los atenienses en el 413 a.C. y que abandona Siracusa cuando la ciudad se convierte en una democracia. Critias, primo de Platón, es el más célebre de los Treinta Tiranos que se instalarán en el poder en Atenas tras la derrota. Murió violentamente en el 403. Ni que decir tiene que este pretendido diálogo es un diálogo de muertos cuyos protagonistas, sin duda, nunca se encontraron. Platón, por otra parte, se toma bastantes libertades con la historia de su patria y de Grecia, para no buscar una fecha dramática verosímil.

---

[2] *Timeo* 20a; para este diálogo y el *Critias*, utilizo la traducción de Luc Brisson, Garnier-Flammarion, [5]2001, difiriendo de ella en apenas una o dos palabras.

La mayor parte de los intérpretes sitúan la fecha de redacción del *Timeo* y del *Critias* alrededor del 355, es decir, tras el fracaso de la segunda Confederación ateniense. Atenas estará gobernada por los moderados, el más representativo de los cuales es Eubulo, y renuncia al imperialismo marítimo que había alimentado su gloria desde el fin de las guerras médicas. Como veremos, los temas debatidos en el *Timeo* y el *Critias* contribuyen por sí mismos a fijar esta datación.

¿Conocemos estos textos en toda su integridad? La cuestión sólo se plantea para el *Critias*. Únicamente Pierre Benoit en *L'Atlantide* ha señalado la presencia, en el Hoggar, de un manuscrito que contiene el texto íntegro del *Critias*. ¿Pero acaso Platón no quiso que el diálogo quedase interrumpido? Una astuta investigadora ha señalado que desde el comienzo del *Timeo* Platón coloca a su lector bajo el signo de lo incompleto. En efecto, ¿qué dice Sócrates? «Uno, dos, tres, pero nuestro cuarto, mi querido Timeo, el que formaba parte del grupo al que invité al banquete que ofrecí ayer, y que está entre los que hoy me han invitado a este banquete, ¿dónde está?». Y Timeo responde: «Se ha puesto enfermo, Sócrates; porque si sólo dependiese de él, no hubiese faltado a esta reunión»[3].

¿Pero qué pasó la víspera, en ese banquete filosófico cuyas conclusiones resume Sócrates? Normalmente se dice que Sócrates resume la doctrina de *La República*. Es a la vez verdadero y falso. Todo está allí. Especialización de los «guardianes» en las tareas militares, prohibición del oro y la plata, igualdad de hombres y mujeres, comunidad de mujeres y niños, todo está allí excepto que la dirección de la ciudad se confíe únicamente a los filósofos. La palabra está presente: «El alma de los guardianes debe estar dotada de una naturaleza particular: debe estar a la vez plena de entusiasmo y tender hacia el saber *(philosophon)*»; pero esta presencia está enmascarada. Dicho de otra forma, el filósofo no se distingue del guerrero. El diálogo de *La República* comenzaba en el Pireo, mientras tienen lugar las

---

[3] Cfr. A. LUKINOVICH, «Un fragment platonicien: le *Critias*», en *Mélanges M. Nasta*, Cluj, 2001, pp. 72-79. Concluye así: «El discurso filosófico, que sin cesar recomienza y sin cesar prosigue, se ve enfrentado así continuamente a su incompletud: su palabra es necesariamente fragmentaria».

Bendidias, fiesta de una divinidad extranjera, pero se desarrollaba durante la subida a Atenas. Por el contrario, el *Timeo* se sitúa durante la fiesta ateniense por excelencia, las Panateneas, a las que se hace una discreta alusión (*Timeo* 26e). Mediante una extrañísima operación, Platón transfiere a la historia el análisis normativo de *La República* y esta obra se remite al mundo del mito: «Los ciudadanos de la ciudad que ayer nos describías como en un mito, los trasladaremos aquí a la realidad (ἐπι τἀληθές)» (*Timeo* 26d).

Con una perversidad poco común, Platón va a multiplicar lo que Roland Barthes llamaba «efecto de lo real». Es verdad que acostumbra a hacerlo. Cuando, al final de *La República,* Sócrates se prepara para describir el más allá, dice: «Lo que te voy a contar no es un *cuento en la casa de Alcinoo,* sino el relato de un hombre valiente, Er, hijo de Armenio, cuya estirpe venía de Panfilia»[4]. Pero en ningún sitio como en el *Timeo* multiplica las advertencias de este tipo: esto no es un cuento[5].

Es verdad que comienza por decir que el relato en el que aparece la Atlántida se hace «según una antigua tradición oral» (*Timeo* 20d), pero este relato, «aunque sea muy extraño, es absolutamente cierto» (20d). Esta narración tiene dos fuentes escritas que son egipcias (24a; 27b), pero también se ha transmitido oralmente, de Solón a Critias el Viejo, de este último a su nieto homónimo, repetido una primera vez por él a Timeo y Hermócrates, una segunda vez en presencia de Sócrates y una tercera, más detallada, en el diálogo que lleva su nombre. Ha sido objeto de un esfuerzo de rememoración (26a). Y sin embargo, al mismo tiempo que afirma decir la verdad, Platón nos presenta a un Solón ficticio: «Si Solón no hubiese hecho de la poesía un pasatiempo, sino que le hubiese dedicado toda su atención como otros, si hubiese dado forma a ese relato que ha-

---

[4] *República* X, 614b; cito la traducción de Pierre Pachet (Gallimard, 1993).

[5] Para un análisis detallado, cfr. L. BRISSON, *Platon, les mots et les mythes*, La Découverte, ²1995 [ed. cast.: *Platón, las palabras y los mitos,* Madrid, Abada, 2005]; después de la primera edición (Maspero, 1982), Marcel Detienne dedicó a este libro una crítica que no deja de tener interés, pero en la que no se pronuncia el nombre de Heródoto: «La double écriture de la mythologie. Entre le *Timée* y le *Critias*», en C. Calame (ed.), *Métamorphoses du mythe en Grèce antique*, Ginebra, Labor et Fides, 1988, pp. 17-33.

bía llevado de Egipto a Grecia, y si las sediciones y las otras discusiones que encuentra aquí a su regreso no le hubiesen forzado a descuidar la poesía, ni Hesíodo ni Homero ni ningún otro poeta hubiese sido, en su opinión, más célebre que él» (21cd). No hay mejor manera de decir que el Solón al que hace hablar Platón es un personaje ficticio, que la Atenas que describe este relato y que le da ciento y raya a la Atlántida, antes de que las aguas engullan la isla y se lleven la tierra ateniense, es una ficción poética. Platón da forma al poema que Solón no escribió, y el relato que hace Critias se basa en las notas escritas en griego por Solón (*Critias* 113b) y conservadas por la familia de Critias.

El juego narrativo se teje entonces entre tres personajes. Está Egipto, más exactamente los sacerdotes egipcios que, en Platón como en Heródoto, son testigos de la antigüedad de la historia humana. Ya Heródoto (II, 142) creía saber que Egipto había sobrevivido a este curioso fenómeno: el sol «había cambiado cuatro veces de lugar, levantándose dos veces desde donde ahora se pone y dos veces poniéndose desde donde ahora sale». Sólo el país del Nilo podía dar fe de estas inversiones. El Egipto de Platón[6] es un conservatorio de la antigüedad del mundo, pero, lo que no deja de ser paradójico, puede dar fe de que Atenas es más antigua. Atenas existía desde hacía miles de años cuando se funda Sais (23e).

Sólo los egipcios pueden atestiguar que nueve mil años antes de Solón se enfrentaron dos potencias, Atenas y la Atlántida. La Atlántida tenía a su favor el número de soldados, la potencia marítima y la voluntad imperial. Atenas tenía a su favor la excelencia de su Constitución y el valor de sus veinte mil hoplitas. Por un «azar divino», lo que los sacerdotes egipcios contaron a Solón se parece extrañamente a *La República* según Sócrates y Platón (*Timeo* 25e, *Critias* 110c ss.). «En cuanto al grupo de los combatientes, aislado desde el comienzo por hombres divinos, estaba aparte, obteniendo todo lo que necesi-

---

[6] Sobre el Egipto de Platón, véase L. BRISSON en *Lectures de Platon,* París, Vrin, 2000, pp. 151-167, y más específicamente sobre la Atlántida el estudio a veces demasiado realista de J. GWYN GRIFFITHS, «Atlantis and Egypt», *Historia* 34 (1985), p. 3.

taba para su subsistencia y su educación.» Atenas era entonces una inmensa acrópolis, descrita con detalle en el *Critias*[7] y que se extiende del golfo de Corinto al territorio de Oropo. Atenas es un espacio, lo que no es en absoluto la ciudad perfecta construida en *La República*. Por el contrario, nos encontramos en el camino hacia la ciudad de los magnates, que Platón va a construir en su último libro, *Las Leyes*[8].

Esta ciudad es tal, que resulta posible, tan terrestre que resulta factible, no posee puertos ni, evidentemente, marina. Contrasta con la Atenas que conoce Platón, que ofrece «la imagen de un cuerpo al que la enfermedad ha dejado esquelético» (*Critias* 111b). En el centro de la Acrópolis, alrededor del santuario de los dioses fundadores, Atenea y Hefesto, que encarnan el amor por la *technè* y la sabiduría, o dicho de otro modo, por la filosofía (*Critias* 109c), están los alojamientos colectivos, los cuarteles de los guardianes. Artesanos y campesinos habitan el perímetro. Una única muralla, como «guardián de una morada única» (112b). Una sola cifra además de la unidad, la de los guerreros hombres y mujeres que debe ser mantenida «alrededor de veinte mil». Una fuente única, cuyo caudal es inagotable (112d). Ellos envejecían allí, transmitiendo su espacio y sus instituciones a los «hijos de sus hijos, idénticos a otros semejantes a ellos» (112c). Desde allí «administraban no solamente su ciudad sino Grecia entera» (112de). Sería excesivo decir que esta Atenas primitiva, tan alejada como es posible de la que irónicamente elogia el *Menexeno,* es la expresión política del Mismo, lo que explica fácilmente la presencia del *Critias* al margen de

---

[7] Para comparar Atenas y la Atlántida, utilizo, además de mis propios trabajos y los de Luc Brisson, J.-F. Pradeau y Ch. Gill citados en el prefacio, tres artículos recientes, el de G. NADDAF, «The Atlantis Myth. An introduction to Plato's later philosophy of history», *Phoenix* XLVIII, 3 (otoño de 1994), pp. 189-209, el de M.-L. DESCLOS, «L'Atlantide: une île comme un corps. Histoire d'une transgression», en F. Létoublon (ed.), *Impressions d'îles,* Toulouse, P. U. du Mirail, 1996, pp. 141-155, y el de D. CLAY, «Plato's Atlantis: the Anatomy of a Fiction», *Proceedings of the Boston Area Collegium in ancient Philosophy* XV (1999), pp. 1-21. Desgraciadamente, no hay nada aprovechable en el librito de H. G. NESSELRATH, *Platon und die Erfindung von Atlantis,* Múnich y Leipzig, K. G. Saur, 2002, que se contenta con derribar puertas que ya están abiertas.

[8] Véase el estudio de Anissa Castel-Bouchouchi, en *Atlantides imaginaires,* cit.

la cosmología del *Timeo*[9]. La Atenas primitiva está fuera de la historia, mientras que es imaginable como una ciudad real.

La Atlántida es, por el contrario, el mundo de la historia tal como, aparentemente, la entiende Platón, es decir, el mundo de la alteridad pura. Su descripción aparece esbozada en el *Timeo* y se describe con detalle en el *Critias*. Digo «el mundo de la historia» y me doy cuenta al mismo tiempo de que esta expresión tiene algo de excesivo. Para Platón, todo relato está hecho de embustes. La historia de la Atlántida ve cómo la alteridad se desarrolla libremente. En el *Timeo* se ve a la Atlántida, «isla más extensa que Libia y Asia juntas» (24e), situada más allá de las Columnas de Heracles (el estrecho de Gibraltar), en el mar «real» y no en el «charco de ranas» del que habla el *Fedón* y que llamamos Mediterráneo, en el momento de su esfuerzo imperial supremo. Dueña de Libia y de la Italia del norte, emprende la conquista de Egipto, Grecia y el resto del mundo mediterráneo. Atenas se queda sola, como en Maratón, triunfa sobre la invasión atlante y libera a los pueblos reducidos a la esclavitud. En el transcurso de este relato pseudohistórico, hay una dificultad cronológica que no puede menos que ser voluntaria. Atenas es 1.000 años anterior a Sais, ciudad egipcia fundada por la diosa Neith, nombre egipcio de Atenea (*Timeo* 23de). En estas condiciones, ¿cómo pudieron los jeroglíficos egipcios conservar la descripción y el relato de la fundación de la Atenas primitiva? Estamos claramente en el mito.

En el punto de partida está, por lo tanto, esta isla gigantesca sobre la que reina Poseidón, dios del mar que sacude la tierra, igual que Atenea y Hefesto reinan sobre Atenas. La disputa entre Atenea y Poseidón era un *topos* clásico de la mitología ateniense y estaba representada en el frontón oeste del Partenón. No sucede lo mismo en el *Critias*. El reparto se hizo «sin disputa» (109b). Sería obsceno imaginar una disputa semejante entre divinidades que, en Platón, sólo pueden ser buenas.

Es cierto que en el origen de la aventura atlante aparece el deseo (ἐπιθυμία) de Poseidón por una joven, Clito, cuyo nom-

---

[9] Cfr. L. BRISSON, *Le Même et l'Autre dans la structure ontologique du* Timée *de Platon*, Klincksieck, 1974, que por su parte tiene dudas sobre la aplicación de estas categorías a los mitos narrativos del *Timeo* y del *Critias*.

bre evoca la gloria (κλέος). Clito es la única hija de una pareja de autóctonos, «nacidos de la tierra», como pretendían ser los atenienses. Los padres de Clito se llaman Evenor y Leucipa. Si Evenor es, etimológicamente, un hombre valiente, el nombre de Leucipa evoca el caballo blanco que, en el tiro mítico del *Fedro*, simboliza la pasión noble, el θύμος, mientras que la ἐπιθυμία está representada por el caballo negro. Desde el comienzo hay, pues, mezcla, carácter mixto entre lo divino y lo humano. Y es precisamente el predominio progresivo del elemento humano sobre el elemento divino el que, al final del *Critias*, provoca la degeneración de la Atlántida y los atlantes, «llenos de injusta codicia y exceso», y lleva consigo la decisión de Zeus de destruir la Atlántida.

Entre el inicio y el fin de la Atlántida hay una larga historia, totalmente fabricada por Platón y que, contrariamente a la historia de la Atenas primitiva, está llena de cifras[10].

En la Atenas arcaica existen individuos, reyes legendarios que, como por casualidad, se mezclan con mitos relativos a Poseidón. Es el caso de Erecteo, que mató a tres hijos del dios del mar[11]. Platón no dice nada de eso, pero puede suponer que sus lectores lo saben. Hablemos entonces de los amores de Poseidón y Clito. Ésta, huérfana pero núbil, habita en una colina en el centro de la gran isla. Poseidón transforma esta isla en fortaleza, «colocando, unos alrededor de los otros, cada vez más grandes, anillos de tierra y de mar, dos de tierra y tres de mar, que estaban hechos como si se hubiese hecho girar un torno de alfarero [...], haciendo así inaccesible a los humanos la isla central; y es que entonces no había barcos ni navegación» (*Critias* 113de). Pero pronto aparece la dualidad. Una fuente en Atenas, dos fuentes en la Atlántida, «una de agua caliente y la otra de agua fría». Estamos en el mundo de las oposiciones. Clito da a Poseidón cinco parejas de gemelos varones, educados por el dios. Cada pareja tiene, sin embargo, un primogénito y un benjamín, y el mayor de todos se llama Atlas, de donde surge el

[10] Cfr. R. BRAMBAUGH, *Plato's Mathematical Imagination*, Bloomington, Indiana University Press, 1954, pp. 47-53. Podemos discutir la interpretación simbólica de tal o cual cifra, pero no la notoria abundancia de números.

[11] Cfr. la nota de A. Rivaud, en la edición del *Timeo* y el *Critias* de la CUF, p. 236.

nombre de la isla y del mar: el océano Atlántico. El Atlas de la mitología más tradicional era hijo del titán Jápeto y sostenía el mundo. Platón hace de él un personaje completamente distinto. No es necesario ser un gran especialista en la enseñanza oral de Platón para constatar que estamos en lo que Aristóteles llamaba «la díada indefinida de lo grande y lo pequeño», cuya huella, por otra parte, se encuentra en el *Parménides* y el *Filebo*[12]. Según Albert Rivaud: «Sin duda, es sorprendente la ausencia completa de mujeres en un linaje real. Ninguna explicación posterior nos dice nada de esta singular omisión»[13].

La riqueza de la isla es fabulosa: una *physis* que se despliega en sus infinitas posibilidades: riqueza agrícola, riquezas mineras, el oro y el célebre oricalco, animales domésticos, animales salvajes, incluido el elefante, «que es el mayor y más voraz», frutos, incluidos quizás los limones. «La isla los producía vigorosos, soberbios y en cantidad inagotable» (*Critias* 115ab). Estamos ante el dominio del *apeiron,* de lo ilimitado.

Esta superabundancia explica que la Atlántida, utopía negativa donde las haya, haya sido tratada con el correr de los siglos como una utopía positiva, una especie de paraíso terrenal. Nadie ha explicado esto mejor que Jean-François Mattéi: «La fascinación ejercida a través de los tiempos por el mito de la Atlántida tiene que ver quizás con su estructura especular general, que revela, a través de la profusión de sus imágenes, el límite infranqueable del mito y el silencio final de la palabra. En este sentido, el espejo de la Atlántida se presenta como un espejo de muerte en el que vendrán a reflejarse todos los fantasmas de las utopías ulteriores»[14].

En efecto, no hay ninguna duda de que la alteridad está en acción. Los trabajos a los que se consagran las diez dinastías

---

[12] Cfr. la cómoda síntesis de M.-D. RICHARD, *L'Enseignement orale de Platon,* prefacio de P. Hadot, París, Cerf, 1986, especialmente pp. 225-233. Allí aparecen las conclusiones a las que llegaron tanto Léon Robin en Francia como Konrad Gaiser y H. J. Krämer en Tubinga.

[13] *Op. cit.,* p. 237. Sobre los nombres de los reyes atlantes, cfr. la nota de Luc Brisson en la página 386 de su traducción. Por lo que respecta a las mujeres, el *Critias* menciona en 116e la presencia, en la acrópolis de la Atlántida, de estatuas de cien Nereidas, divinidades acuáticas, y de las esposas de los diez reyes, también en oro.

[14] *Platon et le miroir du mythe: De l'âge d'or à l'Atlantide,* París, Presses Universitaires de France, ²2002, pp. 252-253.

reales surgidas de las diez parejas de gemelos de Poseidón y Clito ponen en comunicación la isla central y el mar exterior. Los reyes construyen a la vez canales y puertos que rompen el aislamiento inicial de la isla de Clito. «Los reyes se reunían periódicamente de forma alternativa cada cinco y cada seis años, dando así la misma importancia al par y al impar» (119d), mientras que, según la tradición pitagórica que sigue aquí Platón, lo impar está del lado bueno y lo par del malo. El progreso, o al menos el movimiento, se introduce en el arte: «Cada soberano, al recibir la morada de su predecesor, embellecía este palacio que su predecesor había embellecido, y seguía yendo más allá de su predecesor para conseguir dar a su obra una belleza y unas dimensiones cuya sola visión dejaría estupefacto» (115cd). Hay cinco recintos que corresponden a los cinco pares de gemelos (113e-114d). Los canales están hechos de manera que todo se comunica entre sí. El triple puerto está «completamente cubierto de numerosos edificios apretados entre sí; en cuanto al canal y el puerto mayor, rebosaban de barcos y mercaderes que venían de todas partes, y que en razón de su número producían, por su conversación y por la diversidad de ruidos que hacían, un estrépito ensordecedor de día y de noche»[15] (117e). Estamos en lo opuesto a la acrópolis austera y militar de la pretendida «Atenas arcaica».

Rápidamente se plantea la pregunta de saber cuál es la naturaleza del relato platónico. ¿Se trata de historia? Es tan razonable ver la historia en el relato platónico como tomarse en serio las *Historias verdaderas* de Luciano con el pretexto de que el relato de su viaje a la luna se titula así. Aunque Luciano tiene la franqueza de precisar: «Cada detalle del relato es una alusión –no sin intención cómica– a algunos poetas, historiadores, filósofos de antaño, cuyas obras contienen tantos prodigios y fábulas. Los citaría por su nombre si no pudieses identificarlos por ti mismo al leer»[16].

---

[15] Para un análisis técnico de la descripción de los puertos, evidentemente inspirada en el Pireo y algunos otros puertos militares, cfr. F. SALVIAT, «Les ports de l'Atlantide dans le *Critias* de Platon», *Mélanges offerts a Bernard Liou*, ed. M. Mergoil, Montagnac, 2002.

[16] Cito la hermosa traducción de J. BOMPAIRE, Luciano, *Oeuvres*, II, París, CUF, 1998, p. 57.

Luciano demuestra una franqueza de la que carece Platón. Ésta no es una razón para no intentar descifrar su intención y sus alusiones. Yo no creo que se trate de una «filosofía de la historia» en el sentido exacto de la palabra[17]. Se trata más bien de un pastiche de la historia, como ha señalado Christopher Gill[18]. Igual que en el *Menexeno* Platón pone en boca de Aspasia un remedo de la oración fúnebre que Tucídides adjudica a Pericles tras el primer año de guerra y que Nicole Loraux ha contextualizado brillantemente en su *Invention d'Athènes,* lo que prueba que Platón había leído atentamente a Tucídides, yo había sugerido en 1964 que Platón había querido remedar y criticar a Heródoto. Especialmente, yo había comparado las «grandes y maravillosas hazañas realizadas» por Atenas según el *Timeo* (20e) con las «grandes y maravillosas hazañas» llevadas a cabo tanto por los bárbaros como por los griegos desde la primera frase de las *Historias* de Heródoto. Desde entonces, la demostración ha sido considerablemente desarrollada, especialmente por Jean-François Pradeau, que ha analizado con detalle el «léxico herodoteo del *Critias*», demostrando que utiliza un vocabulario que está ausente del resto de la obra de Platón y que está tomado de Heródoto[19].

Estos trabajos han confirmado lo que era mi hipótesis de base: el relato de la guerra de Atenas contra la Atlántida, es decir, de la Atenas tal como Platón hubiese querido que fuese, la Atenas llamada primitiva, contra la Atenas imperialista tal como se formó tras las guerras médicas apoyándose en la flota de guerra. Ya se trate de la acrópolis, del templo de Poseidón o del puerto, tan parecido al Pireo, las alusiones son múltiples. Sin reproducir aquí todos los detalles de la demostración, señalemos simplemente que el país está dividido en diez partes (116c) y que el oricalco «era en ese tiempo el metal más precioso después del oro» (114e). Así se integran en la Atlántida las diez tribus creadas por Clístenes y la «fuente de plata» del Laurion.

---

[17] Apunto aquí a G. Naddaf, quien en el artículo citado *supra,* n. 7, me reprocha subrayar el aspecto lúdico del relato platónico.

[18] *The Atlantis Story,* cit., pp. XX-XXI.

[19] *Le Monde de la politique,* cit., pp. 154-179.

Pero, lo que es más importante, hay que preguntarse por qué Platón se puso ropajes herodoteos. ¿Por qué contó la guerra de Atenas contra la Atlántida como si se tratase de las guerras médicas? Este hecho es indiscutible. El gigantismo del ejército y de la flota atlantes (118e-119b) evoca el gigantismo análogo del ejército de Jerjes. Solamente la capital atlante proporcionó entre otras cosas diez mil carros y doscientos barcos. El relato de las guerras médicas, sin embargo, se invierte. Podríamos decir que Platea precede a Maratón. Atenas está en primer lugar «a la cabeza de los griegos, y luego sola, puesto que fue abandonada por los otros. Se vio expuesta a peligros extremos, pero venció a los invasores, levanta un trofeo, permite a los que nunca se vieron reducidos a la esclavitud no serlo, y libera, sin reservas, a los demás, a los que, como nosotros [es un egipcio el que habla], habitan en el interior de las Columnas de Heracles» (*Timeo* 25bc).

Lo que Platón no dice y que hubiese sido difícil de decir, es cómo los hoplitas atenienses vencieron a la flota de los atlantes. Pero el destino póstumo, si se me permite la expresión, de los dos ejércitos no deja ninguna duda sobre la oposición fundamental entre la tierra y el agua que puntúa todo el relato platónico. La guerra atlanto-ateniense es seguida por «violentos temblores de tierra e inundaciones. En el espacio de un solo día y una sola noche funestos, todo nuestro ejército fue engullido de un golpe por la tierra, y la isla Atlántida se hunde paralelamente en el mar» (*Timeo* 25cd). Joseph Bidez demostró ya[20] detalladamente que muchos de los rasgos «exóticos» de la descripción de la Atlántida están tomados de Heródoto y de su evocación de las grandes ciudades de Oriente: Babilonia, Susa y Ecbatana. A lo que se podría añadir que el propio nombre de la Atlántida es asimismo de origen herodoteo. Cuando Heródoto describe el oeste de lo que nosotros llamamos el Magreb, tras haber hablado de los atarantes, «el único pueblo, que sepamos, en el que los hombres no tienen nombre» y que «lanza maldiciones al sol cuando está en lo más alto porque su ardor quema a los seres humanos y la tierra[21], tras diez días de camino se encuentra otra

---

[20] *Éos ou Platon et l'Orient*, Bruselas, 1945.

[21] Cito la traducción de Andrée Barguet (Pléiade). Estas páginas son, sin duda, la fuente de un poema célebre de Lefranc de Pompignan, en el siglo XVIII:

colina de sal con agua, igualmente habitada. A su lado se eleva una montaña que se denomina Atlas: es estrecha, perfectamente redonda y tan alta que, se dice, la cima permanece invisible, envuelta en nubes tanto en verano como en invierno. Es la columna que sostiene el cielo, dicen los habitantes del país. Son denominados atlantes. Se dice que no comen nada que haya vivido, y no conocen los sueños» (IV, 184). Está claro que hay muchas formas de tratar un texto así, que sigue con la evocación de las «Columnas de Heracles». Es posible considerarlo como un paso de nuestro conocimiento de una región montañosa del Magreb que todavía hoy llamamos el Atlas. Es posible también ver en él una de las fuentes del texto platónico. Salta a la vista una diferencia: seguramente los atlantes de Heródoto habitan más allá de las Columnas de Heracles, pero en el continente africano, no mar adentro. Pero entre esta montaña «perfectamente redonda» y esas murallas hechas por Poseidón como si hubiese utilizado «un torno de alfarero» hay, me parece, un parentesco evidente.

¿Por qué, sin embargo, este parentesco sólo muy raras veces se sacó a la luz hasta una época reciente? Probablemente porque, especialmente en Francia, la separación entre los estudios de historia y los estudios de filosofía es demasiado grande. La idea de que un filósofo se pueda interesar por la historia y un historiador por la filosofía se abre paso con dificultad. Esto no significa un rechazo a la separación y la jerarquización de las fuentes. ¿Todavía es necesario hoy hablar del «silencio de Heródoto y Tucídides sobre la Atlántida»[22] cuando está establecido desde hace

---

El Nilo ha visto en sus orillas
a los negros habitantes del desierto
insultar con gritos salvajes
al astro respladeciente del Universo.
Gritos impotentes, furores extraños,
mientras esos monstruos bárbaros
lanzaban insolentes clamores,
el Dios, continuando su carrera,
lanzaba torrentes de luz
sobre sus oscuros blasfemadores.

Perdónenle esta larga cita a un autor que acaba de sufrir la canícula del verano de 2003.

[22] Es lo que dice J. Rufus Fears en el libro editado por E. S. Ramage, *Atlantis: Fact or Fiction?*, cit., pp. 106-108. El título mismo de este libro es un escándalo.

siglos que ese continente fue fabricado por Platón? En cambio, razonar como si Platón no hubiese leído a Heródoto ni a Tucídides es completamente absurdo. Indudablemente los leyó, pero los hizo pasar por su trituradora de ideas, que no era especialmente favorable a la historia positiva tal como Heródoto y Tucídides, sin embargo, contribuyeron a formarla[23].

Platón era libre de eliminar a Salamina de la historia de las guerras médicas[24]; eso era impensable para Heródoto y Tucídides. No se trata de que su historia esté desprovista de dimensiones ideológicas, pero había un límite que no podían franquear. Tucídides hizo en la «arqueología» la teoría histórica del imperialismo marítimo. No podía hablar de la Atlántida puesto que no había sido aún inventada o soñada.

Sin embargo, nuestra fuente principal debe seguir siendo la obra de Platón. ¿Se puede encontrar en la obra del filósofo parejas de oposiciones paralelas a las que forman la Atenas «primitiva» y la Atlántida? La respuesta es positiva, con los matices que se puedan apreciar.

Al final del libro VII de *La República,* Sócrates, tras haber desarrollado la teoría del filósofo en el poder, recuerda en qué condiciones prácticas una ciudad semejante podría ver la luz. En primer lugar, habría que «expulsar al campo» a los que tuviesen más de diez años (VII 540e-541a), quedándose en la ciudad los niños de menor edad, en su mayor parte separados de sus padres. Después de esto, en los libros VIII y IX, Platón construye la teoría de los cuatro regímenes políticos que son inferiores a la ciudad-modelo: el régimen de tipo espartano o timocracia, el régimen oligárquico, fundado en la posesión de oro y plata, el régimen democrático y la constitución, si se puede llamar así, tiránica, que es, sin embargo, la condición suficiente para que un tirano pueda convertirse en filósofo, como Platón intenta hacer con los dos Dionisios de Siracusa.

Platón explora entonces sistemáticamente el desarrollo de cada régimen a partir del precedente, y de cada hombre entre los

---

[23] Volvemos a encontrar aquí el asunto planteado por el célebre artículo de N. LORAUX, «Thucydide n'est pas un collègue», *Quaderni di Storia* 12 (julio-diciembre 1980), pp. 53-80.

[24] *Leyes* III, 699ac.

niños del régimen anterior. Estas páginas son célebres y dignas de admiración. Citaré solamente una que evoca el paso de la oligarquía a la democracia: «Cuando los dirigentes y los dirigidos se encuentran uno al lado del otro, cuando andan por los caminos o durante otras ocasiones de vida en común, peregrinaciones o expediciones guerreras, si navegan juntos o son compañeros durante la guerra, o incluso en medio de grandes peligros, y se miran los unos a los otros, entonces no son en absoluto los pobres despreciados por los ricos, frecuentemente es al contrario; cuando un hombre pobre, delgado, bronceado por el sol, es colocado en la batalla al lado de un hombre rico criado a la sombra, con demasiada carne sobre sí, y lo ve sofocado y en apretos, ¿no ves que piensa que es por su culpa, de los pobres, que esos hombres sean ricos? Y no crees que los pobres, cuando se encuentran entre ellos, se pasan la voz: "¡Estos hombres están a nuestra merced! ¡No son nada!"». Poco falta para que Platón le haga decir: «¡Nosotros no somos nada, seámoslo todo!»[25].

Pero no nos hagamos ilusiones. Estas páginas no son páginas de historia. Es vano reprochar a Platón que ignore que la tiranía arcaica frecuentemente precede, y no sigue, al establecimiento de la democracia. Lo sabe tan bien como nosotros, aunque sólo fuese por el ejemplo de Atenas, donde Critias creó la *isonomía,* preludio de la democracia, *después* de la caída de los Pisistrátidas, aunque en su propia época existan vías en sentido inverso. Su propósito no tiene que ver con la historia, sino con la ciencia política, si se me permite utilizar esta expresión. ¿Cómo hubiese podido considerar Platón el paso de la ciudad-modelo a la ciudad de tipo lacedemonio, puesto que la ciudad-modelo nunca existió, si no es en la Atenas primitiva del *Timeo* y del *Critias* que no había sido aún inventada cuando Platón escribe *La República*?

La verdad es que el propio Platón, cuando habla de la introducción de la *stasis*, de la disensión en el seno de *su* ciudad, remeda a Homero: «Y bien, Glaucón, ¿cómo se desmembrará nuestra ciudad, y de qué forma comenzará la discordia que enfrente a auxiliares y guardianes, tanto los unos contra los otros como

---

[25] VIII, 556ce. Utilizo, como en otras ocasiones, la bella traducción de Pierre Pachet.

entre sí? ¿Quieres que, como Homero, roguemos a las Musas para que nos digan cómo comenzó a planear la discordia y que pretendamos que las Musas, que vienen a burlarse y a jugar con nosotros como con los niños, hablen con el tono sublime de la tragedia poniendo cara de hablar en serio?» (VIII 545de). ¿Qué mejor manera de decir que ese célebre número nupcial que fue descifrado con mucho esfuerzo por A. Diès[26] es una especie de elegante y erudita broma matemática?

La pareja ciudad perfecta-ciudad degenerada está a la vez muy cerca y muy lejos de la pareja Atenas-Atlántida: cerca porque se trata de la ciudad legítima y de las que acabarán en catástrofe, y muy lejos porque Platón, en el *Critias,* es mucho más sintético que en *La República.* Lo menos que se puede decir es que es difícil de definir el régimen político de la Atlántida, especie de monarquía decimal, controlada por un misterioso juramento.

Mi segundo ejemplo está tomado de un texto tan célebre como difícil, el del mito del *Político* (268d-274e). Lo estudié en 1975[27] y lo he discutido con Luc Brisson. En última instancia, es él quien mejor ha entendido el texto.

¿De qué se trata? Dos parejas de oposiciones están frente a frente. Por una parte, la edad de Cronos, que es también la edad de oro, ciclo durante el cual tanto los hombres como el conjunto de los animales están colocados bajo la dirección del padre de Zeus. Durante la edad de oro, los hombres nacen viejos a partir de la tierra y rejuvenecen hasta el momento en que se desvanecen. Por la otra, la edad de Zeus, que es la nuestra, en la que, contrariamente a lo que pasaba bajo Cronos, donde los hombres eran, según el verso de Valéry, «bestias blancas y beatas» y no conocían las ciudades ni la filosofía, esos hombres, ayuda-

---

[26] A. DIÈS, *Le Nombre de Platon. Essai d'exégèse et d'histoire,* París, Imprimerie nationale, 1936.

[27] En un análisis que retomo en *Le Chasseur noir* (París, Maspero, 1981), «Le mythe platonicien du *Politique,* les ambiguïtés de l'âge d'or et de l'histoire», pp. 361-380. Este texto fue objeto de una viva discusión con Luc Brisson, durante mi seminario y sus defensas de tesis. Su último análisis, *Lectures platoniciennes,* cit., pp. 164-205, que incluye una traducción inédita, me ha convencido de que yo estaba equivocado. En mi descargo, hay que admitir que Platón es todavía más perverso de lo que yo imaginaba. El comentario de C. Castoriadis, *Sur le* Politique *de Platon,* cit., no va contra la interpretación tradicional sobre la cuestión del mito.

dos por dones divinos (los de Prometeo, Hefesto o Atenea), son capaces de vivir en ciudades y de hacer filosofía.

Lo que yo no había comprendido, igual que la inmensa mayoría de los intérpretes, es que la oposición edad de Cronos/edad de Zeus no se identifica con la oposición mundo a su propio cargo –y que evoluciona hacia «el océano sin fin de la diferencia» (273e)–, mundo gobernado por los dioses. Existen por una parte dos *ciclos* en los que el cosmos va tanto en un sentido como en el otro, con catástrofes cósmicas entre ellos, parecidas a las descritas en el *Timeo,* pero tres *épocas:* el reinado de Cronos (271c-272d), el mundo dejado a su albur y que permite que se desarrolle la alteridad en sentido puro (270c-271c), como pasa en la Atlántida, y el mundo cuya dirección ha retomado Zeus (273e-274d).

Hay que reconocer que en este texto Platón está en la cumbre de su perversidad. Las semejanzas y las diferencias saltan a la vista. Están las catástrofes periódicas que acompañan a los cambios de ciclo y que barren a una gran parte de la humanidad terrestre. Pero Atenas, ciudad del Mismo, y la Atlántida, imperio donde la alteridad se desarrolla, coinciden en el tiempo y desaparecen en el transcurso de la misma catástrofe. Ni que decir tiene que Platón sabe perfectamente, en el *Político* como en el *Timeo* y el *Critias,* que fabula. Hay dos niveles en el mito, y si bien el *Timeo* es un «mito verosímil» (29d), puesto que el mundo del porvenir no puede ser objeto de la ciencia, de ello no se puede deducir que todo el *Timeo* sea, como ya nos decía Jean Beaufret, una «broma». Por el contrario, yo estoy convencido de que hay humor e incluso mistificación en el prólogo del *Timeo,* en el *Critias* y en el mito del *Político.*

Sin embargo, buscaremos en *Las Leyes* la explicación de un detalle singular del mito de la Atlántida. ¿Por qué Platón une en su descripción de la gran isla y sus instituciones políticas rasgos orientales, procedentes de las tradiciones sobre el Imperio persa y especialmente de Heródoto, y rasgos atenienses, lo que hace de la guerra entre Atenas y la Atlántida a la vez una guerra «médica» y una guerra civil? En los libros III y IV de *Las Leyes* es donde Platón se esfuerza, a su manera, por enfrentarse con la historia real. Entre los regímenes políticos hay dos constituciones que son «como dos madres de las que con razón se diría que

nacieron las otras, y es justo dar a la una el nombre de monarquía y a la otra el de democracia; la primera alcanza su cima (ἄκρον) en la raza persa, y la segunda la alcanza entre nosotros [en Atenas], y todas las demás, sin excepción, lo repito, son variedades de éstas» (683e)[28].

Platón explica luego que Atenas y Persia alcanzaron casi «la medida justa», pero que luego se alejaron de ella. Fue el caso para los persas en tiempos de Ciro, y Platón está a punto de retomar el elogio que Jenofonte hace en *La Ciropedia* del rey fundador; pero, por buen militar que haya sido, Ciro permite que «sus hijos sean educados por las mujeres» (694d), con los resultados que se pueden imaginar. Los sucesores de Ciro se «echaron a perder por la molicie y la vida licenciosa» (695b). Darío restaura la monarquía, pero Jerjes «reprodujo las desgracias de Cambises» (695e). Atenas, por el contrario, ilustra los peligros de «la libertad absoluta respecto a cualquier poder». En la época de las guerras médicas, el peligro fortifica la unión y la obediencia a los magistrados frente a una «invasión gigantesca por tierra y mar» (698bc). Salamina aparece como una referencia cronológica. Maratón es diez años anterior (698c). Cuando los atenienses conocen los preparativos de Jerjes, no ven más que una única salida: repetir la hazaña de Maratón. No se hace mención de Temístocles y de la flota. Los atenienses no se embarcan en sus navíos, sino «en su esperanza» (699b). Y por si no está lo bastante claro, Platón precisa en el libro IV (707bc) que, si Maratón y Platea trajeron la libertad a los griegos, el Artemision y Salamina los hicieron cobardes.

Es la continuación de una polémica que aparece en el siglo V y que se prolongará después[29]. La guerra marítima enseña la pereza a los hoplitas (707ae). En estas condiciones, se entiende entonces por qué la Atenas primitiva dispone de veinte mil hoplitas pero no tiene marina, frente a la Atlántida que tiene una enorme.

Unas palabras antes de pasar de Platón a sus sucesores. Para nosotros, Platón, con su relato de la Atlántida y de su guerra contra Atenas, ha inventado un género literario aún muy vivo,

---

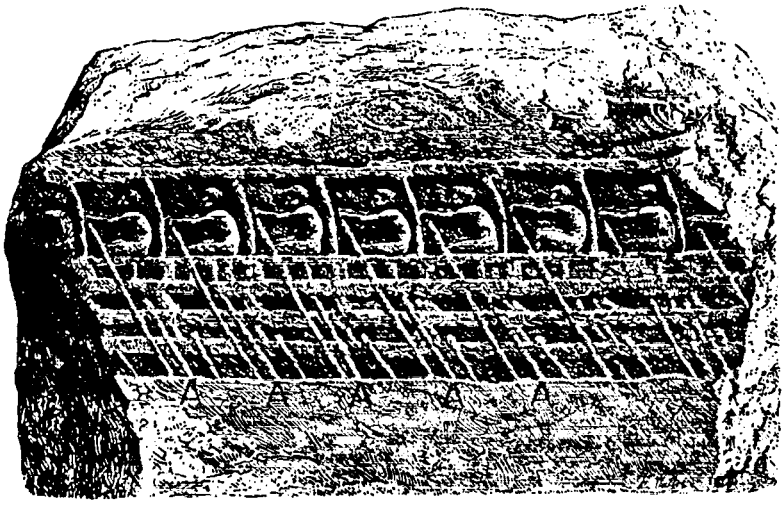
[28] Trad. Des Places, París, CUF.

[29] Véase en *Le Chasseur noir* mi estudio titulado «Une énigme à Delphes».

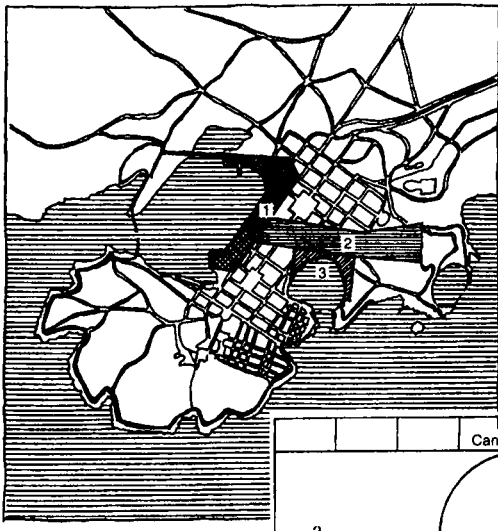
ya que se trata de la ciencia-ficción. De todos los mitos que creó, es, de alguna manera, el único que ha echado raíces. Nadie sueña con seguir las huellas de Er, hijo de Armenio, y si bien tenemos una avenida de los Campos Elíseos, sabemos perfectamente que no son los muertos quienes la habitan.

Pero existe también un arte cuya existencia Platón postula, pero la tecnología de su tiempo no permitía: el cine. Es bien sabido que la caverna del libro VII de *La República* está construida como una sala de cine[30], cuyos espectadores están atados. Pero es en el *Timeo* donde plantea el principio del cine. En efecto, esto es lo que dice Sócrates tras el resumen de las conclusiones de *La República:* «Me gustaría [...] escuchar a alguien que evoque las luchas que sostiene esta ciudad, que relate cómo esta ciudad rivaliza con las otras, cómo entra en guerra con el derecho de hacerlo...». E inmediatamente antes de esta solicitud, expresa su frustración: «Este sentimiento tiene que ver, me parece, con el que se experimenta cuando, contemplando hermosos animales pintados o que, si están vivos, están en reposo, se desea ver a esos animales moverse, rivalizar en el combate, comportándose como se desprende de su constitución física. Éste es el sentimiento que experimento respecto de la ciudad cuya constitución acabo de describir» (*Timeo* 19bc).

[30] Jacques BRUNSCHWIG ha escrito sobre este tema un artículo brillante, «Revisiting Plato's Cave», en J. J. Cleary y G. M. Gurtler, *Proceedings of the Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy* XIX (2003), Leiden y Boston, 2004, pp. 145-177.



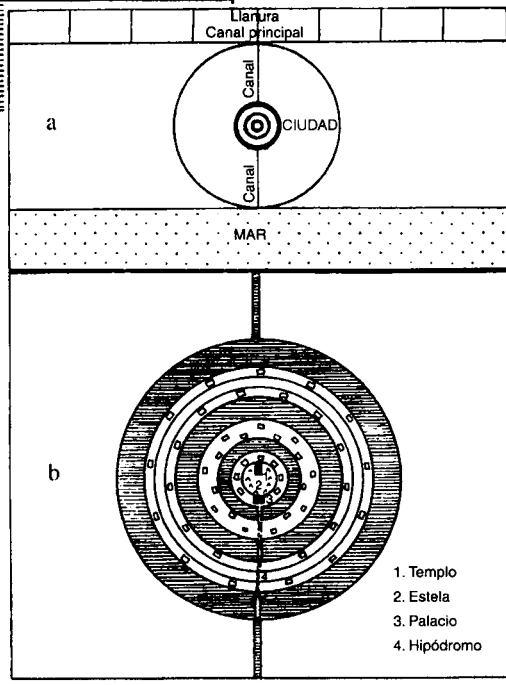
Trirreme. Del bajorrelieve Lenormant. Atenas, Museo de la Acrópolis.



El Pireo: zonas de construcciones públicas.

1. Emporion.
2. Ágora y santuario.
3. Puerto militar.

(Fuente: Roland Martin, *L'Urbanisme dans la Grèce antique*, París, Picard, 1974).



La ciudad de los atlantes.

a. Vista de conjunto de la ciudad.
b. Ciudad interior.

(Según P. Friedländer, *Platon*, I, Berlín, ^{2}1954, lám. IX, 1 y 2).

II

ATLÁNTIDAS ANTIGUAS

Contrariamente a lo que se podría creer, no es cierto que la Atlántida haya sido un continente muy visitado por los sucesores de Platón[1]. Muchos simplemente se reían. Teopompo de Quíos, joven contemporáneo de Platón, es cualquier cosa menos un historiador desdeñable. Nacido en 378/377, «fue testigo ocular *(autoptès)* de muchos sucesos, y para la redacción de su historia se familiariza con los principales personajes de su tiempo: jefes militares, dirigentes políticos, así como filósofos». Es Dionisio de Halicarnaso (*Carta a Pompeyo,* 6) quien nos proporciona esta información. Es el primer historiador en introducir la filosofía en su escritura de la historia. Lo sabemos también tanto por Ateneo como por una inscripción de Rodas: fue un comentarista, desprovisto de cualquier clase de complacencia, de Platón, al que acusa de mentiroso y plagiario[2]. En lo tocante a plagio, él mismo plagió de forma transparente el relato del *Timeo*

---

[1] Se encontrará una lista bastante completa, pero que requiere ser cuidadosamente verificada, en el libro de J. IMBELLONI y A. VIVANTE, *Le Livre des Atlantides,* París, Payot, 1942, pp. 14-176 [ed. orig. cast.: *El libro de las Atlántidas,* Buenos Aires, 1940]; véase también L. SPRAGUE DE CAMP, *Lost Continents: The Atlantis Theme in History and Literature,* Nueva York, Dover, ²1970.

[2] Ateneo, XI, 508cd, fr. 115, núm. 259, en el *corpus* de Jacoby *(F. Gr. Hist.);* sobre Teopompo véase W. R. CONNOR, *Theopompus and Fifth Century Athens,* Washington, DC, Center for Hellenic Studies, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1968; véase también L. CANFORA en L. Firpo (ed.), *Storia delle idee politiche, economiche e sociali,* I, Turín, UTET, 1982, pp. 399-405 (bibliografía pp. 418-419).

y el *Critias*. El rey Midas de Frigia, el mismo al que la fábula atribuye orejas de asno, interroga a Sileno, jefe de los sátiros y del cortejo de Dioniso en los dramas satíricos. Sileno habla de una gran tierra, la Meropia, habitada por los méropes, es decir, mortales. Como entre los cimerios de la *Odisea,* no hay allí día ni noche, sino una especie de crepúsculo rojo. Dos ciudades simétricas y antagonistas, separadas por una extensión prodigiosa, colonizan ese continente. Una se llama *Machimos* (la Guerrera) y la otra *Eusebia* (la Piadosa). La primera es imperialista y ha emprendido la conquista de los hiperbóreos; la segunda es pacífica y disfruta de los productos de la tierra sin trabajarla. Para colmo, los méropes disfrutan de dos ríos: Placer y Pena *(Hedonè* y *Lupè).* El que come los productos de Pena se deshace en lágrimas, mientras que el que prueba los frutos de los árboles que bordean el río Placer recorre en sentido inverso las etapas de la vida. Vemos que Teopompo conocía no solamente el *Critias,* sino también el mito del *Político.*

Es Eliano (*Historias varias* III, 18)[3] quien conserva para nosotros este remedo irónico del *Critias*. Gracias a él el texto de Teopompo atravesará los siglos, y las ruinas de Meropia y sus ciudades serán conocidas por los héroes de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. El mismo Eliano (*Sobre la naturaleza de los animales* XV, 2) relata sin dar sus fuentes que había en el estrecho de Bonifacio gigantescos carneros marinos cuyas franjas servían de diadema a los reyes de la Atlántida. Los ejemplos reales son los de los primeros reyes de Macedonia tras la muerte de Alejandro, lo que podría situar esta fuente en la primera época helenística.

Pero volvamos a Teopompo. Lo que sorprende en su texto es que haya reemplazado la alegoría platónica por otra alegoría, lo que demuestra que comprendió su significado. Esta fábula provoca la ironía del cristiano Tertuliano (*Adversus Hermogenem* 25, 5).

Aristóteles es alguien de un calibre totalmente distinto de Teopompo de Quíos. Normalmente nos contentamos con seguir a Es-

---

[3] El texto de Eliano (*Sobre la naturaleza de los animales,* XV, 2) está traducido por A. Lukinovich y A. F. Morand en la colección «La Roue à Livres», París, Belles Lettres, 1991, pp. 40-42; en los *Fr. Gr. Hist.* de Jacoby es el núm. 115, fr. 75. Jacoby cita también a Servio, *Comentario a Virgilio,* Bucólicas VI, 13, 26.

trabón, que lo pone en contraposición con el geógrafo y filósofo estoico de época helenística Posidonio de Apamea (135-51 a.C.). Con Platón y la Atlántida hace lo mismo que con Homero y la muralla construida en la llanura de Troya por los aqueos: «Quien la creó es también quien la destruyó» (Estrabón II, 102 y XIII, 598). Pero hay un texto de Aristóteles en el que se comprueba que, teniendo la ocasión de hablar de la Atlántida, evita cuidadosamente hacerlo. Es un texto cuya importancia histórica es considerable, pues se supone que inspiró a Cristóbal Colón la búsqueda de un acceso directo desde Gibraltar hasta la India y China. ¿Qué dice el estagirita?[4]. Acaba de señalar que la Tierra es a la vez redonda y esférica, y que no es gigantesca, puesto que las estrellas cambian cuando se va de sur a norte. Añade: «Por eso los que creen que hay continuidad entre la región cercana a las Columnas de Heracles y la región de la India y que, de este modo, no hay más que un mar, no parecen sostener una opinión tan increíble. Dan incluso como prueba el caso de los elefantes, cuya especie se encuentra en cada una de estas regiones extremas, lo que tiende a hacer creer que es en razón de su continuidad que las regiones extremas están afectadas por las mismas características».

El razonamiento es poderoso, puesto que refuta a Heródoto sin nombrarlo. Este último consideraba (III, 98-106) que las regiones más extrañas y más maravillosas se encontraban en los confines del mundo, porque eran los confines. Aristóteles estimaba que había elefantes de África y Asia porque los relacionaba el mismo mar. De un golpe, los extremos dejan de ser extremos, puesto que se tocan.

La mención de los elefantes hace pensar que, si Aristóteles tenía interés en la Atlántida, era una buena ocasión para hablar de ella precisamente al describir el más allá de las Columnas de Heracles, puesto que hay elefantes en la Atlántida, ya que la naturaleza superabundante proporcionaba alimentos para este animal, «que es por naturaleza el mayor y más voraz» (*Critias* 114e-115a). La ocasión era magnífica, pero Aristóteles no la aprovecha. Sin embargo, el mismo Aristóteles (*Meteorológi-*

---

[4] *De Coelo*, II, 14, 298a; cito, apenas con alguna diferencia de detalle, la traducción de J. Tricot (Vrin).

cas II, 1 354a 22)[5] explica que «las partes del mar situadas más allá de las Columnas de Heracles están al abrigo de los vientos, a causa del cieno». Aquí Aristóteles, sin que necesite una Atlántida sumergida, sigue a Platón, que presenta el estrecho como infranqueable a causa de los «fondos cenagosos y poco profundos que la isla, al sumergirse, depositó» (*Timeo* 25d). Ni que decir tiene que sobre este punto Aristóteles se dejó engañar por Platón.

También se ha atribuido a Aristóteles una colección de *Mirabilia* cuya fuente muchas veces es Teopompo[6]. Un lector atento del siglo XVI lo resume muy correctamente así, tras haber expresado sus dudas sobre la atribución a Aristóteles: «Él [el Pseudo-Aristóteles] relata allí que algunos cartagineses, que se lanzaron al mar Atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, y navegaron durante mucho tiempo, descubrieron por fin una gran isla fértil, cubierta de bosques y regada por grandes y profundos ríos, muy alejada de cualquier tierra firme; y que ellos, y otros más tarde, atraídos por la bondad y fertilidad del suelo, se fueron allí con sus mujeres e hijos, y comenzaron a aclimatarse. Los señores de Cartago, viendo que su país se despoblaba poco a poco, prohibieron expresamente, bajo pena de muerte, que nadie fuese allí, y expulsaron a los nuevos habitantes, temiendo, por lo que se dice, que con el tiempo se multiplicasen de tal forma que les suplantasen y arruinasen su Estado». Este lector atento es Michel de Montaigne[7] en el capítulo «Sobre los caníbales».

La literatura helenística –con algunas excepciones, la más importante de las cuales es Polibio, sin olvidar a los filósofos– es una literatura más de eruditos que de investigadores, y lo mismo sucede con la literatura romana, también con algunas excepciones importantes. Las pérdidas son inmensas, siendo una de las más importantes Posidonio de Apamea, polígrafo y polifacéti-

---

[5] Este texto de *Meteorológicas* es citado por PROCLO, *Comentario sobre el* Timeo, 188, 22 (p. 245 de la traducción de A. J. Festugière).

[6] Cfr. P. MORAUX, *Les Listes anciennes des ouvrages d'Aristote,* Lovaina, 1951, pp. 161-163; la referencia de este pasaje en la edición Bekker es 836b30-837a. Resulta sorprendente comprobar que un texto completamente análogo se encuentra en Diodoro de Sicilia, V, 19.

[7] *Essais* I, XXXI, pp. 304-305 de la edición Folio, Gallimard, 1973 [ed. cast.: *Ensayos*, múltiples ediciones].

co, maestro de Estrabón cuya obra sí se conserva, felizmente. Posidonio desempeña el papel de comodín cuando lo que preocupa es la *Quellenforschung*. Pero a veces ocurre que sea expresamente citado, y éste es el caso en un texto que ya he mencionado (Estrabón II, 102), donde el geógrafo señala que Posidonio tiene razón para creer en la existencia de la Atlántida, puesto que ésa era la opinión de Platón. Veremos más adelante que la discusión va a seguir en el interior de la Academia fundada por Platón, cuya divinización estaba aún en sus inicios.

Diodoro de Sicilia[8], que vivió entre el 80 y el 30 a.C., lo que lo convierte en diez años mayor que Virgilio, nos habla de los atlantes como discípulo de Heródoto más que de Platón, y también de Evémero, un teórico nativo de Mesenia de comienzos del siglo III a.C., autor de un viaje imaginario donde se enseñaba que los dioses eran antiguos grandes hombres a los que la admiración colectiva había elevado al rango superior.

No hay Atlántida, en el sentido platónico del término, en la *Biblioteca histórica* de Diodoro. O más exactamente, a veces hay confusión entre los atlántidas, es decir, los hijos de Atlas, como la Calipso de la *Odisea,* y los atlantes, pueblo de Libia vecino y víctima de las Amazonas. Esta confusión desaparece a poco que se corrijan los manuscritos[9]. Diodoro no menciona su fuente, que podría ser un mitógrafo alejandrino del siglo II a.C., un tal Dioniso de Mitilene, llamado «Dioniso brazo de cuero». La inspiración general de estas páginas (III, LIV y LVI) es netamente evemerista. La localización es poco precisa, contentándose Diodoro con decir que los atlantes habitan «las regiones que bordean el Océano y tienen una tierra próspera».

En todo caso, el rey que los hizo pasar del estado salvaje al civilizado no es otro que un observador de los astros llamado Urano. Funda una ciudad y predice los acontecimientos gracias a sus competencias en astronomía, conquista casi todo el ecúmene, tiene con varias mujeres cuarenta y cinco hijos, dieciocho

---

[8] Me permito remitir a mi ensayo «Diodore et le vieillard de Crète», que sirve como prefacio a la traducción de Michel Casevitz de los libros I y II de la *Bibliothèque historique,* col. «La Roue à Livres», París, Belles Lettres, 1991. Luego fue reimpreso en mi libro *Les Grecs, les historiens, la démocratie,* cit., pp. 135-155.

[9] Véase en la edición del libro III de Diodoro hecha por Bibiane Bommelaer (CUF), la nota 2 de la página 2.

de los cuales son los Titanes. Su hija Basileia (Realeza) tuvo de su hermano Hiperión dos hijos admirables, Helios y Selene. Asesinados por sus tíos, fueron asimilados por los atlantes al Sol y la Luna. Su madre, Basileia, desaparecida durante una tormenta, fue considerada una diosa y recibió sacrificios. Tras el asesinato de Hiperión, este reino africano mágico fue dividido (III, LX) entre los otros hijos de Hiperión, especialmente Atlas y Cronos.

Atlas fue también un experto en astrología, y llamó Atlas a la alta montaña de la que hablaba Heródoto. Su hijo Héspero desapareció en las mismas circunstancias que Basileia y pasa a su vez al rango de estrella, mientras que sus hijas, las Atlántides, «estuvieron en el origen del género humano» (III, LX, 4). Una de ellas tuvo de un tal Zeus a Hermes, bienhechor de la humanidad, mientras que otro Zeus, hermano y no nieto de Cronos, engendró en Creta diez hijos. Estos diez hijos, de Zeus y no de Poseidón, son el único punto de contacto entre Diodoro de Sicilia y el relato platónico. Vemos que, con su presencia, pudo dar origen al mito de una Atlántida cretense sobre la que ya hemos dicho algo. Pero este Zeus no es el Olímpico. Este último, que se adueña de todo el mundo, es el hijo de un bandido llamado Cronos, hermano de Atlas, y de su hermana Rea (III, LXI, 1). Sucede a su padre, bien porque este último se retira, bien por una revolución popular contra el tirano Cronos.

Extraña mitología, sin duda, pero a la que sólo un finísimo hilo relaciona con el mito platónico. El texto de Diodoro es el único que deriva de una fuente distinta de Platón y Teopompo. Todas las demás menciones de la Atlántida hacen referencia a Platón[10].

Éste es especialmente el caso de una breve indicación de Plinio el Viejo (*Historia natural* II, 204-205), que señala que la Naturaleza es responsable del hecho de que las islas se hayan separado del continente, como Chipre de Siria o Eubea de Beocia, y que el movimiento inverso también existe: hay islas que desaparecen al unirse a tierra firme, como Epidauro. Otras regiones se vieron anegadas, como el caso supremo de la Atlántida, sumergida por el océano Atlántico, «si creemos a Platón», *si Platonis credimus*. Quizás haya aquí una pizca de escepticismo.

[10] Cfr. B. Bommelaer, *ibidem*, XI y XLI-XLIV.

Éste no es el caso de Plutarco, que en la *Vida de Solón* (26, 1; 31, 6-32-2) tiene tendencia más bien a cargar las tintas en él. Al contrario que Platón, coloca el viaje a Egipto después de la legislación de Solón. Sabe quiénes fueron los interlocutores de Solón, con los que discute de filosofía y entre los que escuchó el relato sobre la Atlántida. Estos sacerdotes se llaman Psenopis de Heliópolis y Sanchis de Sais. Intenta «dar a conocer ese *logos* a los griegos poniéndolo en verso», y precisa: «Solón había emprendido una gran obra, consagrada al relato *(logos)* o mito *(mythos)* de la Atlántida, que había escuchado a los sabios *(logioi)* de Sais y que concernía a los atenienses. Pero renuncia a ello, no por falta de tiempo, sino sobre todo a causa de su vejez, que le hacía temer la duración del trabajo [...]. Platón se apodera de este asunto de la Atlántida como de la tierra de un hermoso país, dejada abandonada, que le correspondiera de alguna manera por derecho de parentesco; desea llevarla a buen fin y adornarla. Para empezar, coloca en ella grandes pórticos, murallas un vasto patio, como nunca hubo en un relato, mito o poema. Pero se puso a ello demasiado tarde. Cuanto más nos gusta lo que escribió, más tristeza experimentamos pensando en lo que falta. Como el templo de Zeus Olímpico en Atenas, la única obra que la sabiduría de Platón dejó inacabada entre tantas obras bellas es el diálogo de la Atlántida»[11].

Este texto, evidentemente, sólo se basa en Platón. Lleva en sí al menos una contradicción interna. El origen del mito de la Atlántida se atribuye en primer lugar a los dos sabios de Heliópolis y Sais, y luego sólo a los sabios de Sais. Sólo esta última afirmación corresponde al relato de Platón. Por otra parte, Plutarco hace del *Critias* el diálogo «atlántico», la obra de la extrema vejez de Platón, que deja inacabada. Ya dije en el capítulo anterior que no creo en este carácter inacabado. Si hay un diálogo que lleva las huellas de la no finalización, es evidentemente *Las Leyes,* seguidas del *Epinomis,* que frecuentemente se atribuye al «secretario» de Platón, Filipo de Opunte. Esto no impide que la comparación entre el *Critias* y el tem-

[11] Cito casi literalmente la traducción de Anne-Mari Ozanam, colección «Quarto», París, Gallimard, 2000. El *Olympeion* fue terminado bajo Adriano, después de la muerte de Plutarco. Fue comenzado bajo Pisístrato.

plo inacabado de Zeus Olímpico sea un soberbio fragmento de literatura.

Más tarde aún, alrededor del 200, Ateneo de Naucratis, autor de ese enorme fichero en forma de *symposion* literario que se llama *El banquete de los sofistas* (XIV, 690a), cita a propósito de la palabra μεταδόρπια, que significa «postre», un corto fragmento del *Critias* (115b) en el que Platón utiliza la palabra en cuestión. Es una nota de filólogo, sin más. Más tarde, el último de los grandes historiadores romanos, el severo y barroco Amiano Marcelino (XVII, 7), diserta sobre los diferentes tipos de seísmos. Tras haber mencionado las teorías de Anaximandro y Anaxágoras, explora algunos de dichos tipos. Entre éstos se encuentran las erupciones cuya violencia fue tal que hunden una isla «más vasta que Europa» en el océano Atlántico[12]. La mención de Europa parece mostrar que Amiano no deriva directamente de Platón. Contrariamente a Plinio el Viejo, Amiano Marcelino no manifiesta ningún escepticismo en cuanto a la realidad de los «hechos».

Sin embargo, en la época en la que escribía Amiano Marcelino, en la segunda mitad del siglo IV de nuestra era, ya se estaba produciendo una gigantesca transformación: el Imperio romano se convertía en un imperio cristiano, lo que significaba que los súbditos del emperador tenían como antepasados espirituales no a los héroes de la Guerra de Troya, sino a Abraham y Moisés. Dicho de otro modo, los cristianos, que desean ser el *verus Israel,* el Israel auténtico, piensan que la historia comienza no en Micenas o Cnossos, sino en Ur y Caldea, y continúa en Jerusalén.

Sin embargo, para que el mundo grecorromano se convierta en judío fue necesario que primero los judíos se convirtiesen en griegos. En la frase de Elias Bickerman que cito con frecuencia: «Los judíos se convirtieron en el pueblo del Libro cuando ese libro se tradujo al griego». Es una larga historia, que comienza en Alejandría, pero de la que también Jerusalén forma parte.

Dos autores judíos del siglo I vieron cómo sus obras nos llegaban no a través de los judíos, que durante mucho tiempo los ignoraron, sino gracias a los cristianos, que nos legaron sus tex-

---

[12] Este análisis está relacionado con un relato sobre el terremoto de Nicomedia (24 de agosto de 358).

tos escritos en griego, a veces incluso en un griego aticizante: Flavio Josefo y Filón de Alejandría. Josefo no se interesó por la Atlántida; no sucede lo mismo con Filón. Filón es un judío de Alejandría que intenta conciliar en su obra la autoridad de la Biblia, es decir, del legislador Moisés, y la de los filósofos griegos, de Platón a los estoicos. Por lo que concierne al tiempo, Filón no tiene ninguna duda. Moisés legisló «mucho tiempo antes de Hesíodo», μακροῖς δὲ χρόνοις πρότερον[13]. En este mismo tratado, llamado en latín *De Aeternitate Mundi* y que debería llamarse en realidad *De la incorruptibilidad del mundo,* Filón se ve obligado a hablar, brevemente, de la catástrofe en la que perece la Atlántida. Habla de ella en términos parecidos a su casi contemporáneo Plinio el Viejo[14]. Citémoslo. Filón acaba de recordarnos que si hay islas que surgen, otras se hunden, y añade: «La isla de la Atlántida, "más extensa que Libia y Asia juntas" por lo que dice Platón en el *Timeo:* en un día y una noche se produjeron violentos temblores de tierra y maremotos, y desapareció, de repente (ἐξαίφνης), hundida en el mar; transformada en mar, no es navegable, pero es un abismo profundo» (141). Este último rasgo demuestra que Filón no sigue del todo a Platón. Contrariamente a su maestro y a Aristóteles, no habla de la presencia de cieno sobre el emplazamiento de la isla-continente desaparecida[15], lo que habría planteado algunos problemas de coexistencia con la antigüedad bíblica y su relato del Diluvio.

Por seguros que estén de la antigüedad de su legislación y de sus relaciones privilegiadas con el dios único que es su señor, los intelectuales judíos no dejan de ser dependientes de aquellos a los que denuncian. Flavio Josefo puede perfectamente, en el

---

[13] *De Aeternitate Mundi,* 19. Cito la edición de R. Arnaldez y la traducción de J. Pouilloux, París, Cerf, 1969.

[14] Que muere, recordémoslo, durante la erupción del Vesubio en el 79 de nuestra era.

[15] J. Pouilloux, en su traducción de *De Aeternitate Mundi* (ed. Arnaldez, 1969), traduce «οὐ πλωτόν» por «no es solamente navegable», lo que me parece imposible. Todo este pasaje desde 117 es atribuido a Teofrasto por H. Diels, *Doxographi Graeci, Opiniones de los médicos,* fr. 12, Berlín, 1879, atribución recogida por W. W. Fortenbaugh *et al., Teophrastus of Eresus, Sources for his Life, Writings, Thoughts and Influence,* I, Leiden, Nueva York y Colonia, Brill, 1992, p. 351; la referencia en el tratado de Filón es 139-141. Para concluir que el texto habla de cieno hay que corregirlo, lo que se ha propuesto en algunas ocasiones.

Contra Apión (fines del siglo I), explicar que Heródoto y el conjunto de los historiadores griegos son unos mentirosos, pero lo hace en griego. Hay aquí una reacción de colonizado; el reflejo es el mismo que el de los escritores e historiadores argelinos que denunciaban el colonialismo francés en la lengua de sus amos. De todos modos, en el caso de Josefo existe una diferencia, y es que los griegos no son los auténticos amos, puesto que a su vez están sometidos a los romanos. En el siglo II, un tal Numenio de Apamea lo confiesa, si se me permite la expresión: «¿Qué es Platón más que un Moisés que habla ático?»[16].

Esta problemática es retomada y reelaborada por los apologistas del cristianismo (Taciano, Teófilo de Antioquía, Clemente de Alejandría). Como son los representantes del verdadero Israel, deben asumir la herencia de Israel según la carne, depositaria hasta la Encarnación de la alianza con el Señor. Hasta la Encarnación, pero por supuesto no más allá. Tomemos un apologista como Tertuliano, cuya vida literaria y religiosa se despliega entre 196 y 222. Retórico apasionado y poderoso, tiene simpatías por Poncio Pilato, que incluso sería cristiano (*Apologética* XXI, 24), y califica a los judíos de perseguidores (XXI, 25), pero para él Moisés es «unos 400 años anterior a la época en que el famoso Danao, el más anciano de vosotros [los griegos], emigró a Argos, y consecuentemente que el propio Saturno» (*Apol.* XIX, 2). Es el primer cristiano en hablar de la Atlántida. ¿Qué nos dice? Dice que, contrariamente a lo que un pueblo ignorante piensa, los cristianos no son en absoluto responsables de todas las catástrofes: «El Tíber se ha desbordado, la tierra tiembla, se ha declarado una peste o una carestía, y en seguida gritan: ¡Cristianos a los leones!». Y añade, tras haber recordado que lo que no falta en la historia son calamidades: «Platón cuenta también que una tierra más grande que Asia o África fue engullida por el océano Atlántico»[17]. Es un hecho sorprendente que, si bien Tertuliano cree que los judíos son el eje de la his-

---

[16] Fr. 10, p. 130 Leemans = 8 p. 51 Des Places (citado por Clemente de Alejandría, *Stromates*, I, 22, y siguiéndolo, Eusebio de Cesarea, *Preparación evangélica* IX, 7, 9 y XI, 10, 14).

[17] *Apologética*, XL, 2-4. Cito la edición y traducción de J.-P. Waltzing, con introducción y notas de P.-E. Dauzat, 2.ª reimpresión, París, Belles Lettres, 2002. Es útil señalar que Tertuliano ha leído a Diodoro de Sicilia (*ibidem* X, 7) y sabe,

toria antigua, piense también que los césares, que reinan gracias a Dios, merecen que los cristianos recen por su salvación (XXX, 1). Éste ha sido el primer encuentro entre los cristianos y la Atlántida.

En la misma línea que Tertuliano, el retórico cristiano Arnobio enumera las catástrofes que han golpeado al mundo, desde las invasiones de langostas hasta el rapto de Helena o los temblores de tierra y la caída de la Atlántida, destacando que allí no había cristianos. La destrucción de la Atlántida es para Arnobio un acontecimiento histórico que se puede comparar, por ejemplo, con las conquistas de Alejandro[18]. Estamos a comienzos del siglo IV, en la época de la persecución de Diocleciano[19].

Situémonos un siglo y medio más tarde, cuando el Occidente romano está al borde de la descomposición. Constantinopla es ya la capital de un Imperio «romano» que sin duda se puede llamar bizantino. Estamos en los tiempos de esos *últimos paganos,* cuya *Chronique*[20] trazó con fuerza Pierre Chuvin. Es evidente que el paganismo que Teodosio intenta hacer desaparecer en el 392 es muy diferente del que habían conocido Cicerón o incluso Tertuliano. El último emperador anticristiano, Juliano «el Apóstata» (360-363), era neoplatónico más que adepto de la religión tradicional de los griegos y los romanos. André Piganiol, en su *Empire chrétien,* hace de él un «santo»[21].

El peso del Estado es gigantesco, incluso, como decía mi maestro Henri Marrou, «totalitario». Lo que pasa es que el poder, pagano o cristiano, sin tolerar vida política en el sentido grecorromano del término, sabe expresarse en términos platónicos. El preámbulo del «Edicto del máximo» en el 301, en época de Diocleciano, fragmentos del cual se han encontrado en el conjunto del imperio, especialmente en Ancyra (Ankara), se pa-

---

por tanto, que Saturno (Cronos) no es más que un hombre. Hace incluso alusión a la desaparición de la Atlántida, un ejemplo entre otros de mutación en el mundo, en *De Pallio,* 3, obra del final de su vida.

[18] *Contra los gentiles,* I, 5, 1, ed. H. Le Bonniec, París, Belles Lettres, ²2002.

[19] A esta referencia se puede añadir, como único ejemplo de reinterpretación alegórica de la guerra de los atlantes, una brevísima mención por Clemente de Alejandría, *Stromates,* 9, 58.

[20] En la colección «Histoire», París, Belles Lettres, 1990.

[21] París, Presses Universitaires de France, ²1972, p. 162: «Merecería ser considerado un santo».

rece mucho a un *prooimion,* cuya teoría y práctica hizo Platón en su última y monumental obra, *Las Leyes.*

Proclo (412-485), neoplatónico, es el autor, en el siglo V, de un comentario del *Timeo* del que V. Rossi decía que daba pruebas de un «virtuosismo especulativo sólo comparable al de Hegel». Es el padre A. J. Festigière el que coloca esta afirmación como epígrafe de su magnífica traducción de este comentario[22]. Victor Goldschmidt, que fue junto con Henri Marguerite mi maestro en los estudios platónicos, me decía hace medio siglo: «No lea usted a Proclo, que es un pedante, lea a Plotino». Desde el momento en que Proclo comenta el *Timeo* y circunstancialmente el *Critias,* al que llama, como Plutarco, el *Atlántico,* no era cuestión de no leerlo.

Todavía debo añadir que Proclo, como sus maestros, Jámblico y, más directamente, Siriano, es tan neopitagórico como neoplatónico. Desde el comienzo de su trabajo remite al supuesto *Tratado de la Naturaleza* de «Timeo de Lócride», que es una falsificación del siglo I a.C., e incluso se hace eco de una acusación de plagio. A. E. Taylor, quien en su comentario del *Timeo*[23] sostiene que Platón quiso expresar las ideas de un pitagórico del siglo IV a.C., es de una manera muy particular un discípulo de Proclo.

Ocho siglos después de Platón, ¿en qué medida Proclo está en contacto con el autor al que comenta? Para él existe un punto ciego: lo político y todo lo que tiene que ver con la *polis,* ya sea aquélla en la que vivía Platón o la que diseñaba. En el prólogo de su *Comentario,* Proclo explica que *La República* es el orden celeste, y cita la famosa fórmula que casi cierra el libro IX (592b): «La ciudad cuya fundación hemos expuesto [...] creo que no existe en ninguna parte sobre la tierra [...]. Quizás está situada arriba en el cielo, como un modelo para quien quiera mirarla y, al observarla, gobernarse a sí mismo». Proclo añade que la guerra contra los atlantes «se parece al mundo sublunar que resulta de la oposición y del cambio»[24].

---

[22] Cito el volumen I del *Commentaire sur le* Timée, París, Vrin, 1966, discrepando sólo en algunos detalles; por ejemplo, digo atlantes y no atlantinos. La paginación del texto traducido por Festugière es la de Diehl.

[23] *A Commentary on the Timaeus,* Oxford, Oxford University Press, 1928.

[24] Proclo, *Comentario,* 4, 25 (Festugière, p. 27).

Proclo no es solamente un neoplatónico; es, como Jámblico, por ejemplo, un neopitagórico que especula sobre los números. Los pitagóricos sostenían que toda la creación física está contenida en los números, que todas las obras de la Naturaleza existen conforme a números (16, 20, p. 44). Todo número requiere por lo tanto explicación, ya se trate del Uno, de la díada, la tríada o la tetractis, la suma de los cuatro primeros números. El número de participantes en un diálogo, por ejemplo, es significativo. Proclo se apoya en lo que decía su maestro Siriano: cuando el número de auditores disminuye, «el discurso procede de forma más secreta y más inefable» (26, 7, p. 49). A ojos de Proclo, sería necio tomar en serio lo que dice Platón: el cuarto participante estaba enfermo.

Se trata de un fenómeno que desborda el medio de los neopitagóricos. No es sorprendente que la especulación sobre los números se llame *geômètria* en Jámblico y *gamatrya* en el Talmud.

En Proclo encontramos a la vez una historia de la interpretación de la Atlántida y su propia hermenéutica. Crantor, quien, sin ser escolarca, desempeña un importante papel en la Academia de la segunda mitad del siglo IV, afirmaba que «los contemporáneos de Platón decían burlándose que él no era el inventor de su *República,* sino que la había copiado de las instituciones de los egipcios, y que había dado tanta importancia a los que se burlaban que había remitido a los egipcios esta historia sobre los atenienses y los atlantes para hacerles decir que los atenienses realmente habían vivido bajo este régimen en determinado momento del pasado»[25] (76, 5-10). Todo este discurso sobre los atlantes es, por tanto, «pura y simplemente historia», según Crantor, que habla de las estelas egipcias contempladas por Solón.

Proclo continúa diciendo: «Otros dicen que la Atlántida es una fábula, una ficción que no tiene la menor realidad, pero que lleva en sí una indicación sobre las realidades eternas o sometidas al devenir del Cosmos» (76, 10), lo que les obliga a contradecir las célebres afirmaciones de Platón. Proclo comenta con gravedad: «Lo que es absolutamente cierto no es cierto en un aspecto y no cierto en otro, ni falso en su apariencia y verdade-

---

[25] Festugière precisa, p. 111, n. 2, que «realmente» es un añadido suyo [justificado].

ro en su sentido oculto». Curiosamente, Proclo no menciona a ninguno de estos «negadores», pero al final de sus páginas sobre la Atlántida cita sin nombrarlo a Aristóteles, tal como lo hemos encontrado en Estrabón. «No hay que decir por lo tanto que "si se suprime la prueba, se suprime a la vez el objeto en cuestión", como Homero hizo con los feacios y el muro construido por los griegos, puesto que aquí no hay ficción imaginaria, sino cosa cierta» (190, 5)[26].

Sobre la Atlántida «real», sin embargo, Proclo no da más que indicaciones extremadamente vagas: «De que ha existido una isla de esta clase y de tal tamaño tenemos la prueba en ciertos relatos de viajeros sobre lo que se ve en el mar exterior [el océano Atlántico]. En sus tiempos, había en este mar siete islas consagradas a Perséfone, y otras tres islas inmensas, una consagrada a Plutón, otra a Amón y otra, mediana, a Poseidón, de mil estadios de ancho, y los que la habitaban habían conservado de sus ancestros el recuerdo de la Atlántida como de una isla de enorme tamaño que realmente había existido» (177, 10-20). Como «viajeros», Proclo cita solamente a un tal Marcelo, siendo el único que menciona su existencia[27]. Tras haber hablado de los que niegan la Atlántida, Proclo menciona a cierto número de autores, en general platónicos, que vieron en el combate entre Atenas y la Atlántida una analogía de orden cósmico.

Así Amelio[28] explica con excesivo ardor que la Atenas primitiva es análoga a los astros fijos y los atlantes a los planetas: ¿acaso la isla Atlántida no está dividida en siete círculos? Tam-

---

[26] Festugière no vio la alusión a Aristóteles y considera, p. 246, n. 2, que «Proclo debe reproducir una opinión corriente».

[27] Véase la nota de Festugière, p. 233, n. 2. Este Marcelo, que reaparece en 182-15 como autor de una *Investigación sobre Etiopía*, es totalmente desconocido. Festugière piensa en una confusión con un tal Marciano, pero éste escribió un «Periplo del mar exterior» cuya relación con Etiopía no se ve. Los fragmentos citados por Proclo llevan el núm. 671 en el *corpus* de Jacoby.

[28] Resumo las páginas 112-115 de la traducción de Festugière, texto griego 76, 20-80 8. Amelio fue en Italia durante 21 años el secretario de Plotino y el responsable de la edición cronológica de sus obras; véase la nota que le dedica Luc BRISSON en R. Goulet (ed.), *Dictionnaire des philosophes antiques*, I, París, CNRS, 1989, pp. 160-164. Hay un debate entre los eruditos sobre si hay dos Orígenes (uno cristiano y otro neoplatónico); véase, por ejemplo, H. CROUZEL, *Origène*, París y Namur, Le Sycomore, 1985, pp. 29-31 [ed. cast.: *Orígenes*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1998].

bién Orígenes ve en la guerra Atenas-Atlántida una oposición entre dos categorías de demonios, unos más numerosos y los otros más poderosos y de mejor calidad. Y Numenio de Apamea, del que ya hemos hablado, ve en los atenienses a almas nobles, y en los atlantes, almas ligadas a la *génesis*. Porfirio piensa que el Oeste «es el lugar de demonios malhechores».

Proclo es mucho más elocuente sobre lo que piensan sus maestros, Jámblico y Siriano: la oposición es cósmica, entre el mundo del Uno y el de la Díada, entre el Mismo y el Otro, el Movimiento y el Reposo, el Límite y lo Ilimitado. Finalmente se une a esta interpretación, y he intentado demostrar que el texto de Platón va en esta dirección.

Proclo multiplica, como es su costumbre, las analogías. Percibe perfectamente la relación con las guerras médicas: «El ejército de los persas se lanzó desde Oriente contra los griegos y especialmente contra los atenienses, y Platón hizo venir la guerra atlántica desde Occidente, para que veas a Atenas corregir, a partir de un centro, a los ejércitos bárbaros que desde ambos lados habían lanzado sobre ella su desordenada ola» (172, 10-20, p. 227). Más allá de esta analogía humana está la analogía divina, con los olímpicos del lado ateniense y los Titanes (entre ellos Atlas) del lado de los atlantes. Aún más, las Columnas de Heracles marcan la frontera entre el Mismo y el Otro, y Proclo indica la relación que se impone con «el Océano sin fin de la diferencia» del que habla el mito del *Político* (273d). Y añade: «La màteria recibe denominaciones de la serie menos buena, se la llama: no limitación, tiniebla, irracionalidad, desmesura, principio de la alteridad, díada, igual que el océano Atlántico recibe su nombre de la Atlántida» (175, 20-25, p. 231). Algo destacable es que, mientras que Diodoro y los poetas «órficos» hablan mucho de Creta, como muchos de los modernos, Proclo dice sobre esta isla sólo unas palabras cortantes: «Los teólogos acostumbran a colocar a Creta como sustituto de lo Inteligible» (118, 25, p. 162).

Cerramos el *Comentario* de Proclo algo deslumbrados, pero también asustados por su increíble virtuosismo; y también algo apenados al constatar la muerte de lo político, que Platón, por otra parte, ya había comenzado a matar. Proclo no habla de los cristianos, y si bien llega a hablar de la Providencia, lo hace al estilo

de los estoicos. Aunque el Orígenes que menciona es el Orígenes cristiano, es el único cristiano en ser tratado como filósofo neoplatónico, pero ésta es una cuestión que no está zanjada.

Hay, sin embargo, un último cristiano antiguo, que dice ser mercader y que firma simplemente «un cristiano». Era «nestoriano», es decir, herético respecto a la ortodoxia tal como la definirá el Concilio de Calcedonia (451). Los monofisitas fusionaban en exceso las dos naturalezas de Cristo, y los nestorianos las separaban un poco de más. Nuestro hombre, naturalmente, se consideraba completamente ortodoxo. Su *Topografía cristiana,* escrita en Alejandría entre el 547 y el 549, lleva en los manuscritos del siglo XI el nombre de un tal Cosmas Indicopleustes, que no aparecía en los manuscritos más antiguos[29]. Es, por tanto, el hombre del Cosmos que ha viajado a las Indias. No parece haber viajado más allá del golfo Pérsico. Su libro pretende ser un comentario del Cosmos en estrecha correspondencia con la Biblia. Piensa que la tierra es oblonga y que tiene la forma de una torta inflada, y que el firmamento está construido de fábrica (cfr. página 65). En el plano científico, esta obra atestigua una extraordinaria regresión, no solamente respecto a Proclo, sino en relación con la geografía antigua, con Estrabón por ejemplo. Pero el documento es conmovedor en la medida en que da fe de una cultura popular cristiana, y las ilustraciones me han causado la misma impresión que las esculturas del Museo Copto del Cairo Viejo, algunas de las cuales son contemporáneas de Cosmas y anuncian en qué se convertirá en Occidente la escultura romana.

El testimonio de Cosmas sobre la Atlántida se encuentra en el libro XII y último (XII, 2-8). Se presenta como un comentario del Diluvio bíblico, conocido por los caldeos pero no por los griegos, con excepción de Timeo: «Así Timeo, el filósofo, representa también esta tierra del más allá. Supone que había una isla de indecible tamaño, la Atlántida, situada en el exterior, en

---

[29] Sobre Cosmas, véase W. WOLSKA, *La Topographie chrétienne de Cosmas Indicopleustès,* «Bibliothèque byzantine», París, PUF, 1962. La misma autora, Wanda Wolska-Conus, publicó en la colección «Sources chrétiennes» de Cerf una nueva y notable edición y traducción del texto (en tres volúmenes, 1968-1973). Además, esta admirable edición reproduce las ilustraciones contenidas en los tres manuscritos.

el Océano en dirección al Occidente, al lado de Gadeira [Cádiz]; diez reyes venidos de la tierra del más allá (ἐκ τῆς πέραν γῆς ἐλθόντας), que habían reclutado a los pueblos que allí habitaban, conquistaron Europa y Asia; luego fueron vencidos por los atenienses; y esta isla, según él, había sido sumergida en las aguas por Dios. Este Timeo, con el que Platón y Aristóteles están de acuerdo y al que Proclo comenta, enuncia ideas semejantes a las nuestras, transformando el *logos* [de Moisés] y poniendo el Occidente en el lugar del Oriente; menciona además las diez generaciones así como la tierra de más allá del Océano. En resumen, está claro que todos toman este relato de Moisés y lo exponen como su propia historia».

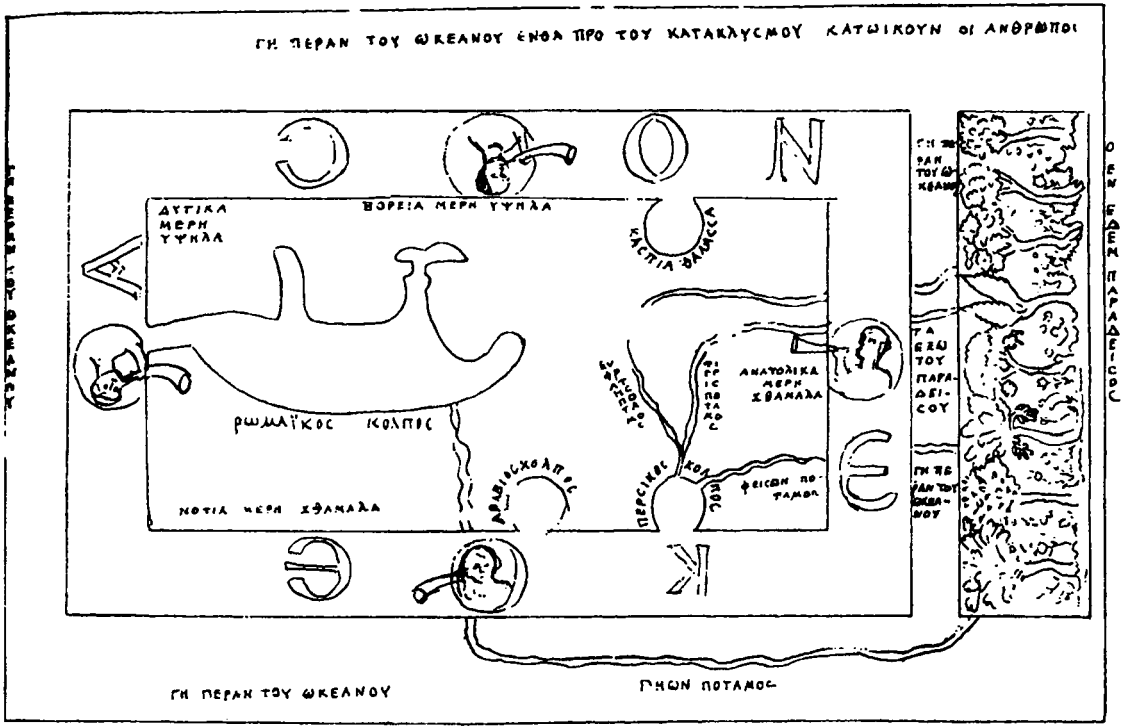
Tras haber hablado con consideración de los historiadores caldeos y egipcios, «más antiguos que los griegos»[30] (XII, 5-6), nuestro hombre continúa: «Los griegos, por el contrario, venidos al mundo después de ellos, aprendieron tarde a escribir; establecidos lejos del Oriente, en alguna parte al oeste, y viviendo demasiado lejos de Judea y Egipto, ignoraron estos acontecimientos, en los que no participaron ni a través de la vista ni de oídas. Por eso no creen en la divina Escritura y consideran mitos sus relatos». Pero esta situación ha cambiado felizmente. Los griegos también creyeron, pero posteriormente, por mediación de los apóstoles y en vista de los milagros que realizaron. «Sin embargo, más tarde, al cesar los signos con el transcurso del tiempo, verás a muchos griegos, que habían creído y se habían hecho bautizar, no creer ya e ignorar el Antiguo y el Nuevo Testamento.» Son hombres de poca fe. «Esto es lo que dijo con razón a Platón un egipcio de nombre Salomón: los griegos son siempre niños; un griego nunca es viejo y no existe entre vosotros ninguna enseñanza envejecida por el tiempo.» Doble confusión entre Solón y Salomón, y entre Salomón y el sacerdote egipcio[31]. Mientras «toda Etiopía y las regiones meridionales confirman la divina Escritura, sólo los griegos, sabios por definición, ignoran su propia salvación; sólo Timeo, menciona-

---

[30] Ἕλλήνες: creo que hay que entenderlo como paganos.

[31] La editora señala que la misma cita deformada del *Timeo* 22b se encuentra dos siglos y medio antes en Eusebio, *Crónica* I, col. 3-4, y, del mismo Eusebio, en *Preparación evangélica* X, 4, 19; así los cristianos pudieron adueñarse del grito dirigido a Solón: «¡Solón, Solón, vosotros los griegos sois eternos niños!».

do más arriba, que, bebiendo de no sé dónde, quizás de los caldeos, remodeló sus relatos: los diez reyes venidos de la tierra de más allá, en la isla Atlántida –hundida según él– habrían reclutado a los pueblos que la habitaban, y una vez en esta tierra, habrían conquistado Europa y Asia, lo que es una invención manifiesta (ὅπερ σαφέστατον ἐστι πλάσμα); en efecto, al no poder mostrar esta isla, Timeo la declara sumergida por la voluntad de Dios». Invención por lo tanto, pero derivada de la Biblia. Volveremos a encontrar tales razonamientos, mucho más tarde, en la Ilustración. Acabamos de leer, sin embargo, lo que un copto pensaba de los griegos.



El mundo según Cosmas Indicopleustes. Siglo VI d.C. (Fuente: Cosmas Indicopleustes, *Topographie chrétienne*, t. I, ed. Wolska-Conus, París, Édition du Cerf, 1968).

III

EL RETORNO DE LOS ATLANTES 1485-1710

Cosmas es el último «antiguo» que nos transmite, en la extraña forma que acabo de resumir y citar, la tradición del mito de la Atlántida. Si bien Platón sobrevivió a Bizancio, nada indica que el relato del *Timeo* y del *Critias* haya conocido allí ninguna reelaboración, fuera de las glosas de los textos de Platón. Esos *griegos* eran, por otra parte, romanos. Es a propósito de Occidente cuando podemos hablar, a pesar de los diferentes *revivals* del Imperio, de una *historia quebrada*[1]. No se trata de que el *Timeo* fuese desconocido para los occidentales. Traducido al latín en el siglo IV por un tal Calcidio[2], traducción por otro lado parcial, fue leído y comentado, e incluso los vitrales de nuestras iglesias se inspiran en él cuando quieren representar la fabricación del mundo.

A veces se dice que quizás es posible descubrir las huellas del mito en la leyenda irlandesa de san Brandán[3]. Los mapas medievales localizan numerosos países míticos o semimíticos, del Edén al país de Gog y Magog, y del reino del Preste Juan al lugar donde un día se manifestará el Anticristo; así sucede en el

---

[1] Véase el admirable libro de A. SCHIAVONE, *L'Histoire brisée. La Rome antique et l'Occident moderne,* trad. J. y G. Bouffartigue, París, Belin, 2003.

[2] Cfr. la edición, en el marco del Platón latino de Raymond Klibansky, J. WASZINK, *Timaeus a Calcidio translatus comentarioque instructus,* Londres y Leiden, Brill, 1962. El comentario muestra que la influencia hebraica sobre Platón se da por supuesta, pero la Atlántida no fue objeto de un interés parecido.

[3] Véase el prefacio de Benedict MERRILEES, *Le Voyage de saint Brendan,* Collection 10/18, trad. I. Short [edición castellana del original latino: *La navegación de san Brendán,* Madrid, Akal, 2006].

Atlas catalán de 1375 o en el mapa del veneciano Fra Mauro en 1459, en la mitad del siglo de los grandes descubrimientos, mapa encargado por Alfonso de Portugal. Pero la Atlántida no se encuentra entre estos lugares míticos.

Las campanadas suenan por primera vez en Florencia en 1485, cuando el humanista Marsilio Ficino traducía, además del resto de la obra de Platón, el *Critias*. Decreta que el relato era verdadero, pero verdadero en el sentido platónico del término, lo que no abre la posibilidad de trasladar la Atlántida a un mapa. En cuanto a la explicación, se apoya en el país de la Biblia[4]. Las campanadas suenan una vez más cuando Cristóbal Colón, en 1492, cree, quizás basándose en Aristóteles, descubrir un nuevo itinerario para las Indias y descubre en realidad América. ¿Nuevo mundo? Es lo que afirma desde el 1 de noviembre de 1493 Pedro Mártir de Anglería en una carta dirigida desde Barcelona al cardenal Ascanio[5]. El tren la de Atlántida ya está sobre los raíles; ya no se va a detener.

La puerta a la especulación está abierta. Claude Lévi-Strauss lo dijo de forma admirable: «Un continente apenas rozado por el hombre se ofrece a hombres cuya avidez no podía contentarse con lo suyo. Todo iba a ser cuestionado por el segundo pecado: Dios, la moral, las leyes; verificado de hecho, revocado de derecho. Verificados el Edén y la Biblia, la edad de oro de los antiguos, la fuente de la Juventud, la Atlántida, las Hespérides, las pastorales y las islas Afortunadas, pero también entregadas a la duda»[6]. *«Brave New World»,* dirá Shakespeare en *La tempestad.*

---

[4] Véase R. MARCEL, *Marsile Ficin, 1433-1499*, París, Belles Lettres, 1958, pp. 630-631, y para el contexto, J.-C. SALADIN, *La Bataille du grec à la Renaissance,* París, Belles Lettres, 2000.

[5] Alexander von HUMBOLDT, en su *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent,* 5. vols., París, 1836-1839, aunque constata (I, p. 167) la ausencia de la Atlántida en la obra escrita de Colón, también dice que Colón «se complacía en el recuerdo de la Atlántida de Solón» (I, p. 30). El hijo del Almirante, polemizando contra Oviedo, dirá formalmente que su padre no estaba interesado en el relato de Platón; véase *The Life of the Admiral Christopher Columbus by his son Ferdinand,* Piscataway, NJ, Rutgers University Press, 1959, pp. 28-34, trad. y notas de B. Keen [ed. or. cast.: *Historia del Almirante don Cristóbal Colón por su hijo don Hernando,* Madrid, 1932]. Para la referencia a Pedro Mártir de Anglería, véase G. RANDLES, «Le Nouveau Monde, l'Autre Monde et la pluralité des monde», *Congreso internacional de Historia dos Descobrimentos,* Lisboa, 1961, IV, pp. 347-382.

[6] *Tristes Tropiques*, París, Plon, col. Terre Humaine, edición de bolsillo, 1984, p. 79 [ed. cast.: *Tristes trópicos,* Buenos Aires, Eudeba, 1970].

¿Cómo se inserta la Atlántida en este gran juego?[7]. Por decirlo burdamente: los hombres del siglo XVI abordan el Nuevo Mundo con dos marcos esenciales. Uno está formado por la tradición grecorromana de la que se alimentaron, y la Atlántida de Platón forma parte de esta tradición; el otro es la tradición bíblica, que para ellos representa la verdad.

Desde 1527, Bartolomé de Las Casas, el ilustre obispo de Chiapas que asume la defensa de los indios, encuentra razonable pensar que una parte al menos del continente descrito por Platón hubiese escapado al desastre[8].

Tres años más tarde, un gran naturalista veneciano, Gerolamo Fracastore, publica en Verona en 1530 y en latín un poema titulado *Syphilis, sive morbus Gallico,* o dicho de otra forma *La sífilis o el mal francés*[9].

Los españoles que desembarcan en América interrogan a un sacerdote «indígena» sobre el significado del sacrificio que está a punto de ejecutar para una multitud de enfermos. El hombre responde relatando la historia de su pueblo: «Sin duda, dice, el nombre de Atlas ha llegado a vuestros oídos». Los atlantes fueron antaño un pueblo feliz y querido de los dioses. Pero por sus riquezas provocaron la cólera divina y ésta se manifestó en un doble castigo: por una parte, el hundimiento de la Atlántida, y por otra, la difusión entre los supervivientes, es decir, los americanos, de esta terrible plaga: la sífilis. Como señala G. Gliozzi, este relato está calcado del prólogo del *Timeo*. Es sorprendente, en el caso de Fracastore, que la referencia a los dioses no tenga nada de cristiano. Estamos en el campo inmenso y libre de la mitología y de la fábula.

---

[7] Me han resultado útiles dos libros: I. RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, *La Atlántida de Platón en los Cronistas del siglo XVI,* México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1947, y sobre todo G. GLIOZZI, *Adamo e il nuovo mondo: la nascita dell'antropologia come ideologia coloniale (1500-1700),* Florencia, La Nuova Italia, 1976, pp. 178-246. Este libro fundamental insiste sobre todo en el lugar que ocupan las polémicas pro- o antiespañolas en este debate.

[8] *Historia de las Indias* (1527); he consultado la edición de J. Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1957, pp. 36-39.

[9] He podido consultar la edición publicada con traducción italiana de Sebastiano Degli Antoni, Bolonia, 1738, gracias a la amistad de Riccardo Di Donato; Chantal Foucrier me ha señalado dos traducciones francesas, la de Ph. Macquer y Jacques Lacombe (París, Quillau, 1753), y la realizada en verso y comentada de Prosper Yvaren, París, 1847.

Si Platón proporciona uno de los polos, el polo bíblico es por lo menos triple. El personaje central de la historia según la Biblia es evidentemente Noé. Sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, están en el origen de todas las ramas de la humanidad, y algunos han añadido un cuarto en la persona de Jonatán, pero este hijo suplementario desaparece después de que la Biblia impresa por Gutenberg se hiciese fácilmente accesible[10]. Fue extremadamente difícil encajar a los indios de América en la descendencia de Noé, lo que sin embargo era indispensable en la medida en que eran reconocidos como humanos, lo cual hubo que admitir a pesar de todos los obstáculos, epistemológicos o de otra clase.

El segundo mito de origen bíblico es el extraordinario mito de las diez tribus perdidas de Israel. El origen de estas tradiciones, que se mantienen hasta nuestros días, se encuentra en un apócrifo bíblico (IV Esdras 13, 40-44): «Las diez tribus atravesaron el río y se encontraron en el exilio. Decidieron entonces romper con la multitud de las naciones e irse a un lugar extremadamente alejado donde ningún ser humano hubiese vivido jamás». América, desde su descubrimiento, fue uno de los lugares que podía alojar a las diez tribus desaparecidas. Y de hecho Cristóbal Colón, si bien no contaba con descubrir... América, se había provisto de un intérprete de la lengua hebrea en la persona del médico de a bordo: Luis de Torres, judío que acababa de convertirse[11]. Esperaba,

---

[10] Sobre estas cuestiones, la obra básica es la de A. BORST, *Der Turmbau von Babel. Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielalt der Sprachen und Völker,* 6 vols., Stuttgart, A. Hierseman, 1957-1963. Más concretamente sobre Noé, véase D. C. ALLEND, *The Legend of Noah, Renaissance Rationalism in Art, Science and Letters,* Urbana, University of Illinois Press, 1949, completándola con B. BRANELL, «The Sons of Noah and the Construction of Ethnic and Geographical Identities in the Medieval and Early Modern Periods», *The William and Mary Quarterly* LIV, 1 (enero de 1993), pp. 93-142; véase también L. POLIAKOV, *Le Mythe aryen. Essai sur les sources du racisme et du nationalisme,* París, Calmann-Lévy, 1971 [nueva edición: Bruselas, Complexe, 1987], y M. OLENDER, *Les Langues du Paradis,* París, Seuil, 1989 [ed. cast.: *Las lenguas del Paraíso,* Barcelona, Seix Barral, 2001].

[11] Véase T. PARFITT, *The Lost Tribes of Israel, The History of a Myth,* Londres, Weidenfeld & Nicholson, 2002, esp. pp. 25-35; véase también A. DESREUMAUX y F. SCHMIDT, *Moïse géographe, Recherches sur les représentations juives et chrétiennes de l'espace,* París, Vrin, 1988, libro que ignora T. Parfitt. Para una historia del árbol genealógico, véase C. KLAPISCH-ZUBER, *L'Ombre des ancêtres. Essai sur l'imagination médiéval de la parenté,* París, Fayard, 2000.

entonces, encontrar en la India o China a los descendientes de esos israelitas extraviados. De hecho, este mito se encuentra con el de la Atlántida cuando las diez tribus son sospechosas de ser responsables de la destrucción de la isla-continente[12]. Por último, se podía sospechar que la Atlántida no era otra cosa que Palestina o el mundo antes del Diluvio, lo que supondría volver a la *Topografía cristiana* de Cosmas. Así razona Jean de Serres (Serranus), que edita a Platón en la casa Estienne, en París en 1578[13].

Evidentemente fue en España donde estas cuestiones se trataron prioritariamente. España podía convertirse en el nuevo pueblo elegido, sobre todo cuando decidió, mediante el edicto de Granada de 1492, el mismo año del viaje de Colón, expulsar a los judíos del reino.

Por lo tanto, es en España o a propósito de España, la del Imperio de Carlos V y el reinado de Felipe II, donde se emprende el debate sobre el Nuevo Mundo, los indios, sus lenguas, sus orígenes. En este terreno, como en muchos otros, los embajadores de Venecia son buenos testigos. Así, Gasparo Contarini, embajador en la corte de Carlos V, en un informe leído ante el Senado el 16 de noviembre de 1625, denuncia, como espectador interesado, el esplendor del Imperio azteca y la crueldad de los conquistadores[14].

En 1552, es Francisco López de Gómara, ideólogo oficial, el que, en su *Historia general de las Indias,* cita el *Timeo* y el *Critias,* y expone, sin dar demasiadas explicaciones sobre la contradicción con Platón que representa la supervivencia de la Atlántida, que las nuevas tierras se adaptan admirablemente al relato de Platón y que, por añadidura, agua se dice en México *atl.* Antes que él, Gonzalo Fernández de Oviedo, otro ideólogo de la corte, había publicado en 1535 una *Historia general y natural de las Indias* en la que explicaba que las Antillas no eran sino las Hespérides y pertenecían de pleno derecho a la corona de España. Enterado desde 1533, Carlos V hizo saber al autor su satisfacción por haber sabido que «desde hace tres mil ochenta

---

[12] Cfr. T. Parfitt, *op. cit.,* p. 2.
[13] Véase el vol. III, p. 105.
[14] Gliozzi, *op. cit.,* p. 184.

años, estas tierras pertenecen al patrimonio real y que Dios, después de tantos años, las haya devuelto a su dueño»[15].

El siguiente paso es dado por un flamenco, súbdito del rey de España, J. van Gorp (Goropius Becanus), quien, en un texto póstumo publicado en 1580, explica que la antigua Tarsis, la de la Biblia y Heródoto (Tartessos), antepasada de la España moderna y capital de la Atlántida, fue fundada por dos hermanos, Atlas-Tarteso y Ulises-Hespero, ambos nietos de Jafet. Es el mayor, Atlas, quien tiene preferencia, y sus sucesores, los reyes de España, tienen también derechos evidentes sobre el África atlántica y América[16].

Paralelamente, en 1572, Pedro Sarmiento de Gamboa, en su *Historia general llamada Índica,* señalaba a Felipe II que la Atlántida, es decir, América, lindaba entonces con Europa y le pertenecía por derecho divino[17].

Para honra del espíritu humano, hay que constatar que es también en España, en Sevilla, donde se publica en 1589 la *Historia natural y moral de las Indias occidentales,* del padre José de Acosta, uno de los fundadores de la etnología, quien de forma genial aleja de América el mito atlante y las diez tribus[18].

José de Acosta tuvo, por lo que respecta a la Atlántida, al menos un lector francés, Michel de Montaigne, y no me resisto al placer de citar el capítulo XXXI del libro I de los *Ensayos,* el célebre capítulo titulado «De los caníbales»: «Lo abarcamos todo,

---

[15] Cfr. A. GERBI, *La Nature delle Indie nuove da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernandez de Oviedo,* Nápoles, Riccardo Ricciardi, 1975. Para la carta de Carlos V, véanse pp. 379-380. Toda esta argumentación deriva de un falsario célebre, Annio de Viterbo, que en Italia estaba a sueldo del rey de España.

[16] J. Goropius Becanus, «Hispanica», en *Opera,* Amberes, 1580 (el autor muere en 1574), pp. 35, 62, 105-108; cfr. Gliozzi, *op. cit.,* pp. 42-44, 155-158. La hispanofilia de Becanus no le impedía encontrar un parentesco entre las lenguas indias y el flamenco; para una historia retrospectiva de las especulaciones españolas sobre la identidad de América, véase G. GARCÍA, *Origen de los indios del Nuevo Mundo,* Valencia, 1603; sobre la Atlántida, cfr. pp. 351-406. Recordemos que en *Os Lusíadas* de Camoens, Ulises es el fundador de Lisboa.

[17] Cfr. la edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, Atlas, 1960, pp. 201-205.

[18] Véase el libro I, capítulo XX; Acosta ha sido traducido al francés (París, Payot, 1979), pero esta traducción es tan mala que es mejor consultar el original español o la traducción francesa de 1595; véase el artículo fundamental de M. BATAILLON, «L'Unité du genre humain du P. Acosta au P. Clavijero», *Mélanges Jean Sarrailh,* I, Centre de recherches de l'Institut d'études hispaniques, 1966, pp. 75-95.

pero sólo abrazamos el viento. Platón contradice a Solón, contando haber escuchado de los sacerdotes de la ciudad de Sais en Egipto, que antaño, antes del Diluvio, había una gran isla, llamada Atlántida, justo en la entrada del estrecho de Gibraltar, que tenía más extensión que África y Asia juntas, y que los reyes de esa región, que no sólo poseían esa isla, sino que se habían expandido por tierra firme hasta tal punto que llegaban a lo ancho de África hasta Egipto y a lo largo de Europa hasta Toscana, pretendieron avanzar hasta Asia y subyugar a todas las naciones que bordean el mar Mediterráneo hasta el golfo del mar Mayor [el mar Negro]; y para ello atravesaron las Españas, la Galia, Italia, hasta Grecia, donde los atenienses los contuvieron; pero que poco tiempo después los atenienses y ellos y su isla fueron tragados por el Diluvio. Es verosímil que este enorme desastre de agua haya producido cambios extraños en la tierra, al igual que se considera que el mar separó Sicilia de Italia [...], Chipre de Siria, la isla de Negroponto [Eubea] de la tierra firme de Beocia[19] [...]. Pero no parece que esa isla sea este mundo nuevo que acabamos de descubrir, puesto que aquélla casi tocaba España, y sería un efecto increíble de la inundación haberla hecho retroceder hasta donde está, a más de mil doscientas leguas; además de que las expediciones de los modernos casi han descubierto que no es una isla, sino tierra firme, unida por un lado con las Indias orientales y, por otro, con las tierras que están bajo los dos polos».

Nótese que Montaigne no dice que la Atlántida es una ficción platónica. Dice simplemente que, si bien la Atlántida fue erosionada, como algunos lugares de la Dordoña no lejos de su casa, no tiene nada que ver con América, que está intacta desde el Gran Norte hasta el estrecho de Magallanes. La mención del Diluvio es aquí la única prueba de que recibió una educación cristiana. No menciona las teorías que confunden la Atlántida y Palestina, sino que pide una historia y una geografía «puras», y añade: «Necesitamos topógrafos que nos hagan una narración concreta de los lugares en los que han estado. Pero por tener sobre nosotros la ventaja de haber visto Palestina, quieren gozar del privilegio de contarnos noticias del resto del mundo».

---

[19] Estos ejemplos muestran que Montaigne conocía lo que dijo Plinio el Viejo, citado *supra*.

No se puede decir de forma más clara que el autor de los *Ensayos* rechaza la visión de una historia y una geografía centradas en Palestina. Esto es mostrarse muy por delante de muchas grandes mentes de su siglo y del siglo siguiente. G. Gliozzi, que le ha consagrado un capítulo muy interesante de su libro, titulado «Montaige: de l'Atlantide au Nouveau Monde»[20], piensa que el autor de los *Ensayos* es partidario de una empresa colonial muy diferente de la que los conquistadores ponían en práctica. Y es cierto que escribe en el libro III, capítulo VI: «Que no haya caído en manos de Alejandro o de los antiguos griegos y romanos una tan noble conquista, y una mutación y alteración tan grande de imperios y pueblos en manos que hubiesen desbrozado y refinado lo que tenían de salvajes, y hubiesen confirmado e impulsado las buenas semillas que la naturaleza hubiese producido, mezclando no solamente con el cultivo de las tierras y el adorno de las ciudades las artes de este lado, en tanto que fuesen necesarias, sino también mezclando las virtudes griegas y romanas a las originales del país».

El hombre que escribe estas páginas fue educado en latín y habla francés y gascón. Sabe, por tanto, lo que debe a la cultura romana. Tiene aprecio por los caníbales y piensa que ha vivido tiempos y guerras mucho más bárbaros que los descritos por los occidentales que han visto América. ¡No le pidamos ser un anticolonialista anticipado!

El célebre humanista Justo Lipsio, que enseñará en los Países Bajos, primero en la universidad reformada de Leiden y luego en la universidad católica de Lovaina, será también muy severo con los conquistadores españoles, pero hará de la Atlántida una especie de puente que permita a Europa y África comunicarse con América, y a la palabra de Dios extenderse también por América. Así se restaura la autoridad de la Biblia que Montaigne había socavado[21].

Sigamos nuestro camino: Francis Bacon (1561-1626) pertenece a la generación que sigue a la de Montaigne (1533-1592).

---

[20] *Op. cit.*, pp. 199-219; véase también, sobre las fuentes de Montaigne, M. BATAILLON, «Montaigne et les Conquérants de l'or», *Studi Francesi* 9 (1959), pp. 352-367.

[21] Cfr. Gliozzi, *op. cit.*, pp. 220-230.

Cuando muere, deja un borrador que será publicado en 1627 por su capellán, W. Rawley, *Nueva Atlántida*[22].

Como tantas utopías, la de Bacon es un relato de viaje, no a la Atlántida, sino a los mares del Sur. El narrador explica que su nave partió de Perú en dirección a China y que una tempestad condujo a los marineros, buenos cristianos, a la isla de Bensalem. Ésta hereda, por una parte, la Atlántida de Platón, pero fue evangelizada por san Bartolomé; está gobernada por sabios, decididos a «hacer retroceder los límites de la mente humana» (p. 72). Al frente de la isla, un colegio de sabios, la Casa de Salomón. La población incluye un determinado número de judíos, «muy diferentes» de los que se podían encontrar en Europa y que tienen el mayor respeto por Jesús, aunque no lo consideren el Mesías. Estos judíos son un poco musulmanes.

Esta sociedad es casta y pura. La sexualidad se realiza sólo en el matrimonio. No existen la poligamia ni la homosexualidad. Los habitantes de Bensalem no son ascetas; están vestidos de una forma suntuosa que recuerda a Venecia. Es una sociedad de sabios, algo así como el Museo de Alejandría o un CNRS ideal*. Se hace ciencia tanto en las cumbres, muy elevadas, como en las cuevas, muy profundas. Hecho destacable: las matemáticas no

---

[22] Cito la traducción ampliamente comentada de M. LE DOEUFF y M. LLASERA, *La Nouvelle Atlantide, suivie de Voyage dans la pensée baroque,* París, Payot, 1983, reed. col. GF, 1993; para una comparación entre Bacon, Tomás MORO, *Utopía* (1516), y T. CAMPANELLA, *Civits Solis, Idea Reipublicae Platonica,* Frankfurt, 1623, véase F. R. WHITE (ed.), *Famous Utopias of the Renaissance*, Nueva York, Hendricks House, 1955 [para una edición castellana de estas tres obras, véanse Madrid, Akal, 2006, 1997 y 2006, respectivamente]. Es útil señalar que Campanella es un admirador de Galileo. Por último, se puede ver un comentario de Chantal FOUCRIER en el libro que ha editado junto con D. MORTIER, *L'Autre et le Même. Pratiques de réécritures,* Roven, Publications de l'Université de Rouen, 2001, pp. 133-146. He consultado también las comunicaciones de M. de Gandillac y Marie-Agnès Manry presentadas en el coloquio de Cerisy (20-30 de julio de 2002), publicado en 2005 con el prefacio que yo he redactado (C. Foucrier y L. Guillaud [eds.], *Atlantides imaginaires,* cit.). Bacon tendrá un discípulo tardío en la persona de Condorcet, que titula un fragmento «Atlantide ou efforts combinés de l'espèce humaine pour le progrès des sciences». Este fragmento se encuentra en la magnífica edición del *Tableau historique des progrès de l'esprit humain* presentado bajo la dirección de J. P. Schandeler y P. Crépel, INED, 2004, pp. 873-949 [existen diversas ediciones castellanas. Véase, por ejemplo, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004]. Agradezco a Yvon Garlan, que ha colaborado en esta empresa, haberme regalado este volumen.

* El CNRS es el equivalente en Francia del CSIC. *[N. de la T.]*

son las ciencias dominantes. Ni Descartes, que discute mucho las afirmaciones del que llama Verulam, ni Spinoza hubieran podido vivir en Bensalem. Todo sucede como si el imperialismo de los atenienses y los atlantes se hubiese reconvertido en una casa de inventores, en la que Gutenberg, por otra parte, tiene su estatua. El microscopio es utilizado, y Platón es quien recibe a los visitantes, «un hombre ilustre de vuestra tierra».

En Bensalem se conocía el hebreo, el griego, el latín clásico y el español. Nada indica que se conociese el inglés. Sin embargo, es la lengua en la que se escribe esta destacada utopía, más cerca quizás de Platón de lo que parece a primera vista.

Bacon es un contemporáneo de Galileo (1564-1642). Muchas veces escuché a Pierre Chaunu, gran historiador donde los haya, explicar, por el derecho y por el revés, que dos descubrimientos, muy separados en el tiempo, habían enmarcado la modernidad: la ampliación del espacio, consecuencia de la invención por Galileo del «anteojo» o telescopio (1610), y el descubrimiento por Boucher de Perthes a comienzos del siglo XIX de los hombres fósiles, lo que supone el fin de la cronología bíblica del mundo, aunque ésta se enseñase durante mucho tiempo. Sin Galileo, Pascal no hubiese podido escribir su famoso pensamiento: «El silencio eterno de esos espacios infinitos me aterra».

¿Tuvo la lectura del relato platónico, en el siglo XVII, influencia sobre la expansión del tiempo? Para mi sorpresa, debo dar una respuesta positiva. Para expandir el tiempo, había que liquidar la cronología bíblica, ya sea demostrando que Adán no había existido, ya sea probando que había habido hombres antes de Adán.

Esto se había discutido duramente a finales de la Antigüedad, y san Agustín, por ejemplo, da fe de ello[23].

El debate se reanuda en 1655 con la publicación en Ámsterdam, lugar del pensamiento libre, de los *Préadamites* de Isaac La Peyrère[24]. Se le considera frecuentemente un marrano basándose en el epitafio satírico que se le dedicó:

---

[23] *Ciudad de Dios* XII, 10 y XVIII, 40.

[24] *Praeadamitae, sive exercitatis quibus traducuntur Primi Homines ante Adamum conditi.* El libro fue traducido al inglés en 1656. Sobre La Peyrère conozco dos trabajos excelentes: J.-P. ODDOS, *Recherches sur la vie et l'oeuvre d'Isaac La Peyrère,* tesis de Tercer Ciclo, Grenoble, 1977, y R. H. POPKIN, *Isaac La Peyrère (1596-1676). His Life, Work and Influence,* Leiden, Brill, 1987.

Aquí yace La Peyrère, ese buen israelita,
hugonote, católico, al final preadamita.
Cuatro religiones lo lloran a la vez,
y su indiferencia era tan poco común
que después de ochenta años tenía que elegir
y el buen hombre se fue y no eligió ninguna.

Si bien es cierto que La Peyrère, nacido protestante, fue obligado a convertirse para sobrevivir, y que fue un ardiente partidario de la redención de Israel, lo que le proporcionó lectores incluso bajo Napoleón, nació protestante e intenta demostrar que Adán no fue el primer hombre, sino el primer judío, lo que le valió este duro pensamiento de Pascal: «Extravagancias de los apocalípticos y preadamitas, milenaristas, etcétera».

Hace algunas páginas he mostrado que existía sobre el tema de la Atlántida un nacionalismo español. La Peyrère, a su vez, es un nacionalista francés que considera que el rey de Francia tiene una vocación mesiánica.

Sabemos que Platón, por boca de Solón, situaba la Atlántida 9.000 años antes de la visita del legislador ateniense a Egipto. Es precisamente en este hecho en lo que se apoya La Peyrère para demostrar que había hombres mucho antes de Adán[25]. En compensación, no establece ningún vínculo entre su nacionalismo francés y la Atlántida. Platón dijo que la Atlántida había existido. No hay nada que discutir.

Este nacional-atlantismo que vimos nacer en España, donde tendrá prolongaciones hasta el siglo XIX, se desarrolla con una fuerza extraordinaria en un país que no tenía en común con España más que sus orígenes godos: Suecia.

Ahora me veo obligado a hablar de Olaus Rudbeck. ¿Cómo presenta a este extraordinario personaje Thomas-Henri Martin, en la «disertación» que me proporcionó el punto de partida del capítulo I? «Hacia finales del siglo XVII, un sueco con inmensos conocimientos, Olaus Rudbeck, se entregó a la búsqueda de la gran isla platónica; pero en lugar de la Biblia, tomó como guía la Edda. No le llevó a Judea; sólo tuvo que posar su mirada sobre su patria: en Suecia reconoció la Atlántida; pretendió inclu-

[25] *Praeadamitae*, cit., pp. 176-180 de la edición original.

so encontrar cerca de Uppsala el lugar de la capital de los atlantes, descrita en el *Critias,* y para mejor defender este sistema tan patriótico, intenta demostrar en su gran obra mitológica, histórica y geográfica, en cuatro volúmenes infolio, que había que buscar en Escandinavia los orígenes primigenios de los pueblos de Europa y Asia y la fuente de todas sus tradiciones primitivas. El sistema de Rudbeck tuvo mucho éxito, a pesar de la extrema rareza de su obra, especialmente los últimos volúmenes; recibió la adhesión de más de un grave historiador de Suecia»[26].

Hablemos entonces de Rudbeck y de su *magnum opus: Atlantica, sive Manheim, vero Japheti posterorum sedes ac patria,* publicada en Uppsala entre 1679 y 1702[27].

Como indica el título en latín que acabo de citar, se trata de demostrar que la Atlántida, o dicho de otra manera, la humanidad *(Manheim),* es la capital y la patria de la auténtica posteridad de Japet (o Jafet), hijo de Noé, y, lo que no dice el título, que este lugar se confunde con Suecia. Conozco la obra de Rudbeck desde hace cuarenta años. Me inspira siempre el mismo espanto, no porque se trate de una tesis paranoica, a lo que ya estoy acostumbrado, y no veo en qué se sale ganando al calificar su ciencia de barroca: existe un arte barroco que se explica, como la caverna de Platón, por el hecho de que el cine no estuviese todavía inventado, pero la noción de ciencia barroca no explica nada. No, el problema es que Rudbeck (1630-1702) era un erudito auténtico, médico, profesor y luego rector de la Universidad de Uppsala; crea allí un jardín botánico y un anfiteatro de anatomía que todavía existen. Descubrió la circulación linfá-

---

[26] Martin, *op. cit.,* pp. 272-273.

[27] Existe una edición sueca moderna en cinco volúmenes, preparada por Axel Nelson, Uppsala, 1937-1950, con (tomo IV, pp. 205-265) una preciosa colección de *testimonia* sobre las repercusiones de la obra. Yo he leído el texto latino de la edición original. La bibliografía es colosal. Citaré sobre todo J. SVENNING, *Zur Geschichte des Goticismus,* Uppsala y Estocolmo, Almqvist och Wieskell, 1967; J. SVENBRO (mi maestro sobre este asunto), «L'Idéologie gothicisante et l'*Atlantica* d'Olof Rudbeck», *Quaderni di Storia* 11 (enero-junio 1980), pp. 121-156; G. ERIKSSON, *The Atlantic Vision. Olaus Rudbeck and Baroque Science,* Science History Publications, Uppsala Studies in History of Science, 1994; del mismo Eriksson, Alain Schnapp me hace notar el importante libro *Rudbeck, 1630-1702, Lis, Lärdom, Dröni Baroqckens Sverige,* Estocolmo, Atlantis, 2002. Para las polémicas sobre el goticismo en Alemania y Escandinavia, D. LOHMAÏER, «Das gotische Evangelium und die Cimbrischen Heiden», *Lychnos* (1977-1978), pp. 54-70.

tica, fue copernicano y uno de los introductores de Descartes en Suecia (cfr. lámina VIII, p. 104).

Una vez dicho esto, si bien sigue siendo cristiano, no por ello deja de creer que Atlas, hijo de Jafet, tuvo descendencia en Suecia y que todas las naciones son frutos que brotan de su árbol genealógico. Anatomista, discípulo lejano de Vesalio, levanta la piel de Suecia y descubre la Atlántida[28]. Considera que las runas precedieron a las letras fenicias o griegas. Excluye a Heródoto del círculo de los exploradores del mundo porque no habló de los hiperbóreos y su papel civilizador. La paradoja es que esta historia de la Atlántida la conocemos por Platón, mientras que los griegos no dejaron de mentirnos. A fin de cuentas y quiera o no quiera, Rudbeck reemplazó completamente Israel por la Atlántida en su papel de pueblo elegido.

La enorme paradoja es que Rudbeck fue tomado en serio por muchas mentes instruidas. Newton pide en 1720 un ejemplar de *Atlantica*[29]. Rudbeck es a la vez un contemporáneo de Descartes y un adepto de un nacionalismo «gótico» que hace su aparición en el siglo VI de nuestra era y explota en el Concilio de Basilea en 1434, cuando el obispo Nicolas Ragvaldi explica solemnemente que el reino de Suecia tenía más antigüedad, fuerza y nobleza que todos los demás. Lejos de haber sido conquistado por los monarcas de Roma, había obligado a los propios romanos a concertar una alianza. Pero es evidentemente en el siglo XVII, durante el periodo de la historia sueca llamado de la «gran potencia», en tiempos del reinado de Gustavo Adolfo (1611-1632), cuando la primacía gótica se convirtió en *el* mito nacional de los suecos.

El propio Rudbeck puso en escena con brío la crítica que se le debería hacer. Grandes doctores discuten a propósito de la India, bajo la presidencia nada menos que de Apolo, con un simple jardinero *(hortulanus)*[30]. Apolo y los grandes doctores hablaron mucho sobre este asunto, pero el jardinero no está de acuerdo y trata lo que acaba de escuchar de *chimerae atque de-*

---

[28] Cfr. A. ELLENIUS, «Olaus Rudbecks Atlantiska Anatomi», *Lychnos* (1959), pp. 40-52, con un resumen en inglés, pp. 53-54.

[29] Cfr. G. Eriksson, *op. cit.*, p. 160.

[30] *Atlantica* I, p. 890.

liramenta, quimeras y delirios. Sin duda, dice a sus interlocutores: *Et nos homines,* también somos hombres, pero también los grandes doctores: *Et vos homines*. En el frontispicio del Atlas del tomo IV y último de la *Atlantica* (cfr. página 84), Rudbeck reproduce la máxima: *Et nos homines,* simulando así representar a los jardineros cuando es el vivo ejemplo del gran doctor, que conoce todas las lenguas accesibles y ha leído todos los libros, pero que sabe que está a merced de cualquier pequeño jardinero. En el caso que nos ocupa, éste fue Pierre Bayle, el exiliado de Rotterdam[31], quien en las *Nouvelles de la République des Lettres* de enero de 1685 hace el papel de jardinero. Le basta con señalar que un francés, A. Audigier, había afirmado de la misma forma la primacía de la Galia y, por lo tanto, de Francia[32].

No es que Francia haya carecido de ideólogos para hacer del reino el pueblo elegido. Éste fue el caso, en el siglo XVI, de Guillaume Postel, y para Audigier el verdadero nombre de Noé era Gallus[33].

Ciudadano de un país, aún simple «expresión geográfica», es cierto, que disponía con los lombardos de un equivalente de los godos, pero que podía también apoyarse en los etruscos, candidatos muy serios al título de príncipes de los orígenes, Gianbattista Vico fue tentado por un momento, cuando escribía su primer libro, *De Antiquissima Italorum Sapientia* (1719), por un razonamiento análogo al de Rudbeck, al que había leído, pero luego reaccionó: las naciones son todas iguales (con la excepción ritual del «pueblo elegido») a los ojos de Dios y del Ciclo histórico[34].

Rudbeck tiene contemporáneos que se plantean preguntas sobre la Atlántida sin buscar en ella una patria imaginaria. El más extraordinario es, sin duda, un jesuita alemán, Athanasius

---

[31] El libro fundamental sobre él es É. LABROUSSE, *Pierre Bayle,* París, Albin Michel, 1996; hace notar, p. 194 n. 32, que en el diccionario no existe el artículo *Platón.*

[32] A. AUGIGIER, *L'Origine des Français et de leur Empire,* París, 1676.

[33] *Op. cit.*, pp. 214-217; véase un breve estudio en J. R. STAGER, «France: the Holy Land, the Chosen People and the Most Christian King», en F. K. Rabb y J. E. Seigel (ed.), *Mélanges C.H. Harbison,* Princeton, Princeton University Press, 1969.

[34] Véase G. COSTA, *Le Antichità germaniche nella cultura italiana de Machiavelli a Vico,* Nápoles, Bibliopolis, 1977, pp. 372-373.

Kircher (1602-1680). Como muchos otros antes y después de él, veía en las islas Canarias los residuos de la Atlántida. Cartografía (cfr. página 85) lo que llama *Mundus Subterraneus*[35] y otorga un lugar importante en él a la Atlántida. Las Canarias estarían habitadas por un pueblo misterioso, los guanches: sin duda eran descendientes de los supervivientes de la epopeya atlante. La hipótesis será retomada a comienzos del siglo XIX[36].

Repitámoslo con claridad: Rudbeck, por raro que sea a nuestros ojos y a ojos de algunos de sus contemporáneos como Pierre Bayle, no es un caso aislado en una época que se esfuerza, como antes que él Bacon y después Buffon, en situar al hombre en la naturaleza. Antes que él, el danés Niels Steensen (Nicolás Stenon), que fue el primer teórico de la estratigrafía, escribió: «No me gustaría ceder con demasiada facilidad a los relatos fabulosos de los Antiguos, pero contienen muchas cosas a las que doy credibilidad. Por ejemplo, veamos una serie de afirmaciones cuya falsedad me parece discutible y no verdad: la separación del Mediterráneo y el océano occidental [Atlántico], la existencia de un paso del Mediterráneo al mar Rojo, la inmersión de la isla Atlántida»[37]. Veremos algo más adelante qué fuente de inspiración ha tenido –o han tenido– el (los) diluvio(s).

Pero ya que los atlantes han vuelto, es el momento de verlos en acción en el siglo de las Luces.

---

[35] La publicación en Ámsterdam de *Mundus Subterraneus* sugiere que este jesuita no era de una ortodoxia a toda prueba; véase J. GODWIN, *Athanasius Kircher, a renaissance man and the Quest for Lost Knowledge,* Londres, 1979. Debo esta referencia a Marcel Gaudret; la reciente puesta al día de P. FINDLEN, *Athanasius Kircher, The Last Man Who Knew Everything,* Nueva York y Londres, 2004, no menciona su cartografía de la Atlántida.

[36] Cfr. J. B. M. BORY DE SAINT-VINCENT, *Essai sur les îles Fortunées et l'antique Atlantique,* París, año XI (1803). Bory de Saint-Vincent emite un juicio muy severo sobre Rudbeck: «¿Necesitaba Rudbeck para dar lustre a su patria buscar un país que nunca ha existido? ¿No le bastaba a Suecia con haber dado a Linneo?», p. 445.

[37] N. STENON, *Opera philosophica,* ed. U. Marr, Copenhague, 1910, 2, p. 224; cfr. P. ROSSI, *The Dark Abyss of Time,* Chicago, 1984, p. 19. Debo estas referencias a Alain SCHNAPP, véase su libro *La Conquête du passé,* París, Le Livre de Poche, ^{2}1998.

LE NOVVEAV MONDE.

C'Eſt vne choſe plus qu'eſmerueillable, que ceſte partie appellée America, qui eſt quaſi la moitié de toute la terre, ait eſté incognuë aux Anciens, iuſques à l'an 1492. qu'elle a eſté deſcouuerte par Chriſtofle Columbe. Car conſiderant la grande & laborieuſe diligence de nos predeceſſeurs, employée à la cognoiſſance & deſcription de la terre, comme nous voyons en Ptolemée, Strabon, Pline, Mela, & autres; ſemblablement l'opportune commodité qu'ont eu les grandes Empires & Gouuernemens, comme celuy des Grecs & Romains, de chercher & trauerſer eſtranges pays & prouinces: enſemble la grande, deſmeſurée, & inſatiable conuoitiſe du genre humain, qui ne laiſſe rien à experimenter pour acquerir & conqueſter par art ou ſubtilité, ce dequoy ces pays cy de leur naturel abondent, à ſçauoir l'or: ſemble bien vne choſe plus qu'eſtrange, qu'iceux là, dis-ie, nous ont eſté ſi longue eſpace de temps eſchez & incogneuz. Aucuns cuident que Plato ait voulu dire de ce pays, là où il eſcrit d'Atlantis. Autres penſent que Seneca ait propheriſé de cy trouuement en ſes Tragedies, par ces mots, *Venient annis &c.* qui traduits en noſtre langue Françoiſe, veulent dire:

Apres pluſieurs années — *La grand' Mer produira*
Vne autr' auec nombre, — *Terre neufue & ſeconde*
Que par les deſtroites — *Lors Tiphis ne ſera*
Pays nouueaux monſtra — *Plus la borne du Monde*

Comme auſſi ces vers d'vne Sibylle, leſquels (comme eſcrit Iacobus Nauarchus) l'an 1505. ont eſté trouuez en Portugal ioignant la mer, auprez de Rochan de Sintra, engrauez en vne colomne quarrée, & commencent, *Volumen ſua. &c.* ſignifians en François ce qui s'enſuit:

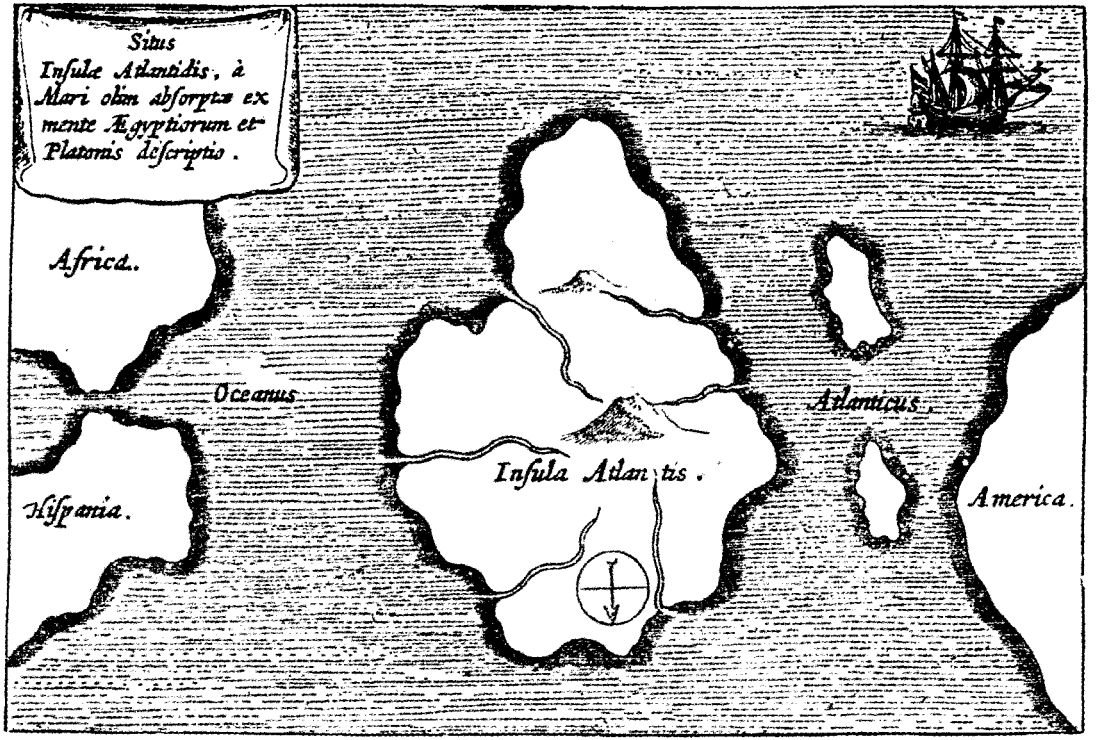
L'on verra en pierres lettres affin. Iſiables
Quand l'Occident verra d'Orient le theatre.
Ganges, Indus, Tagus, auec autres encor
S'ouurir' offriront leurs bonus, choſes d'merueillables.

Martinzus Siculus eſcrit ſemblablement, qu'en ces terres neuues a eſté trouué vne medaille d'or, repreſentante la face d'Auguſte; & en ſigne de verité, il dit, que ladite medaille a eſté enuoyée par Sire Iehan Ruſus, Eueſque de Conſentia, au Pape, d'ont il ſembleroit, que du temps d'Auguſte iceux pays auroient eſté cogneus. Mais ie croy pluſtoſt que non, & qu'icelle medaille a parauenture eſté perduë d'aucun des Eſpaignolz, qui de noſtre temps y ſont venuz & arriuez, & depuis retrouuée. Toutefois nous en laiſſons à chaſcun le ſien. Ces pays & terres neuues peu ſ'en faut qu'elles ne ſoyent totalement trauerſées & deſcouuertes, hors mis vers Septentrion, là où nous n'auons eſté ſinglées, nous ſont encore incognuës. La figure de ce pays Amerique eſt ſemblable à deux Iſles, accouplées par le milieu d'vn petit deſtroict de terre ferme. La partie vers Septentrion comprend en ſoy la Nouuelle Eſpaigne, Floride, Terre neuue, & pluſieurs autres; l'autre partie vers Midy, contient Peru & Breſil &c. Les Iſles appertenantes ſous ce pays d'Amerique, ſont; Spagnola, que l'on appelle pour le iourd'huy l'Iſle de S. Dominique, Cube, & les autres circumuoiſines, qui ſont pluſieurs en nombre, & puis les Aſores, & les autres ſituées auprez de Terre neuue. Tout ce pays cy, qui a eſté deſcouuert & cognu, (excepté ce pays ſaulſat de Breſil, qui appartient au Roy de Portugal, & la Terre neuue, que tiennent les François) eſt de la Seigneurie du Roy d'Eſpaigne. Eſtats ceſdits pays ſi abondans en or, qu'il ſemble incroyable, pource ſans il que i'eſcriue icy trois choſes pour faire apparoir la verité. Premierement, ce que Gemme Phriſon eſcrit en ſa Carte vniuerſelle, à ſçauoir, que à Collao, ſitué au Peru, y a eu vne maiſon, de laquelle les parois & le voict eſtoient de pur or: Et ce qu'eſcrit Giraua, en vne prouince de Peru, appellée Antenma, les gens s'armer de toutes pieces d'harnois de fin or, comme nous faiſons pardeça de fer. Au meſme pays de Peru, les Eſpaignols (comme ils eſcriuent eux meſmes) ont fait ferrer leurs cheuaux de fer d'or, par faute de fer. De quoy ne ſe faut pas grandement esbahir, s'il eſt vray ce que Giraua eſcrit, ſçauoir eſt, qu'auprez de Quito y a certaine Mine, qui contient plus d'or en ſoy, que de terre. Somme, ce ſont pays fort excellens & fertiles. Et entre autres choſes, ilz nous ont donné telle abondance de Sucre, que toutes cuiſines en ſont pleines, là où l'on le deuore par glouronnie fort exceſſiuemẽt, au lieu que paruenant il n'eſtoit recouurable qu'aux boutiques des Aposticaires, qui le gardoient pour les malades ſeulement, (par maniere de dire,) de ſorte que ce que iadis ſeruoit de medicine, nous ſert pour le preſent de nourriture. Mais nous ne voulons pas omettre, que (deuant que la Nation Eſpaignole deſcouurit ces dits pays) ils auoient grand beſoing de beſtes de ſeruice, qui aſſiſtent aux hommes; car il n'y auoit en leur pays ni Elephans, ni Chameaux, Cheuaux, Mulets, ni Aſnes, ou aucun autre beſtial portant fardeau, ou donnant du laict; excepté vn ſeul animal, que les Eſpaignols appellent vne Brebis de Peru, (tel que nous auons veu à Malines) de la grandeur d'vn Aſne, & de la façon bien pres d'vn Chameau, eſtant de couleur rouſſe.

Página de la traducción francesa del *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius (1595) (D. R.). Desde las primeras líneas, el Nuevo Mundo es relacionado con la Atlántida.

Francis Bacon. Grabado de William Marshall, 1640. París, Bibliothèque Nationale. © AKG-images.

Olaus Rudbeck anatomista y la Atlántida-Suecia revelada. Frontispicio del tomo IV de la *Atlantica* (D. R.).



Mapa de la Atlántida en *Mundus Subterraneus* de Athanasius Kircher, Ámsterdam, 1664. © AKG-images.

IV

LUCES DE LA ATLÁNTIDA
1680-1786

La cuestión que me gustaría abordar ahora anida en el corazón de la empresa «filosófica». ¿Hubo, como se ha dicho, una tentativa deliberada para resucitar el paganismo sobre los restos de los mitos judeocristianos?[1]. Hemos visto que la extraña obra de Olaus Rudbeck va un poco en este sentido, pero Rudbeck sigue siendo cristiano. La muerte de Jesús en la cruz se pone en paralelo con la marcha de los descendientes de Atlas. No es anulada como eje de la historia universal. Dicho de otra forma, lo que los artesanos del «compromiso eusebiano» habían creado, integrar la historia universal en la tradición bíblica dominante, lo que hará Bossuet con brillantez, ¿es demolido de forma sistemática por los filósofos? Si admitimos que la respuesta es sí, conviene recordar que los hombres cultos tenían a su disposición desde el siglo XV la mitología antigua, de la que podían hacer los usos más heterogéneos. Como bien explicó Jean Starobinski, «al ser el mundo de la fábula, por decreto del poder espiritual, un mundo profano, sin verdadero contenido sagrado, no puede haber blasfemia ni lesa majestad cuando es desfigurado [...] la dualidad de lo sagrado (cristiano) y de lo profano (rodeado de un marco mitológico) se dispone de tal forma que es

[1] El problema se aborda en el libro de F. E. MANUEL, *The Eighteenth Century Confronts the Gods*, Cambridge, Mass., 1959, especialmente pp. 7 y 245-280, y de forma aún más directa por P. GAY, *The Enlightenment. An Interpretation. The Rise of Modern Paganism*, Londres, 1966.

posible apostar tanto por su separación, su exclusión recíproca, como por su paralelismo, su isomorfismo»[2]. La cuestión planteada por los propios cristianos, y luego por sus adversarios, es la de la unidad de la historia religiosa de la humanidad, en el espacio desmesuradamente agrandado después de los grandes descubrimientos.

Pierre-Daniel Huet, obispo de Avranches, publica en 1680 el libro que de alguna manera prendió la mecha, la *Demonstratio Evangelica*. Se trata simplemente de demostrar que el mensaje bíblico no fue revelado solamente al linaje que va de Abraham a Moisés y de Moisés a Jesús, sino que los dioses antiguos son los herederos deformados de la Revelación[3]. Como podemos figurarnos, se trata de un método y una investigación que pueden fácilmente volverse en contra. La *Demonstratio* dice algunas palabras (p. 149) sobre la Atlántida apoyándose en lo que había escrito, en el siglo precedente, López Gómara. Los mexicanos son, por tanto, los herederos de los atlantes. Una vez dicho esto, si bien Huet ve en Platón un Moisés aticizante, no elige la interpretación palestina del mito.

Naturalmente, se trate de Huet, de sus continuadores o de sus adversarios, no estamos en el campo de la historia ni en el de la crítica, sino en el de la gnosis. A partir de un texto, el del *Critias* por ejemplo, se intenta descifrar un secreto profundamente sepultado. Antiguamente, el Apocalipsis de Juan había sido uno de estos textos. El trabajo de Rudbeck que he analizado en el capítulo precedente es una tentativa de eliminar a Heródoto de la historiografía, para hacer de Platón una fuente para la historia de Escandinavia, y para desplazar a la Atlántida del Extremo Occidente al Gran Norte. ¡Esto no se logra con procedimientos de hermanita de la caridad!

Posteriormente a Huet y frente al combate de filósofos y nuevos paganos, se restaura la vieja idea que hace de la Atlántida una descripción encubierta de Palestina. Así hizo un abogado marsellés, Claude Olivier, quien en 1726 explica no sin éxito

---

[2] «Le mythe au XVIII[e] siècle», *Critique* 366 (noviembre 1977), pp. 975-997; cito la página 985.

[3] Véase A. DUPRONT, *Pierre-Daniel Huet et l'exégèse comparative au XVII[e] siècle*, París, 1930.

que «es más verosímil que Solón se haya entrevistado con los sacerdotes egipcios de la historia de los hebreos que con los de México», y añade este extraordinario argumento: hay diez partes en la isla Atlántida porque todas las tribus de Israel de este lado del Jordán aparecen en número de diez. Rubén y Gad, que están en la actual Transjordania, «serían menos conocidos por los egipcios»[4].

La hipótesis de Olivier, que deriva de forma muy lejana, sin que su autor sea consciente de ello, de Cosmas Indicopleustes, fue retomada en el norte de Europa, donde entra en colisión con el gran mito nacional creado por Rudbeck. Fue H. Scharbau quien abrió el baile (o el fuego) en Lübeck en 1733[5], seguido por dos pastores suecos, uno de los cuales escribía en francés y relanzó el debate entre los filósofos[6].

En la línea de F. Baer, pero en un medio católico que hoy llamaríamos «integrista», una serie de investigadores atacan a Heródoto y al «Heródoto del siglo XVIII», que no es otro que Voltaire. Es el caso del padre Jacques-Julien Bonnaud, cuyo libro clave, *Hérodote historien du peuple hébreu sans le savoir,* se publica en La Haya en 1786. Constata que F. Baer, ese protestante, tiene razón, «demuestra que este fragmento de Platón no era más que una alteración de Moisés, y que esa Atlántida no había existido nunca, sino que en el fondo se reducía a una descripción disfrazada de Judea», lo que no impide que leamos con placer al «divino Platón». Esto no es más que un ejemplo especialmente provocador de lo que escribe un grupo de sacerdotes contra los filósofos: Guérin du Rocher, L. Chapelle y Para du Phanjas[7].

---

[4] Encontrarán la disertación de C.-M. OLIVIER en *Continuation des* Mémoires *de littérature et d'histoire de M. de Salengre,* París, 1726, pp. 19-45; cito las páginas 29-30.

[5] *Observationes sacrae quibus varia Sacri Codicis utriusque foederis loca illustrantur,* pp. 381-415 (con referencia a Olivier).

[6] Cfr. J. EUVREMIUS, *Atlantica Orientalis sive Atlantis*, Berlín, Stralsung y Leipzig, 1764, traducción latina de un libro publicado en sueco en 1754, y por último, F. BAER (pastor de la embajada sueca en París), *Essai historique et critique sur les Atlantiques dans lequel on se propose de faire voir la conformité qu'il y a entre l'histoire de ce peuple et celle des Hébreux,* París, 1762, con polémica contra Euvremius, p. 10. A su vez, F. Baer fue objeto de una crítica devastadora de Diderot, cfr. *Correspondance inédite de Grimm et Diderot,* XV, 1829, pp. 160-172.

[7] Sobre este grupo cfr. *Les Grecs, les historiens, la démocratie,* París, La Découverte, 2000, pp. 59-60. Para los que se lo pregunten, señalo que el padre Bon-

Este tipo de especulaciones no ha desaparecido hoy en día: las encontramos en diversos medios fundamentalistas, protestantes o judíos, especialmente en los Estados Unidos e Israel.

Todo esto hacía reír a Voltaire: «Sobre todo parece que Sesostris no es otra cosa que el José de los hebreos. Pero el señor Guérin, habiendo probado que José pudo ser Sesostris, prueba luego que Sesostris ha podido ser Jacob, y que así es muy posible que los judíos hayan instruido a toda la tierra»[8].

Esta teoría, que se apoya en los teólogos de Alejandría de los siglos II-III de nuestra era, sólo tiene sentido para los cristianos. Pero existen también, en la estela de Rudbeck, gnosis nacionalistas. Citemos una, que exalta a Italia mucho antes de la unificación política, la del conde Gian Rinaldo Carli (1720-1795), quien, anticipándose en mucho a Gioberti y su *Primato* (1843) de Italia, hizo de su país natal a la vez el heredero de la Atlántida y la fuente de la sabiduría antigua.

La Italia del siglo XVIII era un campo de ruinas abierto a todos los especuladores en la búsqueda de una edad de oro lejana. Más allá de las evidencias, el papado injertado en el Imperio romano, estaban los etruscos, los griegos, los itálicos, los celtas de la antigua Galia cisalpina en la actual Lombardía, todos susceptibles de haber sembrado el grano de la civilización, o de haber conocido un Edén no bíblico.

No tiene nada de sorprendente que exista una búsqueda semejante, en Italia o en otros lugares. Que esta vuelta a un pasado lejano tome la forma de una adaptación italiana del mito de la Atlántida no puede sorprender tras España y Suecia: a falta de un mito autóctono o en competencia con él, un mito de importación y de reacción es fácilmente previsible.

Pero lo que complica las cosas y las hace menos previsibles es la mezcla de un mito nacional y de una reflexión sobre Amé-

---

naud, masacrado en septiembre de 1792, no tiene nada que ver con mi amigo Robert Bonnaud, autor de numerosas obras sobre la estructura del campo histórico. Fue François Hartog quien me reveló la existencia del libro, totalmente excesivo, del padre Bonnaud, del que cito las páginas 172-173. El libro de Bonnaud fue impreso durante la Restauración en Gauthier, Besançon y París, 1824. En 1790 se había realizado una primera reedición.

[8] *Oeuvres complètes,* París, Garnier, 1878-1885, XXX, p. 390 [ed. cast.: *Obra completa*, Barcelona, Argos Vergara, 1968]; véase también «Lettre à M. Panckouke» del 30 de abril de 1777, ed. Bestermann, 128, Banbury, 1976, p. 251.

rica. En efecto, existe en Europa, en la segunda mitad del siglo XVIII, un debate renovado sobre América: ¿es la tierra de una humanidad virgen, que escapó a la maldición de las sociedades civilizadas, marcadas más o menos conscientemente por el pecado original, o, por el contrario, es una región que sólo marginalmente es humana? ¿Es el testimonio de una edad de oro o de una condenación? Nada más «natural» que ver a la Atlántida, americana para algunos desde el siglo XVI, incrustarse en esta disputa[9].

Es más sorprendente y más inesperado ver a Carli mezclar más o menos hábilmente ambos temas. Su Atlántida es a la vez italiana y americana[10]. Tiene incluso una dimensión hebraica: la palabra «amazona» que designa a una población peruana de América es una palabra hebrea[11].

¿Cómo llega a este notable resultado el animoso conde? Por utilizar una vez más el lenguaje de los militares o los policías, no es con procedimientos de hermanita de la caridad. Tuvo que suponer que antaño el continente cuya destrucción narró Platón unía el Mediterráneo y América. Italia se comunicaba entonces a la vez con Grecia y América. Esto sucedía *antes de los etruscos* y, obviamente, antes de los celtas. Saturno, que sucedió al rey aborigen Jano, llegó a Italia a la cabeza de los pueblos de la Atlántida[12]. Ni Evémero ni Diodoro hubieran podido inventar esto. Es de allí, por lo tanto de América, de donde la civilización llegó al mundo mediterráneo.

---

[9] Sobre este debate, la obra esencial es A. GERBI, *La Disputa del Nuovo Mondo, Storia di una polemica 1750-1900,* Milán y Nápoles, 1955 (reed. 1983). Carli está muy presente.

[10] Sobre Carli, el estudio más completo y más exacto es el de F. VENTURI en su edición de los *Riformatori Lombardi, Piemontesi e Toscani,* Milán y Nápoles, 1958, tomo III de la serie *Illuministi Italiani,* pp. 419-438. La obra maestra de Carli en lo que me concierne es la serie de *Lettere americane* (1770-1781). Las dos primeras series han sido traducidas al francés: *Lettres américaines dans lesquelles on examine l'origine, l'état civil, politique et religieux, les arts, l'industrie, les sciences, les moeurs, les usages des anciens habitants de l'Amérique, les grandes époques de la nature, l'ancienne communication des deux hémisphères et la dernière révolution qui a fait disparaître l'Atlantide...,* en Boston y se encuentra en París, 1788; para la edición italiana, véanse las *Opere* del conde Carli, Milán, 1799 ss.: las series tercera y cuarta se encuentran en los tomos XIII y XIV.

[11] *Lettres américaines,* I, carta 26, II, carta 45, p. 387.

[12] *Lettres américaines,* II, carta 45, p. 428.

Carli es tan claro que podemos alabar sus motivaciones nacionales: «Nosotros queremos, en Italia, deberlo todo a pueblos extranjeros, sobre todo a los bárbaros que reclamamos como antepasados»[13]. Extraño razonamiento, la verdad; como si hacer venir a los héroes civilizadores de la lejana Atlántida fuese elegir la autoctonía. Carli rechaza a su manera la tradición judía: el diluvio que destruye la Atlántida *no es* el Diluvio del Génesis. Rechaza también la tradición griega y en especial a Heródoto, que, leyendo a Carli, evidentemente no conocía Europa[14]. Critica obviamente la interpretación nórdica de Rudbeck, incluidas sus versiones más universalistas, como la de Bailly, sobre la que volveré. ¿Cómo podrían las Luces venir del norte? Tampoco vienen del este. La verdadera cuna de la humanidad civilizada se encuentra en la Atlántida-América: los propios hebreos se beneficiaron de ella y la heredaron[15]. Esto es evidentemente lo que hay que demostrar: la luz llegó a los hombres por mediación de los italianos[16].

Carli no fue el único atlanto-nacionalista en suceder a Rudbeck. Tenemos otros que presentar cuando tratemos el siglo XIX, siglo de las naciones por excelencia. Algunos países se libran provisionalmente; es el caso de Inglaterra, cuna de la *New Atlantis* de Bacon. La *Oceana* de J. Harrington (1656), dedicada a Cromwell, que encarcelaría al autor, está escrita, como señala John Toland cuando la obra puede ser publicada a comienzos del siglo XVIII, «a imitación de la historia atlántica de Platón», pero esta apología de una Inglaterra republicana y comerciante no tiene, a excepción del género literario, nada en común con el relato de Platón.

Sin embargo, hay en el siglo de la Ilustración Atlántidas que no son bíblicas ni nacionales. ¿Acaso no hay un *Monde primitif*[17] que explica que la civilización pudo surgir a la vez en Chi-

---

[13] Resumo *Lettres américaines*, II, p. 485.

[14] *Lettres américaines*, I, p. 187; II, p. 405 y *passim*.

[15] *Opere*, XIV, pp. 82 ss.

[16] No parece que las teorías de Carli hayan tenido un gran eco fuera de Italia y Francia, donde se tradujeron las *Lettres*. Las encuentro, sin embargo, citadas en el jesuita Juan de Velasco, que poco después estudiaba la historia del reino de Quito: véase *Historia Natural del Reino de Quito*, Quito, I, 1970, p. 269. Velasco se interesa sólo, naturalmente, por los aspectos americanos de las teorías de Carli. Debo esta referencia a Geneviève Teitgen.

[17] Los nueve volúmenes de Court de Gébelin que aparecen bajo este título, en París, de 1773 a 1782, no hablan de la Atlántida. Los únicos atlantes conoci-

na, India y el Próximo Oriente? La «matriz del género humano» *(vagina gentium)* de la que hablaba, en la época de la caída del Imperio romano, Jordanes a propósito de Escandinavia, ¿se sitúa en el mundo antiguo? Esos «tiempos afortunados de Saturno y Rea» de los que hablaba Voltaire en *Le Mondain,* dando «gracias a la sabia naturaleza que, por su bien, lo hizo nacer en esta época, tan desacreditada por nuestros tristes censores», ¿son los nuestros o fueron una época muy antigua?

Sigamos, pues, el recorrido que hizo Jean-Sylvain Bailly, astrónomo e historiador de la astronomía, que en 1789 fue el primer alcalde de París antes de perecer, como tantos otros, en la guillotina. Volviendo a la carga obra tras obra[18], busca el hecho de la civilización tal como aparece en China, India y el Próximo Oriente mesopotámico. Estas formas diversas necesitan un origen común. Frente a Voltaire, que más en broma que en serio afirma la primacía de la India –«Estoy convencido de que todos nosotros venimos de las orillas del Ganges»[19]–, él busca «un pueblo destruido y olvidado que ha precedido e iluminado a los pueblos más antiguos». Admite, para dar gusto a Voltaire, que la filosofía de los griegos no es más que la filosofía de los «brahmanes», «¿pero acaso esas luces nacieron en las Indias? ¿Pudieron nacer igualmente en la China y en Caldea?»[20]. Admitiendo incluso que la lengua primitiva sea el sánscrito y que esta lengua esté muerta –lo que por otra parte es falso–, una lengua muerta supone un pueblo destruido[21]. Bailly sitúa este pueblo más al norte y más al este que la Suecia de Rudbeck. Sus razones son topográficas: desde el Gran Norte se explica mejor que las ondas civilizadoras hayan podido expandirse por todas partes. Bailly rechaza formalmente la hipótesis difusionista:

---

dos por Gébelin son los de Diodoro; cfr. *Monde primitif,* I, 2.ª rama, 1.er objeto, pp. 26, 32, 34. Doy las gracias a F. Récanati, que hizo esta verificación por mí.

[18] El tema aparece en la *Histoire de l'Astronomie ancienne depuis son origine jusqu'à l'établissement de l'École d'Alexandrie,* París, 1775; es retomado y desarrollado en las *Lettres sur l'Origine des Sciences et sur celle des peuples de l'Asie adressées à M. de Voltaire,* Londres y París, 1777, y sobre todo en las *Lettres sur l'Atlantide de Platon et sur l'ancienne histoire de l'Asie,* Londres y París, 1779.

[19] Carta-prefacio a las *Lettres sur l'origine,* p. 4.

[20] *Lettres sur l'origine,* p. 16.

[21] *Lettres sur l'Atlantide,* p. 19.

«las similitudes no son el producto de la comunicación»[22]. Este pueblo primitivo se identifica, por tanto, con los atlantes. No son suecos ni judíos[23]. Lo que nos describe Platón es simplemente el recuerdo de la edad de oro: «Esta fábula seductora no es, por consiguiente, más que el recuerdo conservado de una patria abandonada pero siempre querida»[24]. Pero la edad de oro puede ser también cosa del mañana: «Si algún día volvemos a encontrar la patria de los atlantes, conoceremos entonces la tierra donde nuestros antepasados fueron tan felices».

«Nuestros antepasados», realmente los de la mayoría de los hombres. Bailly no es nacionalista por un pelo. «Nuestros buenos galos descienden, como los demás pueblos, de la patria común»[25]. Naturalmente, tales afirmaciones suponen una manipulación un poco extraña de los textos. Hay que admitir, por ejemplo, que Heródoto identifica el mar Rojo con el Atlántico, lo que es apenas más serio que los cuentos fantásticos de Rudbeck[26].

En cuanto a Platón, puesto que es por él por quien nos llega esta tradición, es un personaje disfrazado. Por una parte, hay que considerarlo un habitante de la India[27] y, por otro, su relato necesita ser descifrado. «No hubiera podido expresarse mejor si quisiese engañar a la posteridad»[28]. Es engañarla deliberadamente situar la Atlántida en el oeste. La Atlántida de Bailly desempeña entonces un papel doble: es a la vez un sustituto de Judea y la contrapartida real del Edén bíblico. La crítica contemporánea no se equivocó sobre esto. Tras haber rechazado a Bailly con buenos argumentos en el terreno científico, un comentarista católico escribía en el *Journal des Savants:* «Así el pueblo hebreo es [...] despojado totalmente de la prerrogativa de haber iluminado a las naciones, como casi todos los sabios respetables habían pensado»[29].

---

[22] *Lettres sur l'origine,* p. 156.

[23] Bailly cita y refuta a Baer, *Lettres sur l'Atlantide,* pp. 108-112. Rechaza también la hipótesis americana, *ibidem,* pp. 86-92.

[24] *Lettres sur l'origine,* p. 103.

[25] *Lettres sur l'Atlantide,* pp. 59, 332.

[26] *Ibidem,* p. 108.

[27] *Lettres sur l'origine,* p. 54.

[28] *Lettres sur l'Atlantide,* p. 83.

[29] Tras una recensión bastante favorable (*Journal des Savants,* enero 1779, pp. 15-23), el periódico vapulea a Bailly (febrero, pp. 93-110). Para más detalles bibliográficos, cfr. *Les Grecs, les historiens, la démocratie,* cit., p. 63, n. 139.

* * * * *

¿Y los historiadores? No podemos decir que la disciplina que nos es tan querida sea homogénea a fines del siglo XVIII. ¿Lo es en nuestros días? Es el siglo siguiente el gran siglo de la historia, incluso admitiendo con Momigliano[30] que se produjo un giro fundamental en 1776 con los inicios de la obra de Gibbon, *History of the Decline and fall of the Roman Empire,* que consigue combinar el arte del relato y la técnica de la erudición más sabia, tal como la había practicado a comienzos del siglo Lenain de Tillemont.

Incluso si el género histórico no se unificó a lo largo del Siglo de las Luces, no podemos excluir de nuestro estudio a Voltaire, por ejemplo, ni a un erudito célebre ayer, más oscuro hoy, como fue Nicolas Fréret (1688-1749), que murió como secretario perpetuo de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres[31]. Digamos algunas palabras sobre estos dos autores.

Nicolas Fréret es un sabio laico, en la tradición de los grandes eruditos holandeses del siglo anterior. Fue leído y apreciado por los hombres de la Ilustración, pero aunque estuviese un tiempo encarcelado, no es un «filósofo» propiamente dicho. Cuando opina sobre la Atlántida[32] a propósito de los diluvios sucesivos, es para expresar un escepticismo radical: «Lo que Platón dice de estos diluvios y de sus efectos le resultaba necesario para dar alguna apariencia a la fábula atlántica, a la grandeza y poder de una antigua ciudad de Atenas y a la ferti-

---

[30] «Gibbon's Contribution to historical method» [1954], en *Studies in Historiography,* Worcester y Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1966, pp. 40-56.

[31] Sobre Fréret, véase Ch. GRELL y C. VOLPILHAC-AUGER (eds.), *Nicolas Fréret, Légende et vérité,* Actas del *Colloque des 18 et 19 octobre 1991, Clermont-Ferrand,* Oxford, Voltaire Foundation, 1994, donde se encuentra una bibliografía abundante. Sobre Fréret y la historia de Francia, hay muchas indicaciones en C. NICOLET, *La Fabrique d'une nation. La France entre Rome et les Germains*, París, Perrin, 2003. Sobre la historiografía antigua en el siglo XVIII, véase C. GRELL, *L'Histoire entre érudition et philosophie. Études sur la connaissance historique à l'âge des Lumières,* París, Presses Universitaires de France, 1993, y *Le XVIII^e siècle et l'antiquité en France, 1680-1789,* Oxford, Voltaire Foundation, 1995.

[32] *Histoires et Mémoires de l'Académie des Inscriptions...,* tomo 23, 1749-1751, «Observations sur les deux déluges ou inondations d'Ogygès et de Deucalion», pp. 129-148, cito la página 132.

lidad del suelo del Ática: como nada de todo esto era cierto en su época, y no quedaban siquiera vestigios de la isla Atlántica, le resultaba necesario prepararse una respuesta a las objeciones sobre ese asunto, [...] las alteraciones causadas por los tres diluvios que habían cambiado la cara de Europa le proporcionaban esa respuesta. Si los modernos que han querido encontrar la isla Atlántica de Platón en América hubiesen pensado algo sobre el diseño general del *Timeo* y del *Critias,* hubiesen visto que no hay que considerar todo esto más que como una ficción filosófica». No se podría decir mejor, y muchos de los que deliran, en su tiempo, en los siglos posteriores y en nuestra época, hubieran hecho mejor leyendo a Fréret antes de mojar su pluma en el tintero.

Voltaire es más superficial. Al comienzo del *Ensayo sobre las costumbres* (1769), se contenta con escribir: «La mayor de todas esas revoluciones sería la pérdida de la tierra Atlántica, si es cierto que haya existido esa parte del mundo. Es verosímil que esa tierra no fuese otra cosa que la isla de Madeira, descubierta quizás por los fenicios, los más intrépidos navegantes de la Antigüedad, olvidada luego, y por fin reencontrada a comienzos del decimoquinto siglo de nuestra era vulgar»[33].

La novel geografía razona a este respecto como Voltaire, o mejor como Fréret. Así, D'Anville: «¿Por qué no ver en lo que narra Platón sobre este acontecimiento a un ateniense que quiere ilustrar a su tierra, y en lo que dice sobre la política en la Atlántida, a un filósofo ocupado en especulaciones magníficas pero no verosímiles?»[34].

Madeira, las Canarias, las Azores eran, después de las exploraciones portuguesas y españolas del Renacimiento, hipótesis verosímiles para la interpretación del *Timeo* y del *Critias*. No se puede decir, por tanto, que Voltaire haya innovado en este terreno. En el siglo XVII, el jesuita alemán Athanasius Kircher (1602-1680), en su *Mundus subterraneus*[35], había propuesto la hipótesis de que los guanches, predecesores de los espa-

---

[33] *Essai sur les moeurs*, en *Oeuvres complètes*, XI, pp. 3-5 [ed. cast.: *Obra completa*, Barcelona, Argos Vergara, 1968].

[34] J. D'ANVILLE, *Géographie ancienne abrégée*, III, París, 1768, pp. 122-123.

[35] *Mundus subterraneus*, I, p. 82; sobre Kircher, cfr. *supra*, cap. III, n. 35.

Lámina I. *Estandarte de Ur*. 2500-2350 a.C. Londres, British Museum. © AKG-images / Erich Lessing.

Lámina II. *Navío entrando en un puerto*. Fresco de Akrotiri (Santorini), siglo XVI a.C., Atenas, Museo Nacional. © Gianni Dagli Orti / Corbis.

Lámina III. *Enfrentamiento de hoplitas*. Olpé Chigi, fines del siglo VII a.C. Roma, Museo Nacional de la Villa Giulia.
© AKG-images / Nimatallah.

Lámina IV. Según una interpretación más que verosímil de Jacques Brunschwig, se trata de una representación de la Atlántida. La única alternativa, poco probable a tenor del contexto iconográfico, sería el Purgatorio. Fresco del siglo XVI (autor desconocido). Mántua, Palacio Ducal (Sala dei Cavalli). Foto de la Soprintendenza per il Patrimonio Storico, Artistico e Demoetnoantropologico di Mantova.

Lámina V. Mapa tomado del *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius, edición de 1595. © Sotheby's / AKG-images.

Lámina VI. *Atlantis Appendex* de Willem Janszoon Blaeu, 1630. © Sotheby's / AKG-images.

Lámina VII. *Atlantis Insula*. Mapa de Nicolas y Guillaume Sanson, 1668. Editado por Gilles Robert de Vaugondy en 1741. Foto Bibliothèque Nationale de France, París. La Atlántida está situada, como para Bacon, al oeste de América.

Lámina VIII. *Olaus Rudbeck.* Retrato atribuido a Caspar Kenckel o Jan Klopper, 1687. Estocolmo, Museo Nacional.

ñoles en las islas Canarias, podrían ser supervivientes de la epopeya atlante. En el siglo XIX, esta hipótesis aún tuvo un erudito adepto[36], y sucede que la encontramos incluso en nuestros días entre aficionados más o menos informados[37]. Se complica con los teóricos de la catástrofe diluvial, más o menos laicizada, como el célebre viajero por Oriente J. Pitton de Tournefort, que explica que la apertura del estrecho de Gibraltar es la consecuencia de la ruptura más antigua que crea el Bósforo: «Puede ser que la espantosa irrupción que se produjo entonces en el océano sumergiese o arrastrase a esa famola isla Atlántida que Platón describe [...]. Las islas Canarias, las Azores y América son quizás sus restos; y no sería sorprendente que hayan estado pobladas por los descendientes de Adán y Noé, ni que sus pueblos utilicen las mismas armas que los demás pueblos de Asia y Europa»[38]. De lo cual se deduce que en el alba del siglo XVIII se podía combinar, igual que en los dos siglos precedentes, la búsqueda de la Atlántida y la leyenda bíblica de los hijos de Noé.

Me queda presentar a dos personajes que se distinguen en la época de la Ilustración por su extrema originalidad. Uno, Nicolas Boulanger (1722-1759), gozó a fines del siglo de una gloria perfectamente usurpada, puesto que los hombres de la «camarilla holbáchica», como los denomina J.-J. Rousseau, publicaron con su nombre obras de las que no había escrito ni una línea. El otro, el piamontés Giuseppe Bartoli (Padua, 1717-París, 1788), fue, por decirlo de forma suave, poco conocido en su tiempo y en los posteriores.

Nicolas Boulanger, que no obtuvo el título de ingeniero de Caminos y Puentes hasta su jubilación, en 1758, poco antes de su

---

[36] Cfr. J. B. M. BORY DE SAINT-VINCENT, *Essai sur les îles Fortunées et l'antique Atlantique,* París, año XI (1803), pp. 427-522, con una cita explícita de Kircher y una refutación de las demás hipótesis, incluidas las de Suecia y Palestina [ed. cast.: *Ensayo sobre las Islas Afortunadas y la antigua Atlántida,* Santa Cruz de Tenerife, José Antonio Delgado Luis Editor, 1988].

[37] Como ejemplo reciente, cfr. P. MAYOL en *Océans* 78 (mayo 1981), pp. 6-22, documento cuyo conocimiento debo a Jean Railhac. No creo que André Breton haga alusión a esta hipótesis en las páginas magníficas que escribió sobre las Canarias en *L'Amour fou* [ed. cast.: *El amor loco,* Madrid, Alianza, 2005].

[38] J. PITTON DE TOURNEFORT, *Relation d'un voyage au Lévant,* edición en 8.°, Lyon, 1717, carta XV, II, p. 409.

muerte (16 de septiembre de 1759), es un personaje de todo punto singular[39].

Su ambición intelectual es inmensa. No quiere ser el legislador del presente, sino el legislador de lo que llama la Antigüedad en tanto que ésta conoció movimientos del cosmos, esencialmente diluvios tal como los que se encuentran no sólo en la Biblia, sino en el Platón del *Timeo,* de las *Leyes,* del *Critias* y del *Político*. Platón no es el autor al que cita con más frecuencia, pero indiscutiblemente es el que le proporciona el marco histórico-cosmológico que necesitaba.

Cuando, dentro de mis obligaciones de opositor a la cátedra de Historia, hacía algo de geografía, tenía como maestro a Jean Dresch, que nos decía siempre, fuese cual fuese el tema, ya se tratase de la población de Brasil o de un riachuelo que corre apaciblemente entre los álamos: «Busquen el drama». El drama era para él lo que otros llamaban la dialéctica. Boulanger, por su parte, buscaba el drama del agua, puesto que toda la historia de la humanidad, es decir, no solamente Grecia y Roma, sino la historia y la prehistoria del planeta, giraba alrededor de sucesivos diluvios. El «gran secreto» de la historia del género humano es que después de cada catástrofe periódica aparecía para gobernar al resto de los humanos un «déspota» que es también un legislador religioso. Moisés es uno de ellos, pero no gozaba de ningún privilegio. En cuanto al fin de la religión, es disfrazar el temor de la repetición de un desastre. Este retorno no es, sin embargo inevitable como demuestra la existencia, en plena tierra, de fósiles marinos, testigos de una prehistoria que Boulanger descubrió mucho antes que Boucher de Perthes, hombre de co-

---

[39] Su libro principal, *L'Antiquité dévoilée par ser usages ou examen critique des principales opinions, cérémonies et institutions religieuses et politiques des différents peuples de la terre,* 3 vols., Ámsterdam, 1766 [noviembre 1765] es póstumo. Para hablar de Boulanger he utilizado esencialmente los trabajos de P. SADRIN, su tesis de Tercer Ciclo en 2 vols., publicada en Belles Lettres (Publications de l'Université de Dijon), en 1978, el primero de los cuales reproduce la segunda edición de *L'Antiquité dévoilée* (Ámsterdam, 1766), su ensayo biográfico y sintético *Nicolas-Antoine Boulanger (1722-1759) ou avant nous le déluge*, Oxford, Voltaire Foundation, 1986, trabajos que no dispensan la lectura de F. VENTURI, *L'Antichità svelata et l'idea del progresso in N. A. Boulanger...*, Bari, 1947. Ni Venturi, lo que es normal, ni Sandrin hablan de la Atlántida, mientras que este último autor conocía el manuscrito inédito en el que Boulanger trata el asunto.

mienzos del siglo XIX, pero mucho después de Jenófanes de Colofón (Diels-Kranz, *Vorsokratiker* 21 A 33).

«Los hombres, teniendo ante sus ojos el gran espectáculo del Universo destruido y restaurado [...] establecieron una Religión cuyos principales motivos fueron un reconocimiento infinito hacia el Ser supremo que los había salvado [...]. Para perpetuar la memoria de las revoluciones sucedidas, se instituyen las fiestas conmemorativas, capaces, por los detalles que representan, de recordar sin cesar a las Naciones la fragilidad de su morada, y de advertirlas, mediante el cuadro de sus vicisitudes pasadas, de todas las vicisitudes por venir»[40]. Siempre en el mismo texto, Boulanger especifica: «La conmemoración de las revoluciones de la naturaleza, sea mediante el agua, sea mediante el fuego, ha sido la intención original y el objeto primitivo de todas las fiestas de la Antigüedad, sean las que sean y entre cualquier pueblo al que dirijamos nuestra mirada»[41]. Ojo, el fuego no está aquí más que por una cuestión de simetría, una falsa simetría que acerca a Boulanger a Platón. No hay un Dios vengador ni un diluvio de castigo como el que recoge la Biblia y al que sobrevivió Noé. Lo que hay es un diluvio periódico como el que relata Platón: el secreto del Universo es que la naturaleza es periódicamente enemiga del género humano. Hay un eterno retorno del diluvio e importa poco que sea el de Deucalión para los griegos o el de Noé para los judíos[42]. La venida del Gran Juez, el del Apocalipsis por ejemplo, la espera del Mesías, son la expresión socializada del temor del retorno del diluvio.

¿Y qué hay de la Atlántida? Leyendo los estudios citados, parece que Boulanger no hubiese hablado de ella. P. Sandrin conoce ahora el manuscrito de Boulanger conservado en el Museo de París[43], manuscrito abundantemente saqueado por Buffon en sus *Époques de la nature*[44], pero no dice nada. Antes de su des-

---

[40] *Recherches sur l'origine du despotisme oriental,* sin lugar [Ginebra], 1761, sección 6, pp. 60-61, citado por Sandrin, *Nicolas-Antoine Boulanger,* cit., p. 67.

[41] *Ibidem,* edición de París, 1765, p. 54.

[42] *Antiquité dévoilée,* II, pp. 325-404.

[43] Con el núm. 869.

[44] Véase la edición de *Époques* de J. Roger, París, 1962, pp. LXXVI y LXXVII [ed. cast.: *Las épocas de la naturaleza*, Madrid, Alianza, 1997]. Sobre las querellas cronológicas en los siglos XVII y XVIII, especialmente a propósito de los fósi-

cubrimiento, escribía en su tesis: «Las civilizaciones anteriores fueron tragadas por las aguas, y Boulanger, como hombre razonable que es, no se permite soñar con esta Atlántida de tiempos pasados»[45]. Pero hoy sabemos que, razonable o no, soñador o no, Boulanger habló de ello claramente[46]. ¿Qué prueba a ojos del autor de *Anecdotes de la nature* el relato de Platón en el *Timeo* y el *Critias*? Muestra que «los egipcios y otros pueblos vecinos tuvieron en una antigüedad muy remota conocimientos y comunicaciones tan extensas como las nuestras, y un comercio que las desgracias del mundo ha interrumpido durante miles de siglos». Como La Peyrère en el siglo anterior, Boulanger utiliza a Platón para demoler la cronología bíblica, que sabios muy respetables, empezando por el gran Newton, se esforzaban por defender[47], a pesar de que habían leído a Platón.

Concedámonos un momento de alegría hablando de un autor algo más joven que Boulanger, Poinsinet de Sivry (1733-1804). Como tantos otros, publica un libro de los *Origines*[48]. Se merece por parte de Grimm en su *Correspondance littéraire* esta estupenda burla: «El difunto señor Boulanger, al que se le atribuyen tantas obras después de su muerte y que es el auténtico autor de *L'Antiquité dévoilée,* hacía todas sus operaciones en el Universo con el agua y encontraba a cada paso los vestigios de un diluvio. El autor de la obra de la que hablo actúa mediante el fuego y no podría dar un paso sin descubrir las huellas del fuego y de sus estragos, y lleva su perspicacia hasta el punto de encontrar la palabra fuego en casi todas las etimologías de los nombres geográficos. ¿Acaso estos señores no podrían transigir, y uno hacerle un lugar al agua del señor Boulanger, y éste calen-

---

les, véase P. ROSSI, *I Segni del Tempo. Storia della Terra e Storia delle Nazioni da Hooke a Vico,* Milán, 1979. Las referencias a Boulanger son numerosas, pero apenas se trata de la Atlántida; véase sin embargo p. 36.

[45] Véase el prefacio a su edición comentada de *L'Antiquité,* p. 39.

[46] Lo esencial se dice en las páginas 109-116 del manuscrito del Museo. Sobre su redescubrimiento, véase J. ROGER, «Un manuscrit perdu et retrouvé: les *"Anecdotes de la nature"*», *Revue des Sciences humaines* (1953), pp. 231-254. La identificación de este manuscrito fue realizada por J. HAMPTON, *Boulanger et la science de son temps,* Ginebra y Lille, 1955. La fecha de edición es posterior al trabajo de J. Roger, pero el descubrimiento es anterior.

[47] Véase su *Chronology of Ancient Kingdoms Amended,* Londres, 1728.

[48] *Origines des premières sociétés, des peuples, des sciences, des arts et des idiomes anciens et modernes,* Ámsterdam (y se encuentra en París), 1769.

tar su agua el fuego del otro? De ello resultaría quizás una rarefacción del aire con la que seguramente haríamos algo». Esto sería volver a las fuentes, puesto que los antiguos jugaban de buen grado con el agua y el fuego.

* * * * *

Nicolas Boulanger era, con la inmensa curiosidad que lo poseía, un aficionado; Giuseppe Bartoli, que fue profesor de literatura griega e italiana en la Universidad de Turín y «anticuario» del rey de Cerdeña, se acerca un poco a lo que nosotros llamamos un profesional. Quiero decir con esto que leía a Platón en el original griego, que conocía la historia griega a través de las fuentes que nos hablan de este periodo, y que era tan capaz como cualquiera de actualizar ese texto antiguo, puesto que su explicación acompaña a su traducción al francés y en versos italianos del discurso del rey de Suecia Gustavo III durante la apertura de la Dieta de 1778. Bartoli, que conoce a Edward Gibbon en 1764, quien lo encuentra «algo charlatán, pero muy erudito», capaz sin duda de arrojar «mucha luz» mediante el estudio combinado de los textos y los monumentos, estaba seguramente algo loco, locura que compartía con muchos de sus contemporáneos, puesto que creía, como el orientalista francés Des Guignes, que los caracteres chinos y los jeroglíficos egipcios registraban una única lengua[49].

Abramos ese libro notable, publicado en Estocolmo en 1779 y titulado *Discours par lequel Sa Majesté le roi de Suède a fait l'ouverture de la Diète, en suédois, traduit en français et en vers italiens, avec un essai sur l'explication historique que Platon a*

---

[49] Sobre Bartoli, cfr. P. A. PARAVIA, *Della vita e degli studi di Giovanni Bartoli,* Turín, 1842, libro que he podido leer gracias a G. Cambiano (Turín) y W. R. Thalmann (Universidad de Yale); sobre el encuentro con Gibbon, cfr. G. A. BONNARD (ed.), *Gibbon's Journey fron Geneva to Rome, his Journal from 20 April to 2 October 1764,* Londres, París, Melbourne, 1961, p. 22. Hace cuarenta años, contribuí a resucitar a este personaje. Mis observaciones fueron retomadas y ampliamente desarrolladas por J.-F. PRADEAU en su libro citado en el capítulo introductorio de esta obra, *Le Monde de la politique;* véase también su artículo «Le Poème politique de Platon. Giuseppe Bartoli: un lecteur moderne du récil atlante», en *Le* Timée *de Platon. Contributions à l'histoire de sa réception,* Louvain-la-Neuve, Éditions de l'Institut supérieur de philosophie, 2000.

donnée de son Atlantide et qu'on n'a pas considérée jusqu'à présent... ¿Por qué Suecia? No se trata en absoluto de un retorno a Rudbeck, al que Bartoli conocía y critica severamente desde el comienzo de su ensayo. Suecia formaba parte indiscutiblemente de la Europa de la Ilustración. Germaine Necker, cuya madre estuvo a punto de casarse con Gibbon, se casará con el señor de Staël, embajador de Suecia en París. Gustavo III es un ejemplo típico de déspota ilustrado y pasa por ser un agente de París. Es autor, en 1772, de un golpe de Estado. Es un indiscutible reformador, que concede la libertad a los extranjeros y los judíos; Voltaire había cantado la gloria de Gustavo III, y los testimonios de la circulación de ideas entre Estocolmo y las capitales europeas son múltiples[50]. Fue también el héroe de un drama de Scribe que iba a servir como libreto para *Un ballo in maschera* de Verdi.

La palabra importante en el título del libro de Bartoli es la palabra *histórica*. Por primera vez, en efecto, Bartoli ha comprendido lo que nadie había entendido desde la época de Platón, que la Atlántida era el disfraz de la Atenas imperialista y marítima. Citémosle: «La sumersión política de la isla Atlántica, es decir, la imagen de la decadencia que sufrió la República de Atenas abandonada por todos y caída bajo el dominio de sus enemigos, ¿seguirá engañando a nuestros filósofos?»[51]. Dicho de otra forma, Bartoli ha comprendido que tras el hundimiento de la Atlántida hay que ver la caída de Atenas en manos de sus enemigos al final de la Guerra del Peloponeso, tras varios decenios de imperialismo marítimo. Mejor dicho, Bartoli ha comprendido, ha comprendido perfectamente, que la guerra entre Atenas y la Atlántida es una *stasis* en el interior de Atenas: «Ciertamente hay que convenir que esta desunión de la República de Atenas, esta sedición, esta discordia, cuyos desgraciados efectos provienen, según Platón, de que hay numerosos Estados en un solo Estado, estuvieron maravillosamente representadas por la imagen de dos países diferentes que se hacen la guerra entre sí». Representación, idea central en Bartoli, que está autorizado para

---

[50] Véase el capítulo que dedica a Suecia F. VENTURI, *Settecento riformatore*, III, *La Prima Crisi dell'Antico Regime (1768-1776)*, Turín, 1979, pp. 281-342.

[51] Bartoli, *op. cit.*, pp. 190-191.

concluir: «Se trata solamente de un pueblo, de una ciudad y de un gobierno que todavía no sé si debo llamarlos poco o demasiado conocidos, los atenienses, los atenienses siempre, de nuevo los atenienses»[52].

Bartoli se adelanta a su siglo y al siglo siguiente. No fue tomado en serio por nadie, e incluso fue ridiculizado. Thomas-Henri Martin, tan lúcido generalmente, fue extremadamente severo: «Es evidente que, para sostener un sistema semejante, Bartoli tuvo que provocar contrasentidos en su traducción de los textos en los que se basa»[53]. Es cierto que Bartoli a veces se desliza de la historia al historicismo. *La República* no es pese a todo, como él creía, una historia de Atenas. Pero después de todo es casi el único entre los comentaristas que he mencionado que ha comprendido que había que dar una interpretación *política* del mito creado por Platón, y que, para comprenderlo, antes había que leer a Tucídides.

Así termina este capítulo sobre la Atlántida de la Ilustración. Todavía hay que precisar que el mito creado por Platón no interesó a todo el mundo en esta época. Por poner un ejemplo, ni Montesquieu ni Jean-Jacques Rousseau manifestaron curiosidad sobre este continente imaginario. Es más, un hombre como Athanase-Hyacinthe Anquetil-Duperron (1731-1805), que fue viajero en las Indias y se interesa por la discusión sobre América, sólo remite al *Timeo* para citar el famoso apóstrofe de los sacerdotes de Sais a Solón: «Solón, Solón, vosotros los griegos sois niños eternos»[54]. Podía hablar de ello, pero no considero oportuno aprovechar esta ocasión para hacerlo.

---

[52] Bartoli, *op. cit.*, pp. 106-107 y 224-225.

[53] *Études sur le* Timée *de Platon,* cit., II, p. 280.

[54] Véase la edición, preparada por G. Abbatista, de *Considérations philosophiques, historiques et géographiques sur les deux mondes 1780-1804,* Pisa, Scuola Normale Superiore, 1993, p. 312.

V

EL GRAN VIRAJE
1786-1841

El mundo intelectual que acabo de intentar describir en su versión «atlántica» es un mundo que no se deja jerarquizar fácilmente. Es cierto que somos totalmente libres, desde nuestra atalaya histórica, para privilegiar un linaje «racionalista», que podemos arrancar en el siglo XVI con José de Acosta en España y, en Francia, con Michel de Montaigne, que rechazó el delirio atlantómano incluyendo sus diversas formas «nacionales». Entre lo que Paul Hazard, en un libro célebre, llamó *La Crise de la conscience européenne,* cuyo comienzo sitúa hacia 1670, y un universitario audaz como G. Bartoli, ¿debemos fijar un circuito «razonable» o «racionalista»? Puede discutirse. Seguramente Voltaire es más representativo de su siglo que un oscuro sacerdote llamado Jacques-Julien Bonnaud, que publica en 1786 en La Haya, por lo tanto en un país protestante, su libro titulado *Hérodote, historien du peuple hébreu sans le savoir*[1] y que sostiene la idea de que la Atlántida era un disfraz de Palestina, pero el historiador no puede hacer como si el padre Bonnaud no hubiese existido.

Ciertamente un editor, Charles Garnier, publica de 1787 a 1789 treinta y nueve volúmenes de una serie titulada *Voyages imaginaires, romanesques, merveilleux, allégoriques et critiques,* comenzando por *Robinson Crusoe,* pero se puede discutir la relación entre esta serie y la explosión de 1789, y el *Critias* no figura en

[1] Cfr. F. HARTOG, *Le Miroir d'Hérodote,* París, ²1991, pp. 308-310, y mis observaciones en *Les Grecs, les historiens, la démocratie,* cit., p. 59.

esta antología, donde, sin embargo, se puede leer la *Historia verdadera* de Luciano. Para volver a encontrar la Atlántida antes y durante la crisis revolucionaria, hay que interesarse por un personaje bien distinto del padre Bonnaud o de Charles Garnier: Jean-Baptiste Isoard, más conocido con el seudónimo de Delisle de Sales (1743-1816). Fue en su juventud un protegido de Voltaire, y en su edad madura el protector de Chateaubriand y del ocultista Fabre d'Olivet. Fue miembro fundador del Institut de Francia; totalmente carente de complejos, grabó en su busto lo siguiente, que toma de Buffon: «Dios, el hombre, la naturaleza: todo lo explicó».

Al principio, Delisle de Sales es un representante de la Ilustración, entre otros tantos, con un rasgo que, sin embargo, lo distingue de muchos de sus contemporáneos: una decidida hostilidad a las persecuciones contra los judíos. Seguramente la Ilustración preparó la emancipación de los judíos, pero les pidió pagar el precio abandonando la originalidad que los distinguía, siglo tras siglo, de sus contemporáneos. Delisle de Sales, por su parte, escribía en 1777: «Los judíos no son monstruos ni en el orden físico ni en el orden moral: hay que compadecerlos, ilustrarlos, y no exterminarlos [...]. Un judío es un hombre antes de ser sectario, antes incluso de ser judío»[2].

Es verdad que Voltaire había escrito: «Sin embargo, no es necesario quemarlos», pero antes de proclamar este principio de tolerancia, los había cubierto de todos los insultos posibles e imaginables. Más de medio siglo más joven que Voltaire, Delisle de Sales, escritor de extrema mediocridad, es un pasador, uno de esos numerosos escritores que, contemplados desde lejos, aseguran la transición entre la Ilustración y el Romanticismo. En 1779 se embarca en una inmensa compilación titulada *Histoire nouvelle de tous les peuples du monde ou Histoire des hommes,* obra en 52 volúmenes de la que escribió los 41 primeros. En su punto de partida, esta *Histoire des hommes* entra en una polémica irónica y abierta tanto con la mitología como con la historia sagrada. También, cuando el padre Bonnaud, que muere durante las masacres de septiembre de 1792, ataca en nombre de Dios al «historiador de los hombres», es a Delisle de Sales a quien ataca.

[2] *Philosophie de la Nature,* 6 vols., Londres, 1777, IV, pp. 245-248.

Este último no esconde su juego. Los personajes de la mitología «abandonan la escena: son los hombres quienes los sustituyen y quienes actúan ante hombres». La historia de los tiempos primitivos no puede reducirse únicamente a la del pueblo hebreo, con la cual ha sido voluntariamente confundida: «Un único pueblo tiene una historia comprobada que se remonta de filiación en filiación hasta la cuna de mundo: es el pueblo hebreo; pero la evidencia que resulta de sus anales es de un orden superior, y el examen de sus monumentos no entra en el plan de esta obra»[3]. Aquí no hay más que banal y cándido volterianismo.

Delisle de Sales coloca a los atlantes en el centro de la historia universal, pero tiene la precaución de añadir con la ironía habitual: «Es evidente que todo lo que escribo sobre los atlantes puede ser compatible con el Génesis. Si no lo fuese, habría que rechazar esta parte de mi obra, puesto que la autoridad de Moisés es total y la mía no es nada». La historia de los tiempos primitivos es, pues, la de los atlantes, pero nuestro hombre no tiene intención de confundir estos atlantes con el pueblo conocido por Platón. Éste no es, al fin y al cabo, más que una colonia, a pesar de lo que hayan podido decir los nuevos Fontenelle, es decir, los partidarios de la «pluralidad de los mundos» como Bailly y Rudbeck[4]. Siempre en la tradición de la Ilustración, Delisle de Sales pretende descubrir al «pueblo primitivo», «que no es el pueblo de Dios»[5]; hay que buscar por el Cáucaso, un Cáucaso desmesuradamente ampliado, del Turkestán al mar glacial[6]. Pero si el «pueblo primitivo del Cáucaso no tiene la ventaja, como el pueblo primitivo de Moisés, de remontarse mediante una filiación ininterrumpida hasta la época en que la arcilla humana fue vivificada por la mano que lanzó al mundo al espacio»[7], tiene un inmenso mérito que ya era el de los atenienses: es autóctono. Prometeo o Neptuno son los héroes del pueblo autóctono, en las antípodas del pueblo de la Biblia, que, por elección o castigo, es el pueblo errante por excelencia[8].

---

[3] *Histoire des hommes,* 1, pp. XIII y p. 7.
[4] *Ibidem,* I, pp. 50-51.
[5] *Ibidem,* II, pp. 14.
[6] *Ibidem,* I, p. LXVIII y p. 227.
[7] *Ibidem,* II, p. 11.
[8] *Ibidem,* I, p. 227, II, p. 16 y *passim.*

Resulta fascinante observar una mutación intelectual. Con su Cáucaso original, Delisle de Sales no está muy lejos de lo que Léon Poliakov, en su libro de 1971, llamaba *Le Mythe arien*. Sólo le falta una cosa: que la lingüística le añada el parentesco de las lenguas indoeuropeas, que los eruditos alemanes prefieren llamar «indogermánicas». Delisle de Sales casa tan bien con su época, que es la de una gran transición, que tras haber publicado, sin complejos, un libro titulado *Ma République, auteur Platon* –estamos en el año de la huida a Varennes (1791)–, publica en 1802 una *Mémoire en faveur de Dieu,* contemporánea del *Génie du Christianisme* de su célebre discípulo, François-Auguste de Chateaubriand.

En efecto, Delisle de Sales tuvo a dos personajes muy diferentes en su entorno inmediato: uno era el autor de *Atala, René* y los *Martyrs,* que supo mezclar lo maravilloso homérico y lo maravilloso cristiano; el otro fue Fabre d'Olivet, gran maestro del ocultismo. Ante esta extraña conjunción, me dije que Chateaubriand, cuyo primer libro fue un *Essai historique sur les Révolutions,* publicado en Londres en 1797, no podía haber dejado de evocar, aunque fuese negativamente, la mitología historizante de la Atlántida. Busqué y encontré lo que buscaba en *El genio del cristianismo*. Meditando sobre las ruinas que vio en América y que podrían ser testigos de un pasado preindio, Chateaubriand escribe: «El hombre está suspendido en el presente, entre dos abismos: detrás de él, ante él, todo es tiniebla [...]. Pero sean cuales sean las conjeturas sobre estas ruinas americanas, cuando se les añaden las visiones de un mundo primitivo y las quimeras de una Atlántida, la nación civilizada que quizás ha paseado el arado por la llanura en la que hoy los iroqueses persiguen a los osos no necesita, para consumar su destino, un tiempo más largo que el que devoró los imperios de los Ciro, Alejandro y César»[9].

Y ahora volvamos a Fabre d'Olivet. Si bien pertenece al círculo de Delisle de Sales, es mucho más joven. Es un con-

[9] *Le Génie du Christianisme,* I, IV, 2, París, año X, I, pp. 143-144 [ed. cast.: *El genio del cristianismo,* Barcelona, Ramón Sopena, 1977]. La alusión al «mundo primitivo» apunta a Delisle de Sales, pero también a Court de Gébelin, autor de los nueve volúmenes de *Monde primitif,* 1773-1782, donde los atlantes de Diodoro, no los de Platón, hacen una breve aparición, I, pp. 28-32, 34.

temporáneo de Chateaubriand y de Napoleón. Nació en 1767 y murió en 1825. Es, sin ninguna duda, el fundador en Francia de la religión ocultista, que los iniciados denominan simplemente «la Tradición». Tomemos su retrato de Pierre Leroux, inventor de la palabra «socialismo», que frecuenta a Georges Sand y al que sus discípulos –siempre los tiene– llaman Piotr el Rojo. Veamos cómo habla de Fabre, hacia 1857, en su gran libro *La Grève de Samarez:* «Una gran inteligencia extraviada en los sueños de las ciencias ocultas, en los misterios de la alquimia, y demasiado tendente a envolverse con las nubes del esoterismo. Quiso, en medio de un mundo idealmente libre, reedificar un templo secreto. Se hizo sacerdote a la manera antigua, mezclando lo egipcio con el cristianismo»[10]. Uno de los puntos oscuros de su biografía es nuestra ignorancia de sus eventuales relaciones con los disidentes del judaísmo[11].

La obra de Fabre d'Olivet no pretende ser mística a la manera de un iluminado como Saint-Martin, ni artística al estilo de ese «epicúreo con imaginación católica» que era, según la célebre fórmula de Saint-Beuve, Chateaubriand. Él quería ser un sabio, representando una «ciencia que fue revelada en el alba de los tiempos»[12], y, por tanto, el «teósofo imperial» y su único poseedor. Dicho de otra forma, se trataba de una gnosis que tomaba muchas cosas de la tradición de la Ilustración, pero que desarrollaba especialmente lo que Fabre encontró en Delisle de Sales con una exuberancia extravagante y barroca.

El tema atlante aparece en la obra de Fabre desde 1797, en *L'Invisible, Journal politique, littéraire et moral,* núm. 7, del 26 de mayo de 1797, donde podemos leer: «Quien sabe si los athlantes *(sic)* no tuvieron el privilegio de recibir (*sic* por "regresar")[13] más de una vez de los hielos del invierno en la primave-

---

[10] P. LEROUX, *La Grève de Samarez,* ed. J.-P. Lacassagne, París, 1979, II, p. 447. Sobre Fabre d'Olivet, el libro fundamental es el de L. CELLIER, *Fabre d'Olivet. Contribution à l'étude des aspects religieux du Romantisme,* París, 1957; muy importante también para el estudio de Delisle de Sales es el libro de A. VIATTE, *Les Sources occultes du Romantisme. Illuminisme-Théosophie,* París, Albin-Michel, 1928, reed. 1969.

[11] El librito de G. SCHOLEM, *Du Frankisme au Jacobinisme,* París, Seuil-Gallimard, 1981, no aporta nada nuevo sobre este punto.

[12] Cfr. L. Cellier, *op. cit.,* pp. 12-15.

[13] Cfr. la corrección en el núm. 8, 27 de mayo, p. 32.

ra de la naturaleza». Fabre d'Olivet creó una forma de relato totalmente análoga a la novela moderna de ciencia-ficción, lo que ya había hecho Platón, pero sin las precauciones que tomó este último para ser creído. Si quieren un ejemplo contemporáneo, piensen por ejemplo en Isaac Asimov, el autor de esa obra maestra que se llama *Fundación*.

Naturalmente, como todo imaginario, el de Fabre se nutre de lo real, y lo «real» es suministrado, en este caso, por sus lecturas: Rudbeck, Bailly, Buffon, Boulanger, sin olvidar a su maestro, Delisle de Sales. Judíos y atlantes son los principales actores de las novelas históricas del teósofo; dicho de otra forma, la Atlántida es, con la reflexión sobre la historia hebraica, el tema obsesivo de Fabre d'Olivet. Esto no debería asombrar a mi lector, pero si bien los ingredientes son los mismos, están cocinados de una forma completamente diferente[14]. Hablemos, para abreviar, de sincretismo, pero de un sincretismo que se corresponde con el espíritu de la época, con lo que tiene de dedicatorias serviles a los poderosos del momento. ¿Los judíos son realmente los judíos? Son, a su manera, el «pueblo desaparecido» de Bailly, el *Monde primitif* de Court de Gébelin. Fabre publica en 1815 un libro titulado *La Langue hébraïque restituée,* en el que «demuestra», sin la menor duda, que el verdadero sentido de las palabras hebreas se ha perdido desde la cautividad de Babilonia. A él le corresponde reestablecer ese sentido y mostrar que el hebreo era idéntico al egipcio, lo que era tanto más fácil puesto que Champollion no había descifrado aún los jeroglíficos. Llevó la demostración muy lejos, hasta ofrecer una traducción del comienzo del Génesis totalmente diferente del sentido tradicionalmente establecido.

El juego de hebreos y atlantes se desarrolla tanto en las *Lettres à Sophie* como en la *Histoire du genre humain*. Me resulta difícil resumir aquí estas intrigas a veces sorprendentes, y me contentaré con dar algunos ejemplos que mostrarán que, desde el primer libro, las *Lettres à Sophie,* la introducción del

---

[14] Las principales novelas de Fabre D'OLIVET son *Lettres à Sophie sur l'histoire,* 2 vols., París, año XI (1805); *De l'état social de l'homme ou vues philosophiques du genre humain,* 2 vols., París, 1822; *Histoire philosophique du genre humain,* 2 vols., París, 1824.

relato bíblico en el marco platónico fue muy lejos, más lejos incluso que en Cosmas Indicopleustes. Adán (Adim) tiene veinte años. Es hijo de Eloim, gran sacerdote de Neptuno, y el más cabal de los habitantes de la Atlántida. Eva (Evenha), de la que está enamorado, es sacerdotisa de Venus[15]. Sus amores se ven contrariados y sólo llegarán a buen término tras el diluvio (un diluvio entre otros, según la cosmología de Boulanger[16]), que sumergirá la Atlántida. La pareja se encontrará entonces en el Cáucaso.

Al tratar los tiempos primitivos, Fabre agrupa a los pueblos más antiguamente conocidos en tres grandes conjuntos que se corresponden bastante bien con las tres funciones identificadas por G. Dumézil: los atlantes inventores de la agricultura, los peris [¿los persas?] inventores de la religión y los escitas inventores de la guerra. A los primeros le corresponden los dioses, a los segundos los genios y a los terceros los gigantes. Más tarde, después de complicados acontecimientos, los hebreos serán los herederos de los atlantes, los chinos de los peris y los celtas de los escitas, tras «algún cataclismo parecido al que destruyó la Atlántida»[17]. Pero el porvenir no es para los pueblos puros. De las mezclas entre atlantes y peris nacen los pueblos comerciantes, de la uniones entre escitas y atlantes, los pelasgos y la civilización grecorromana, y del contacto entre escitas y peris, los medas, los arios, etc. Estamos realmente en la antípodas del atlantonacionalismo tal como lo había creado Rudbeck y, antes que él, los teóricos españoles de la época de los grandes descubrimientos y del Imperio de Carlos V.

En la *Histoire du genre humain,* el guión es diferente, especialmente por el papel más importante concedido a la mitología de la India, a la que no se hace más que una discreta alusión en las *Lettres à Sophie*. Una vez dicho esto, la lección es idéntica. Se trata de hacer confluir «los libros sagrados de las naciones», incluida la Biblia, sin conceder privilegios a «una pequeña región ignorante y pobre llamada Judea», pero sin ignorar el texto bíblico, puesto que Fabre –y sólo él– tiene la única clave autén-

---

[15] *Lettres à Sophie,* cit., I, pp. 206-284 (cita p. 206).
[16] Al que se hace referencia, *ibidem,* p. 3.
[17] *Ibidem,* II, p. 7.

tica de éste[18]. Una gran parte del libro está consagrado a un gigantesco conflicto entre la «raza blanca» y la «raza negra», la más antigua, que, en tiempos antiquísimos, «dominaba sobre la tierra y tenía el cetro del poder».

Aquí aparecen los maestros, Rudbeck y Bailly, cuya deuda con ellos reconoce Fabre: «El vago recuerdo de este origen [nórdico de la raza blanca] hizo que se llamase al polo boreal el semillero del género humano [...]. Ha proporcionado [...] las numerosas tradiciones que han llevado a Olaus Rudbeck a colocar en Escandinavia la Atlántida de Platón, y ha permitido a Bailly ver, en las rocas desiertas y blanqueadas por la escarcha de Spitzberg, la cuna de todas las ciencias, de todas las artes y de todas las mitologías del mundo». Y Fabre añade en nota: «Se pueden ver en los escritos de estos dos autores las numerosas pruebas que aportan en apoyo de sus afirmaciones. Estas pruebas, insuficientes en sus hipótesis, resultan ser irresistibles cuando se trata únicamente de establecer la primera morada de la raza blanca y el lugar de su origen»[19].

Pero Fabre no duda en desplazar la Atlántida, defendiendo así la opinión contraria a los predecesores que acaba de nombrar. Al norte, la raza blanca que se convertirá en la de los celtas o escitas; al sur, la raza negra, la de los atlantes, «es decir, los amos del universo»[20]. Pero el contraste entre ambas entidades sólo fue guerrero. Los celtas, guiados por los druidas, vencieron a los atlantes, pero por su contacto con ellos adquirieron «un vago conocimiento de la escritura». Ahora bien, los atlantes –como los árabes, los fenicios, los hebreos– escribían de derecha a izquierda. Los celtas invirtieron esta práctica, porque entre ellos el recorrido del sol era a la inversa del que conocían los atlantes... en el hemisferio sur[21]. De lo cual se deduce que nuestros antepasados los galos están en el origen de nuestra costumbre de escribir de izquierda a derecha. Y como los celtas incluyen a los godos de Rudbeck, sus caracteres primitivos son las «runas».

---

[18] *Histoire du genre humain*, I, p. 5.
[19] *Histoire du genre humain*, I, pp. 67-68.
[20] *Ibidem*, pp. 135-136.
[21] *Ibidem*, pp. 190-192.

A los atlantes pertenece, por ejemplo, «el dogma de un solo principio»[22], es decir, el monoteísmo, del que son despojados los hebreos. Como en las *Lettres à Sophie,* hay pueblos mixtos que no son los menos gloriosos. Los árabes, por ejemplo, son una mezcla antigua de celtas y atlantes. En cuanto a la civilización india, adoptó el «calendario de los pueblos atlantes»[23]. Cada una de las «revoluciones» que jalonan la marcha de la historia –y Fabre crea un sistema paralelo al de su contemporáneo Chateuabriand– está marcada por préstamos de este tipo.

El lugar de las fusiones y mutaciones decisivas es, sin embargo, Egipto. Fabre d'Olivet, evidentemente, no innova al fabular sobre este país. Si ya había habido en la Antigüedad un «milagro egipcio», del que Heródoto es uno de los más antiguos testimonios, y un «Egipto de los astrólogos»[24]; si los viajeros se habían maravillado hasta la expedición de Bonaparte, que provoca un deshielo científico como hay pocos, el mito se había reavivado en el siglo XVIII, como testimonia, por ejemplo, el libreto de *La flauta mágica.*

«Egipto, no hay que olvidarlo –escribe Fabre d'Olivet con su impagable seriedad–, fue la última región que permaneció bajo la dominación de los atlantes.» La Atlántida había nacido de un viaje en gran parte imaginario a Egipto y muere, en Fabre d'Olivet, en Egipto. Egipto se encuentra en la encrucijada de dos tradiciones, la de la «raza sureña» y la de la «raza boreal», de la que más tarde recibió su culto y sus leyes: «Podía incluso, por medio de la primera tradición, remontarse a una tradición anterior y conservar alguna idea de la Raza austral que había precedido a la "sureña". Esta primera Raza, a la que pertenecía quizás el nombre primitivo de atlántica, había perecido completamente en medio de un diluvio espantoso que, cubriendo la tierra, la había devastado de un polo al otro y había sumergido la isla inmensa y magnífica que esta Raza habitaba, más allá de los mares»[25].

Esta raza es la raza roja, y la Atlántida, como tuvo ocasión de precisarlo Fabre, es América, pero una América mucho más

---

[22] *Ibidem,* p. 263 y *passim.*

[23] *Ibidem,* pp. 234 y 256.

[24] Según los títulos, respectivamente, de Ch. Froidefond, Aix y Gap, 1971, y de Fr. Cumont, Bruselas, 1937.

[25] *Histoire du genre humain,* I, pp. 308-309.

vasta que la nuestra: «Se extendía mucho más hacia el polo austral»[26]. Y nuestro hombre toma de Platón, el Platón del *Timeo,* del *Critias* y del libro III de *Las Leyes,* la descripción de lo que pasa en caso de diluvio: no sobreviven más que los habitantes de las montañas. Maestro en estas tradiciones, el clérigo egipcio, al que Fabre conoce por Platón más que por Heródoto, puede, una vez más, tratar a los griegos de «eternos niños»[27].

Educado en Egipto, Moisés, tras haber matado a un egipcio –es el episodio que relata el Éxodo II, 11-14–, se va a Etiopía. «Allí se encuentra con un pueblo árabe –celto-atlante– expatriado: los hebreos, en cuyo sacerdote se convirtió. Su suegro Jethro le entrega incluso «algunos libros genetliacos relativos a los atlantes»[28]. El círculo se cierra y Moisés puede convertirse, junto con el griego Orfeo y el hindú Foe (así llama Fabre a Buda), en uno de los tres grandes reformadores de su época. «Su misión se había limitado a conservar los principios cosmogónicos de todas clases (Fabre precisa que constituyen la "tradición más antigua que existe sobre la tierra", anterior incluso a los atlantes) y a ocultar, como en un arca sagrada, los gérmenes de todas las futuras instituciones. El Pueblo al que confía la custodia de esta arca era un pueblo tosco pero robusto, cuya legislación exclusiva aumenta su fuerza»[29].

La Atlántida no es Judea, y ya no es tampoco la anti-Judea. Está en el origen de lo que los judíos, los celto-atlantes y otros más como los árabes mahometanos[30], cuya tradición es más pura, nos han transmitido un poco a su pesar. ¿Acaso, por otra parte, no es «al desastre de la Atlántida al que debemos de alguna manera nuestra existencia»[31], «nosotros», la raza blanca o «boreal»? Gracias a ese desastre, nuestro continente salió de las aguas.

Fabre d'Olivet debe mucho a su propia imaginación, pero entre sus deudas hay una que reconoce con tanta precisión que habría que preguntarse si acaso no conocía el manuscrito inédi-

---

[26] *Ibidem,* p. 189. Fabre está lejos de ser siempre coherente: llama «atlantes» tanto a los *sureños* como a la raza roja *(austral)* que los civiliza.

[27] *Ibidem,* pp. 188-189, 195-196, 309-310.

[28] *Ibidem,* p. 320.

[29] *Ibidem,* pp. 326-335.

[30] *Ibidem,* p. 81.

[31] *Ibidem,* p. 193.

to que he mencionado más arriba: «Boulager –escribe–, que hizo grandes investigaciones a este respecto, piensa con razón que tras la pérdida de la Atlántida los pueblos de nuestro hemisferio que sobrevivieron cayeron en el estupor y durante mucho tiempo anduvieron errantes sin osar establecerse; creía que la vida salvaje nació del terror infundido por ese acontecimiento»[32]. Esto supone resumir, de forma muy correcta, las teorías del hombre de los diluvios repetidos.

¿Por qué insisto tanto en Fabre d'Olivet? De que su relato es totalmente imaginario evidentemente no cabe duda. Que haya sido consciente del carácter completamente novelesco de lo que difícilmente podríamos llamar una teoría no es demostrable. Es contemporáneo de poetas románticos alemanes que, como Novalis, hicieron de la Atlántida, por ejemplo en *Enrique de Ofterdingen*[33], un lugar de belleza ideal.

No, lo que es interesante y nuevo en Fabre d'Olivet es que ese gran delirio esté presentado según la mentalidad de su tiempo, sin la menor fuente histórica, naturalmente, pero presentado como una reconstrucción parcialmente bíblica, mas también neopagana, de la historia de la humanidad. Esperemos algunos decenios y Thomas-Henri Martin, discípulo de Victor Cousin, el filósofo oficial de la monarquía de Julio[34], enviará a todos los atlantómanos al reino de lo imaginario, pero, dentro de algunos decenios más, pretendidos sabios reconstruirán a su vez el mundo antediluviano sin crear individuos, sacerdotes o reyes, como Fabre d'Olivet. Dicho de otro modo, en el alba del Romanticismo, el joven «patriota de 1789» que había sido, según Léon Cellier, Fabre d'Olivet, y que habla por primera vez de los atlantes en la época del Directorio, tiene un ojo en la Ilustración y otro

---

[32] *Ibidem*, p. 125.

[33] Véase en el libro colectivo *Atlantides imaginaires*, cit., el estudio de Nicole Fernandez-Bravo.

[34] Sobre el lugar de Cousin y de Th.-H. Martin en los estudios platónicos, véanse P. VERMEREN, *Victor Cousin. Le jeu de la philosophie et de l'État*, París, L'Harmattan, 1995, y antes E. M. MANASSE, *Bücher über Platon*, III, *Werke in Französischer Sprache*, Tubinga, 1976; el prólogo de R. Brague en la reimpresión de Th.-H. Martin, así como H. WISMANN, «*Modus interpretandi*. Analyse comparée des études platoniciennes en France et en Allemagne au XIX^e^ siècle», en M. Bollack y H. Wismann, *Philologie und Hermeneutik im 19. Jahrhundert*, Gotinga, 1983, II, pp. 490-513.

que construye un mundo monstruoso que se despliega en una historia totalmente ficticia.

Echemos un vistazo sobre algunos de los contemporáneos de Fabre d'Olivet en Italia y en el reino de la Gran Bretaña e Irlanda.

Por más que Vico renegara en la *Scienza Nuova* de todo lo que podía parecerse al atlanto-nacionalismo de Rudbeck, había sido predicar en el desierto, incluyendo Italia. Hay que reconocer que, con su pasado –los latinos, los itálicos, los griegos y los etruscos–, proporcionaba un lugar destacado para toda la clase de especulaciones que intento analizar. Lo hemos visto al hablar del conde Gian Rinaldo Carli. Platón vuelve a comienzos del siglo XIX con un escritor que permanecerá largo tiempo en la oscuridad, Vincenzo Cuoco (1770-1823), autor de un *Platone in Italia*[35]. Pero es Angelo Mazzoldi quien, en un libro aparecido en Milán en 1840, es decir, poco antes de que fuese publicada la destructiva disertación de Thomas-Henri Martin, inscribe la Atlántida en la historia propia de los italianos. Su libro tiene uno de esos títulos interminables cuyo secreto poseen los eruditos antiguos y a veces los contemporáneos: *Delle origini italiani e della diffusione dell'incivilimento italiano alla Fenicia, alla Grecia, e a tutte le nazioni asiatiche poste sul Meditteraneo,* es decir, *De los orígenes italianos y de la difusión de la civilización italiana a Fenicia, Grecia y a todas las naciones asiáticas situadas junto al Mediterráneo*[36]. Aquí está de nuevo Platón, mucho después del Renacimiento, convertido en maestro de un nacionalismo, con esa característica fundamental de todos los nacionalismos: se apoderan del pasado más lejano para imponerse mejor en el presente. A este respecto, se trata de una regresión respecto del gran delirio de Fabre d'Olivet.

---

[35] Véase la edición preparada por Fausto Nicolini, 2 vols., Bari, 1916-1929. La edición original es de 1804-1806; hay informaciones más completas en la edición bilingüe preparada por Alain Pons y Michel Vovelle del libro de V. CUOCO, *Essai historique sur la Révolution de Naples,* París, Belles Lettres, 2004.

[36] Véase en especial pp. 17 (polémica contra Bossuet), 44 y, sobre todo, 172-187 (Atlántida). Sobre la recepción del libro, véase B. CROCE, *Storia della Storiografia italiana nel secolo decimonono,* I, Bari, Laterza, 1921, p. 56: «El libro de Mazzoldi fue, en general, acogido con respeto y discutido con seriedad».

Por lo que yo sé, existen dos versiones británicas y una versión irlandesa del mito nacional-atlántico. Las tres son tardías y tienen que ver con la tradición ocultista y romántica más que con la filosofía de la Ilustración. A este respecto, se integran perfectamente en el gran viraje que intento analizar.

En la mitología de William Blake (1757-1827), que es casi contemporáneo de Fabre d'Olivet, diez años más joven, Albión, antepasado de los britanos, «patriarca del continente atlántico», es un héroe cuya historia «precede a la de los hebreos», más allá incluso del principio fundamental que Blake plantea en estos términos: «The Antiquities of every Nation under Heaven is no less sacred than that of the Jews»[37], lo que es ir mucho más lejos que Vico. Pero todo ocurre como si este tema, que aparece en Blake desde 1793 en el poema titulado *América,* fuese fundamental. En el poema titulado *Jesuralén* (1804), Blake se dirige a los judíos: «Vuestros antepasados tenían su origen en Abraham, Heber, Sem y Noé, que eran druidas»[38]. La Inglaterra de Albión, heredera junto con América de la Atlántida, es también el país de las doce tribus de Israel[39].

Extraña fusión de la tradición bíblica, de la fabulación sobre América, del mito céltico, muy de moda en la época de Blake (poco después de los triunfos del pseudo-Ossian, el bardo totalmente creado por Macpherson), y del relato platónico. «And above Albion's land was seen the heavenly Canaan»[40]. No se pueden expresar de forma más clara los temas de un mesianismo nacional. Un indianista contemporáneo de Blake, el capitán F. Wilford, intenta una aproximación totalmente original: com-

---

[37] W. BLAKE, *The Complete Writings,* ed. Keynes, Londres, 1958, pp. 578-580. La relación con la filosofía neoplatónica ha sido objeto de un artículo de G. M. HARPER, «Blake's Neo-Platonic Interpretation of Plato's Atlantis Myth», *Journal of English and Germanic Philology* 59 (1955), pp. 72-79, que trata de la eventual influencia de la traducción del *Timeo* de Thomas Taylor, pero no del lugar del mito en el pensamiento de Blake. A este respecto, cfr. K. RAYNE, *Blake and Traditions,* 2 vols., Londres, 1969, que señala: «The Lost, Western Eden is sometimes America, sometimes Atlantis» (II, p. 268), pero no llega a aclararlo del todo (*ibidem,* pp. 423-429). Por mi parte, no me arriesgo a entrar en los detalles de estas especulaciones gnósticas.

[38] *The Complete Writings,* cit., p. 649; cfr. también p. 796: el propio Adán era un druida.

[39] *Ibidem,* pp. 637-638.

[40] *Ibidem,* p. 709.

binando lo que encuentra en Marcelo, personaje del que hablé en el capítulo II de este libro y que sólo es conocido por el *Comentario del Timeo* de Proclo[41], y lo que aprendió en los *Puranas*, donde se habla de lejanas y blancas islas occidentales, las *Çveta dvîpa,* llega a la conclusión, no sin haber considerado otras hipótesis, que las «islas blancas» eran a la vez Gran Bretaña, vista desde la India, y la Atlántida, y añade esta observación de un candor admirable: «Admitiendo que resulte que tengo razón, soy consciente del hecho de que Gran Bretaña no puede obtener de ello ningún lustre nuevo»[42].

Por lo menos la sabiduría de la India, que aparece con tanta frecuencia a lo largo del siglo de la Ilustración, acaba por confirmar la antigüedad y la potencia de la isla dueña de la India y de los mares, y la conquista atlante prefigura, mediante un admirable equilibrio de la historia, la formación del Imperio británico.

El mismo imperio tenía, sin embargo, enemigos muy cercanos en la vecina y constantemente rebelde Irlanda. El capitán Wilford tiene un adversario muy cultivado en la persona de Henry O'Brien, que publica en 1834 en Londres y Dublín un libro titulado *The Round Towers of Ireland,* que se reedita en Nueva York en 1976 con un título mucho más atractivo: *Atlantis is Ireland.* La dificultad está en que ni el *Timeo* ni el *Critias* son citados en esta obra, donde incluso el nombre de la Atlántida sólo aparece una única vez. Se trata esencialmente de presentar lo que era entonces un rasgo del paisaje irlandés: las torres redondas, evidentemente medievales, que el autor considera el equivalente de la pirámides de Egipto.

El budismo se presenta en este libro como la religión de los primeros hombres: Eva era budista. Irlanda es una colonia de Irán. En cuanto a las torres, son fálicas, lo que permite asociar-

---

[41] Figura –lo vuelvo a recordar– como autor de las *Etiópicas* con el núm. 671 en el *corpus* de Jacoby.

[42] F. WILFORD, «An Essay on the 'Sacred Isles' in the West with Other Essays connected with that work», I, *Asiatic Researches* 8 (1805), cfr. p. 247 (cita). Wilford busca también a Noé en la *Mahabharata* (cfr. pp. 254-255); su estudio se encuentra en los volúmenes siguientes de *Asiatic Researches* de Calcuta; se puede ver también en los volúmenes 8-11 (1808-1812) de la edición de Londres de esta importante publicación. Mi amigo Ch. Malamoud me precisa que las *Çveta dvîpa* son islas totalmente míticas y me remite a lo que se dice de ellas en W. KIRFEL, *Die Kosmographie der Inder,* Bonn y Leipzig, 1920, pp. 18, 20, 30, 112.

las con los *lingams* de la India. O'Brien conocía a algunos de sus predecesores: cita a Bailly y Boulanger, pero ¿qué se puede pensar de un hombre que considera que Tubalcaín, hijo del hermano de Abel y padre de los herreros, es el equivalente del dios griego *(sic)* Vulcano? Uno de mis antiguos alumnos, Richard Gordon, me regaló este libro, que no parece haber entrado en la bibliografía corriente de la Atlántida. En un género muy diferente, es tan imaginativo como el de Fabre d'Olivet. Heródoto es criticado no por no haber hablado del pueblo judío, como decía indignado el padre Bonnaud, sino porque no habló de las torres redondas de Irlanda, crimen evidentemente imperdonable. Con razón su editor actual, Paul M. Allen, hace de él un precursor de un hombre al que pronto encontraremos, Ignatius Donnelly[43].

Antes de dejar a Thomas-Henri Martin intentar, en 1841, tocar a muerto por la atlantomanía en un apéndice de sus célebres *Études sur le* Timée *de Platon,* echemos un vistazo a las páginas vacilantes que escribió sobre este asunto, en 1831, un importante erudito, Jean-Antoine Letronne (1787-1848), *uno* de los padres de la ciencia moderna de la epigrafía griega y *el* padre de esta misma ciencia aplicada al Egipto grecorromano. Es verdad que considera el relato sobre la Atlántida una fábula, pero piensa que esta fábula procede realmente de Egipto. Para este contemporáneo de Champollion, la pasión por Egipto prevaleció, excepcionalmente, sobre la lucidez crítica[44].

---

[43] *Atlantis is Ireland,* cit., pp. 121, 327, 417, 505 y *passim.*

[44] Véase su «Essai sur les idées cosmographiques qui se rattachent au nom d'Atlas, considerées dans leur rapport avec les représentations antiques de ce personnage fabuleux», en *Bulletin universel* VII sección, XVII (1831), pp. 139-156.

VI

ES PRECISO QUE UNA NACIÓN ESTÉ ABIERTA O CERRADA

He esbozado la descripción de las Atlántidas «nacionales» en los capítulos III, IV y V de este libro, a propósito especialmente de España, Suecia e Italia. Si bien Rudbeck ha marcado a Suecia hasta el punto de que hubo, en el siglo XX, unas «Juventudes rudbeckianas», que, me dice J. Svenbro, eran una de las expresiones de la extrema derecha, no sucedió lo mismo en Italia ni, sin duda, en España. No parece que las teorías del conde Carli o de Angelo Mazzoldi hayan estremecido a Italia.

¿Y Francia? También tuvo, muy pronto, sus ideólogos y sus creadores de mitos nacionales, especialmente con su leyenda troyana, de la que Ronsard, con *La Franciade,* intentó extraer una epopeya. Pero Ronsard era ya un escritor más que un creador de mitos e ideologías, y *La Franciade* fue un fracaso. Ronsard no supera el libro IV de esta audaz empresa, sin duda apologética, pero más literaria que creadora de mitos.

¿Escapa Francia a esta enfermedad concreta? Esencialmente sí. La explicación es simple. Tras el *gran* rey, es decir, Luis XIV, vino la *gran* nación seguida a su vez por el *gran* emperador. Francia se bastaba a sí misma y, en la medida en que sus ideólogos necesitaban recurrir a los discursos sobre los orígenes, los galos, los romanos, los troyanos y los francos les proporcionaban todo lo necesario. La excepción que confirma la regla es la obra de un aviñonense, Fortia d'Urban. Éste publica en 1808 una disertación intentando demostrar que un pueblo primitivo, compuesto por celtas e iberos, lleva de España a Francia la civi-

lización de los atlantes[1]. Se trataba, como mucho, de un atlanto-occitanismo de escasa significación.

Otra importancia tiene la obra, hoy completamente olvidada, de Népomucène Lemercier (1771-1840). Fue miembro de la Académie francesa donde tuvo como sucesor nada menos que a Victor Hugo, que hizo de él, cuando a su vez ocupa el sillón que había sido de Corneille, un elogio mesurado. Pertenece a esa apasionante generación que hizo la transición entre la Ilustración y el Romanticismo. Su padre fue el secretario de la duquesa de Lamballe, amiga y confidente de la reina María Antonieta, y esta figura de la aristocracia de la corte fue su madrina. Frecuenta a Bonaparte, pero rehúsa prestar juramento a Napoleón, y se mantuvo al margen cuando volvieron los Borbones[2].

La obra que me interesa en este momento se llama *L'Atlantiade ou la Théogonie newtonienne*. Este poema en seis cantos fue publicado en París en 1812 y dedicado a la gloria de Newton. *L'Atlantiade* es la última parte, por la fecha de su publicación, y la primera, según la estructura, de una gran obra «dividida en cuatro partes que abarca las elevadas generalidades de las ciencias, la legislación, la poesía y la guerra». Népomucène Lemercier inició su publicación en 1800. Quería ser un Lucrecio o un Francis Bacon más que un moderno Hesíodo.

La isla Atlántida se llamaba antiguamente Eugea, es decir, la buena Tierra. Fue invadida por Atlas, que parece tener muchos rasgos comunes con Napoleón. Estaba habitada, antes de ser conquistada, por los *symphytes,* o dicho de otra forma, los hombres que viven según el orden de la naturaleza. Eugea puede, sin duda, ser identificada con la Europa devastada por las guerras napoleónicas. Su meta en este poema épico, cuya acción se desarrolla «bajo el trópico», es «trazar el sistema general de nuestras ciencias, de las cosas recientemente conocidas que todavía no tienen existencia y nombre en poesía y cuyas denominaciones abstractas, que cambian a medida que los descubrimientos exigen palabras nuevas, no podían ser expresadas por nada equivalente en verso»[3].

---

[1] *Antiquités du département du Vaucluse,* París y Aviñón, 1808, pp. 408-479.

[2] Estas informaciones proceden esencialmente del diccionario Larousse del siglo XIX.

[3] *L'Atlantiade,* p. XIX.

Atlas, tras una guerra feroz, es vencido. Pero el Océano invade los cimientos del palacio de Atlas y anega la isla. El médico llamado Zoófilo, amante de Biona, salva lo que puede. Guiado por él, el pequeño grupo de supervivientes llega a las costas de América, donde viven idílicamente pacíficos indios y las grandes figuras de Franklin y Vashington *(sic),* que establecieron una sociedad según la ciencia y la razón. No iré más allá en el análisis de este texto tan sorprendente en el que «Sulfidra» (ninfa cuyo cuerpo está formado por gas inflamable) es abandonada por su amante Pirotono (el Trueno), quien, me atrevería a decir, se inflama por Electrona. Citaré solamente cuatro versos del canto VI en el que el Océano se expresa así:

> La suerte de la Atlántida y de sus negros vencedores
> hará estremecer los corazones de vosotros, los europeos:
> su hundimiento, que aumentó mi superficie,
> de sus futuros trayectos frenará la audacia...[4].

Como veremos pronto, *L'Atlantiade* no es la última epopeya que inspirará el relato de Platón.

Un año después de la muerte de Népomucène Lemercier, Thomas-Henri Martin piensa poner fin a las relaciones ambiguas que la Atlántida había mantenido con las ciencias, ciencias históricas, geográficas, cosmológicas. Los tiempos positivistas no ven el término de los delirios atlantómanos, pero sin duda facilitaron el deslizamiento del mito a la novela.

Llamaré a un nuevo testigo: el novelista por excelencia de la aventura científica, Julio Verne (1828-1905). Parece tan representativo de la Atlántida novelesca, no solamente en Francia, sino en el mundo, que cuando el investigador inglés Paul Jordan quiso presentar en 2001 su libro sobre el «síndrome de la Atlántida»[5], no pudo encontrar mejor obertura que mostrar a los héroes de *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), el capitán Nemo y el profesor Arronax, su invitado forzoso, recorriendo

---

[4] *Op. cit.*, p. 274.

[5] *The Atlantic Syndrome,* Sparkford, Sutton Publishing Pub, 2001. La Atlántida según Julio Verne fue objeto de la primera publicación de C. FOUCRIER, «Jules Verne et l'Atlantide», *Nouvelles recherches sur Jules Verne et le voyage,* París, Minard, 1978, pp. 97-111.

las ruinas de la ciudad capital de la Atlántida, a 450 millas marinas de la costa atlántica de Marruecos. El texto es célebre y muestra que Julio Verne estaba al corriente de la literatura sobre la Atlántida y conocía tanto a los adeptos a la leyenda como a los que la calificaban de fabulación. Recordaré simplemente que el capitán Nemo, príncipe indio en guerra contra los ingleses (la revuelta de los cipayos, soldados indios al servicio de Inglaterra, es de 1857), no tiene ninguna relación hostil con el mundo germánico y que dos de los tres héroes del *Viaje al centro de la Tierra* son alemanes simpatiquísimos.

Es la guerra de 1870-1871 la que iba a cambiar todo esto, y en *Los 500 millones de la Begum* (1879) hace su aparición la figura hostil del alemán tal como iba a perfilarse durante varias generaciones.

Recordemos la intriga en unas líneas. Dos hombres, un médico francés, el doctor Sarrasin, y el profesor Schultze, de la Universidad de Jena, resultan ser los únicos coherederos de una gigantesca fortuna procedente de una princesa india, la Begum, que se había casado con un aventurero francés. Hacen de ella un uso muy diferente. El médico francés, higienista, construyó en Oregón, tierra casi virgen en aquel momento, una ciudad ideal donde se aplican las reglas de la higiene y la democracia masculina. Esta ciudad perfecta se llama France-Ville. Ha sido construida por millares de culis chinos cuyo salario está bloqueado hasta su partida. No es racista, pero... Cada ciudadano en edad de combatir forma parte de la milicia encargada de defender la ciudad. Algunas leguas más allá, Herr Schultze hizo construir Stahlstadt, la Ciudad del Acero, especie de ciudad-fábrica, una gigantesca imitación de las fábricas Krupp, que fabrica y exporta cañones a millares. Un joven alsaciano, Marcel Bruckmann, se introduce en Stahlstadt, se convierte en el colaborador favorito de Herr Schultze y descubre su proyecto secreto: fabricar un enorme cañón, capaz de enviar un obús que destruya France-Ville y contribuya a establecer la supremacía germánica. Naturalmente, el proyecto fracasa. El obús se convierte en un satélite de nuestro planeta. En cuanto a Herr Schultze, es, como debe ser, víctima de la explosión de uno de sus obuses, y France-Ville hereda Stahlstadt, cuya producción será orientada de forma completamente distinta.

El modelo de dos ciudades, la pacífica y la guerrera, tiene varios milenios, y cae por su propio peso que la ciudad pacífica debe ser capaz de defenderse. Se ve este modelo en el estandarte de Ur (British Museum), de Mesopotamia (cfr. lámina I, p. 97), en el escudo de Aquiles en el canto XVIII de la *Ilíada,* en las estampas iluminadas del siglo XV que representan la Inglaterra guerrera y la Francia pacífica. Lo encontramos también en la oposición platónica entre la Atenas primitiva y la Atlántida, evidentemente con el importante matiz de que Atenas está gobernada por soldados profesionales.

Me ha sorprendido un detalle que evoca irresistiblemente la Atlántida. Cuando Julio Verne quiere evocar el corazón de la ciudad gobernada dictatorialmente por Herr Schultze, escribe esto: «El centro de la tela de araña representada por Stahlstadt era la Torre del Toro, especie de construcción ciclópea que dominaba todas las construcciones vecinas»[6]. Ahora bien, en el *Critias* (119d-120e) es el sacrificio de un toro, seguido del consumo, en una crátera, de vino mezclado con un coágulo de la sangre del animal, lo que sella la alianza de los diez reyes de la Atlántida. Julio Verne conocía, como hemos visto, el texto platónico. Me parece bastante problable que se haya inspirado en él para describir la Ciudad del Acero.

En 1877 un joven sacerdote, Jacint Verdaguer (1845-1902), presenta en los juegos florales de Barcelona una epopeya, *La Atlàntida,* redactada en catalán[7]. Verdaguer es un contemporáneo de Frédéric Mistral, que dio una acogida entusiasta a la epopeya catalana[8]. Pero a pesar de todos los esfuerzos de los felibres, Mistral y sus amigos fracasaron, mientras que los catalanes consiguieron mantener y desarrollar su lengua.

No hay ni que decir que *La Atlàntida* de Verdaguer es una epopeya erudita, más cercana a la *Eneida* que a la *Ilíada,* muy alejada de las epopeyas populares que Milman Parry y Albert

---

[6] Cito la edición Hachette, 1966, p. 102.

[7] El texto catalán que he utilizado es la edición publicada por Pere Farrès, Vic, Eumo editorial, 2002; cito la traducción de A. Savine, París, 1883. En *Les Atlantides imaginaires,* se encontrará un estudio de Claude Lebigot sobre tres autores españoles, entre ellos Verdaguer, en los que aparece el mito de la Atlántida.

[8] Carta del 18 de julio de 1877, reproducida en la edición de Farrès, p. 100.

Lord registraron en el siglo XX en la antigua Yugoslavia. Verdaguer ha leído a los geógrafos, especialmente a Élisée Reclus, célebre intelectual anarquista pero también sabio eminente, que creía en la existencia de la Atlántida. En diez cantos precedidos de una introducción y seguidos de una conclusión, con un coro de islas griegas en el canto VII, Verdaguer apuesta por la mitología clásica: el actor principal es Hércules, que se lleva a la ninfa Hesperis de la Atlántida, donde ella había dado doce hijos a Atlas, para a su vez hacerle hijos que poblaron la península Ibérica. Incluso Portugal, enemigo tantas veces, no es olvidado. Introduce el naranjo en la Bética, es decir, en Andalucía, funda Barcelona mas también Híspalis, es decir, Sevilla, pero al mismo tiempo trabaja para un Dios que se llama tanto el Altísimo *(altissimus)* como Jehová o Adonai. En el canto IX los atlantes intentan trepar al cielo, mientras que el ángel que vigila la gran isla vuelve a subir al cielo cruzándose con el ángel de España, que le lleva el imperio del mundo.

¿A quién le cuenta esta historia un viejo anacoreta que ha recogido a un náufrago en Portugal? A un genovés que no es otro que Cristóbal Colón. Tras haber salvado al futuro navegante y haberle indicado su misión, el anciano anuncia al final de la epopeya que puede morir. La Atlántida era magnífica, pero era también la sentina de todos los vicios, y especialmente del pecado por excelencia, el incesto. Al lado del naranjo, el olivo, en el canto X y último, es designado como el árbol de la Cruz. ¿Es necesario probar que el nacionalismo de Verdaguer es un nacionalismo abierto, no tiránico? Citaré solamente el verso 263 del canto I. Hablando de los Pirineos que separan España de Francia, Verdaguer utiliza en primer lugar adjetivos muy peyorativos: la «enemiga França», luego la «envejosa França» y también la «orgullosa França», para conformarse finalmente con la «veïna França»; Francia es una vecina, ya no enemiga ni celosa ni orgullosa. Manuel de Falla (1866-1946), que no era catalán, pone música al poema al final de su vida. Lo hace con grandiosidad.

Naturalmente, Verdaguer no fue el único en relacionar positiva o negativamente la Atlántida con España. Victor Bérard, en 1929, invocaba la existencia de las corridas para localizar la Atlántida, con el sacrificio del toro, en el sur de España, y Adolf Schulten unía la Atlántida y Tartessos en la desemboca-

dura del Guadalquivir[9]. De lo cual se deduce que la pasión de la localización, que puede ser perfectamente desinteresada, nunca desapareció.

Julio Verne, cuando situaba France-Ville y Stahlstadt en América, se hacía eco de los intentos de fundación, característicos de la época de la monarquía de Julio, de ciudades ideales para las que América era el lugar conveniente, como la *Icaria* de Cabet. Sin embargo, en África, desde 1830, incluso en vísperas de la revolución de Julio, se instalaba un imperio colonial totalmente real, que bajo la III República acabó por abarcar casi un tercio del continente africano, con el inmenso desierto del Sahara en su centro.

Debo a Chantal Foucrier saber que en 1868 un profesor de la Facultad de Ciencias de Nancy, D. A. Godron, publicó un curso titulado *L'Atlantide et le Sahara*[10]. Tras leer, *L'Atlantide* de Pierre Benoit, creí durante un tiempo que el geógrafo Étienne-Félix Berlioux, del que se habla mucho a propósito del Hoggar sahariano, era un personaje imaginario. Ahora bien, el profesor E.-F. Berlioux se interesa, en el marco de su docencia en la Facultad de Letras de Lyon, por el Atlas marroquí y el Sahara argelino[11]. A comienzos del siglo XX, aunque Alemania no había conseguido una penetración colonial comparable a la de Francia, el etnólogo Leo Frobenius busca y encuentra la Atlántida más al sur, en el Níger[12].

Cuando Francia crea en mayo de 1881 su protectorado en Túnez por el tratado de Bardo, Jules Ferry no está buscando la Atlántida, pero el Ministerio de Instrucción Pública no deja de publicar por ello, siguiendo el modelo de lo que habían hecho en Egipto los sabios que acompañaron a Bonaparte, una *Explo-*

---

[9] V. BÉRARD, *Les Navigations d'Ulysse*, III, *Calypso et la mer de l'Atlantide*, París, 1929; Adolf Schulten, «Atlantis», *Rheinischer Museum für Philologie* 88 (1939), pp. 326-346.

[10] Dominique Alexandre GODRON, *L'Atlantide et le Sahara*, fragmento de un curso en la Facultad de Ciencias de Nancy en 1867; cfr. Ch. Foucrier, *Le Mythe littéraire de l'Atlantide (1800-1939)*, cit., p. 209.

[11] Véase E.-F. BERLIOUX, «Les Atlantes. Histoire de l'Atlantis et de l'Atlas primitif, ou Introduction à l'histoire de l'Europe», *Annuaire de la Faculté des Lettres de Lyon* I (1884), pp. 1-70.

[12] *Auf dem Weg nach Atlantis*, Berlín, 1910. Sobre los intentos de Leo Frobenius, véase J. Imbelloni y A. Vivante, *Le Livre des Atlantides*, cit., pp. 311-313.

ration scientifique de la Tunisie, en la que mi amigo Hervé Duchêne ha descubierto una «Note sur l'Atlantide»[13]. El autor, Charles Tissot, diplomático para el que el joven Salomon Reinach hacía de «negro», cita allí una gran cantidad de literatura, esencialmente francesa, y piensa que ese continente existió realmente, lo que era incluso en 1913 la opinión de un geólogo célebre, Pierre Termier[14]; concluye así su breve investigación: «En el momento en que se admite con los geólogos que debió existir en otro tiempo, al oeste de España, un vasto continente cuyos últimos vestigios pueden ser las Canarias y las Azores, no hay ninguna razón para poner en duda las migraciones de las que esta gran tierra habría sido el punto de partida. El desplazamiento de sus poblaciones hacia Oriente sería, por tanto, la primera invasión extranjera del norte del África cuyo recuerdo se conserva». ¡La verdad es que no fue la última!

Una vez dicho esto, ¿hubo alrededor de la Atlántida, o de la pareja Atenas-Atlántida, una competición franco-alemana comparable a la de la pareja Atenas-Esparta tal como funciona desde el siglo XVIII en Francia, en el mundo germánico y en la mitología de las relaciones franco-alemanas? La respuesta sólo puede ser negativa. En Francia, en el siglo XX, la Atlántida es una figura esencialmente novelesca, con *L'Atlantide* (1919) de Pierre Benoit (1886-1962)[15] y las de autores románticos menos afortunados, a las que se añadieron las de autores de cómic como la de Edgard P. Jacobs[16]. Las teorías de conjunto son raras. La ya citada de Pierre Termier es una excepción. En el terreno científico, la aportación francesa de la primera mitad del siglo XX es un librito de Paul Couissin (autor de trabajos pioneros sobre los escépticos

---

[13] Ministère de l'Instruction publique, *Exploration scientifique de la Tunisie. Géographie comparée de la province romaine d'Afrique* par Charles Tissot, ancien ambassadeur, membre de l'Institut, I, *Géographie physique. Géographie historique. Chorographie,* París, Imprimerie nationale, 1884, pp. 665-671.

[14] P. TERMIER, «L'Atlantide» (1913), *À la gloire de la Terre. Souvenirs d'un géologue,* París, 1922, pp. 131-132.

[15] Que fue objeto de numerosas adaptaciones cinematográficas, especialmente la de Jacques Feyder (1921) y la de G. W. Pabst (1932), que he podido ver gracias a Michel Desgranges.

[16] *L'Enigme de l'Atlantide,* París, 2000, en la serie Blake y Mortimer [ed. cast.: *Blake y Mortimer, 4: el enigma de la Atlántida,* Barcelona, Norma Editorial, 2001].

griegos), *L'Atlantide de Platon et les Origines de la civilisation*[17], quien se esfuerza con serenidad por destruir la leyenda. No hubo, que yo sepa, ninguna tentativa de identificación con Francia.

L'Atlantide novelesca de Pierre Benoit, situada en el Hoggar, es un antimundo, aunque sólo fuese porque se presenta como una ginecocracia. El Hoggar, en general, está gobernado por mujeres, y el dominio de Antinea es el de una mantis religiosa que conduce a sus sucesivos amantes, entre ellos varios oficiales franceses, a la muerte antes de embalsamarlos y colocar sus cuerpos en los nichos de la «sala de mármol rojo». Es interesante señalar que la única revista científica sobre el Sahara, y mencionada en la novela, es una revista alemana de geología[18], la *Zeitschrift für Erdkunde in Berlin*. Para subrayar el carácter profundamente pagano de la Atlántida del Hoggar, con su aspecto egipcio de pacotilla y su «Hiram-Rey», que es un guepardo que lleva el nombre de un fenicio conocido a través de la Biblia, el novelista se divierte, y está en su derecho, haciendo que uno de sus héroes, el capitán Morhange, que será muerto por el otro, el teniente Saint-Avit, sea colaborador del *Atlas du Christianisme,* publicado bajo la dirección de un benedictino erudito, dom Granger, cuyo patronímico es el de un monje del siglo XIX, dom Guéranger, apenas disimulado.

L'Atlantide de Pierre Benoit no es Francia, y su soberana parece la hija de una *cocotte* parisina y de un conde polaco más que una descendiente de Poseidón-Neptuno. Es verdad que el novelista no despeja la ambigüedad, puesto que coloca en el palacio de Antinea un ejemplar completo del *Critias* de Platón, pero eso es uno de los derechos del novelista. Hubo en Francia otras novelas «atlánticas» además de la de Pierre Benoit, pero a este respecto se ha hablado de «fracaso novelesco»[19], y me parece inútil insistir más.

---

[17] Aix-en-Provence, 1928; este pequeño libro es la continuación de un artículo, «Le Mythe de l'Atlantide», *Mercure de France,* 15 de febrero de 1927, pp. 29-71.

[18] Cito la edición de la novela publicada por Le Livre de Poche (1994), con una introducción de Chantal Foucrier [hay traducciones al castellano desde 1952].

[19] Cfr. O. BOURA, «Une Faillite romanesque: l'Atlantide et le roman français dans la seconde moitié du XX^{e} siècle», en el coloquio *Atlantides imaginaires,* cit. A la inversa, el ensayo de D. SAURAT, *L'Atlantide et le règne des géants,* París, 1954, está inspirado en las interpretaciones germánicas.

El caso alemán es totalmente diferente. No es que no haya habido en Alemania novelas sobre la Atlántida, pero precisamente la más célebre, *Die Letzte Koenigin von Atlantis (La última reina de la Atlántida),* está inspirada en la ideología nacionalsocialista, mientras que Gerhart Hauptmann publicó en 1912 una novela muy crítica con la sociedad alemana, *Atlantis*[20].

El tema atlántico se desarrolla principalmente tras el desastre de 1918, bajo formas que frecuentemente pretenden ser científicas, pero que apenas esconden su contenido, que es esencialmente ideológico. Lo que es sorprendente no es que la ideología prenazi o nazi se haya apoderado del tema, hasta el punto de dar la razón retrospectivamente al Julio Verne de *Los 500 millones de la Begum,* sino que el hundimiento de 1945 no puso fin a este tipo de delirio. Citaré cuatro nombres.

El primero es el de Karl Georg Zschaetzsch, que publica en Berlín en 1922 un libro sobre *La Atlántida, patria primitiva de los arios*[21]. Si miramos el mapa que ilustra el libro (cfr. p. 144), su Atlántida es de tamaño relativamente modesto, apenas la superficie de España, y está situada frente a las costas de España y Marruecos. Mezclando alegremente a Platón, Jordanes y la *Edda,* al estilo de Rudbeck pero sin citarlo, explica con toda tranquilidad que, cuando el historiador del los godos (Jordanes) habla de la península escandinava como *vagina gentium,* se trata de la Atlántida, que es el verdadero país de origen de los godos. Los francos son también de origen atlante, y lo mismo los sajones que poblaron Gran Bretaña. Zschaetzsch lleva su altura de miras hasta encontrar huellas de la Atlántida en las tradiciones de los incas de Perú. Heracles, Indra, Thor, Inti-Kapak, son héroes de origen atlante. Citaré solamente la que me parece la frase clave de este pequeño libro: «Ohne arische Grundsätze kann eben kein Staat gestehen»[22], es decir: «Sin la presencia de un tronco ario, ningún Estado puede subsistir».

---

[20] Leipzig, 1931, volumen II de una tetralogía. En sentido inverso, la novela de Gerhart Hauptmann, *Atlantis*, Berlín, 1921. Es estudiada en este aspecto por Ch. Foucrier en su tesis.

[21] *Atlantis, die Urheimat der Arier mit einer Karte,* Berlín, Arier-Verlag, 1922, reimpreso en 1935.

[22] *Op. cit.*, p. 94.

El segundo libro que debo mencionar es el de Albert Herrmann, *Unsere Ahnen und Atlantis*[23] *(Nuestros antepasados y la Atlántida).* El subtítulo puede traducirse así: «El imperio marítimo de los hombres del Norte, de Escandinavia al norte de África». El autor conocía a Zschaetzsch, para el que tiene una frase irónica en la página 17: se declara incapaz de acompañarlo en su «peligroso salto del océano Atlántico»; prefiere mantenerse en la realidad (cfr. p. 129). ¿Quién es Albert Herrmann? Es un profesor de la Universidad de Berlín, nada menos. Es un nazi declarado, que será una especie de Führer de la prensa alemana. Hizo un trabajo de campo que lo llevó hasta Túnez. Uno de los colegas al que da las gracias al comienzo de su libro es el profesor Poinssot, director de Antigüedades en lo que era entonces el protectorado francés de ese país. Desde su prólogo (p. 5), explica que sus compatriotas tienen ante ellos un nuevo ideal que no viene del extranjero, sino de la sangre y la tierra *(Blut und Boden)* de Alemania. Es la introducción del cristianismo lo que hace creer que los pueblos germánicos eran bárbaros. Su investigación demuestra que esos países conocieron una edad de oro en el segundo milenio antes de la era cristiana, antes incluso del florecimiento de la civilización micénica.

¿Cuál es el documento básico en el que se apoya? Es desgraciadamente la *Chronique d'Ura-Linda.* Se trata de un manuscrito «maravilloso» descubierto en 1867 por el bibliotecario y archivero de Helder, en la provincia holandesa de Frisia, un tesoro transmitido de padres a hijos. Desafortunadamente, esta crónica milagrosa ha sido casi universalmente reconocida como una falsificación, y Albert Herrmann lo sabe perfectamente, lo que no le impide intentar salvar, con la ayuda de un nacionalsocialista holandés, Hermann Wirth, lo que pueda ser salvado. Empresa difícil, puesto que textos recientes se han colado en esta antigua crónica, por ejemplo *Les Ruines* de Volney (1791)[24].

Herrmann reconstruye, por tanto, un imperio germánico cuyas huellas materiales son los «megalitos» (Carnac, Stonehenge, etc.), en lo que va a tener muchos sucesores[25]. Pero sobre todo

---

[23] Berlín, 1934.

[24] *Unsere Ahnen und Atlantis,* cit., p. 25.

[25] Por ejemplo J. DERUELLE, *L'Atlantide des mégaliths,* París, 1999, libro que no es ni más ni menos delirante que otros. Se puede citar también A. C. AMBESI,

toma de la *Chronique d'Ura-Linda* los nombres de tres «madres» primitivas: Frya, Lyda y Finda. Frya (escrito también Freya) pertenece a la leyenda germánica. Lyda es negra y Finda morena. Fue en el año 1680 a.C. cuando desapareció el gran imperio atlanto-germánico. Pero los pueblos del Norte no desaparecieron. Los encontramos incluso en la *Ilíada* y la *Odisea*[26]. El hecho de que Poseidón haya construido Troya es la prueba de que se trata de una ciudad atlante. En cuanto a la *Odisea,* está claro que el país de los feacios se sitúa en Túnez. ¿Cómo conciliar estas deducciones con la Atlántida germánica? Evidentemente es difícil, pero hay un templo de Poseidón en Feacia, lo que es suficiente para tranquilizar al profesor Herrmann. Frya reina sobre el conjunto de pueblos del mar. Los mayores poetas y los más grandes filósofos de Grecia, sin saberlo, alabaron a los pueblos germánicos.

He insistido en Zschaetzsch y Herrmann porque son relativamente poco conocidos. Antes incluso de la toma del poder por Hitler, el que fue su ideólogo por excelencia, A. Rosenberg, había publicado su célebre libro *Der Mythos des 20. Jahrhunderts*. El personaje, descendiente de colonos alemanes del Báltico, explicaba seriamente que los atlantes, esos antepasados de los germanos, se habían extendido por todas partes, incluyendo Galilea, lo que permitía hacer de Jesús un atlante y, por tanto, un no judío[27].

En el seno del instituto encargado de generar la ideología SS, el célebre Ahnenerbe Institut (Instituto de la herencia ancestral), la Atlántida era una cuestión frecuentemente evocada y que interesaba al Reichsführer SS Heinrich Himmler en persona[28]. Él extendió esa ideología atlanto-nacionalista, tomada de Rudbeck,

---

Atlantide, il Continente perduto, Milán, 1994, libro que pertenece a la tradición ocultista, o también P. DUNBAVIN, *The Atlantis Research,* Nottingham, 1992, también adepto de la cultura de los megalitos, pero que, quizás por patriotismo británico, piensa que la Atlántida se sitúa en el mar de Irlanda, donde espera la exploración submarina.

[26] Sobre Homero y Platón, cfr. *Unsere Ahnen und Atlantis,* cit., pp. 144-153. El capítulo se titula «Atlantis im Lichte Homers».

[27] Cito la 4.ª edición, Munich, 1932, pp. 43-48 [ed. cast.: *El mito del siglo XX,* Barcelona, Ediciones Wotan, 1993].

[28] Véase el libro fundamental de M. H. KALTER, *Das Ahnenerbe der S.S. 1933-1945. Ein Beitrag zur Kulturpolitik des Dritten Reiches*, Stuttgart, 1974; sobre la

en la Europa ocupada, incluida Francia[29]. Se trataba, por tanto, como en la época de la Ilustración, de cambiar de pueblo elegido. En el seno de este instituto es donde se propone por primera vez la identificación de la capital de la Atlántida con Heligolandia (*Heiligland,* el país sagrado)[30].

Hay libros que tienen la *apariencia* de libros eruditos, un tono mesurado, notas a pie de página, bibliografías totalmente al día, y que son, sin embargo, puras construcciones ideológicas, incluso mentiras, montajes que pueden impresionar, pero no convencer. El pastor alemán (nazi) Jurgen Spanuth, que ejerció su ministerio en Bordelum, en Schleswig-Holstein, escribió sobre la Atlántida varias obras de esta clase[31]. Su eje es la identificación de la isla de Heligolandia con la capital de la Atlántida. Estos libros deben mucho a Albert Herrrmann, cuyo relato desaparece de la bibliografía del tercer título, *Die Atlanter.* Poco a poco, los orígenes germánicos tienen, de libro en libro, una presencia cada vez más modesta, y la búsqueda del ámbar predomina sobre la cuna de la raza. Una vez dicho esto, en *Die Atlanter* Spanuth se esfuerza por refutar las identificaciones más habituales. La Atlántida no es Santorini, ni Creta, ni Tartessos, ni las Azores[32], ni Canarias. La ciudad real (Basileia), que se encontraba hasta la catástrofe del siglo XIII antes de nuestra era protegida por los acantilados de Heligolandia, fue identificada, aparentemente bajo el agua, hacia el 350 a.C. por Piteas de Marsella, y hacia ella navegó el Marcelo del que habla Proclo[33]. La herencia de Himmler ha desaparecido.

Atlántida y Himmler, véanse las pp. 51-71, 372, 378. A. Herrmann era corresponiente de este instituto.

[29] Véase P. ORY, *Le Petit Nazi illustré. «Le Téméraire» (1943-1944),* París, 1979, pp. 53-57. Mi colega Axel Seeberg, de la Universidad de Oslo, me indica que un tebeo análogo fue difundido en la Noruega ocupada. Se trataba, por tanto, de una orden de Berlín.

[30] Véase M. H. Kalter, *op. cit.,* p. 378, n. 109.

[31] *Das enträselte Atlantis,* Stuttgart, 1953 (trad. fr., París, 1954) [ed. cast.: *La Atlántida,* Barcelona, Ayma, 1974]; *Atlantis, Heimat, Reich und Schicksal der Germanen,* Tubinga, 1965 (el editor, Grabert, es abiertamente nazi); *Die Atlanter. Volk aus dem Bernsteinland,* Tubinga, Grabert, 1976.

[32] Esto pretende manifiestamente Otto Muck (1892-1956), autor de *Alles über Atlantis,* Dusseldorf y Viena, 1976 [trad. fr.: *L'Atlantide. Légendes et Réalité,* París, 1982].

[33] *Die Atlanter,* cit., pp. 416-424.

Cuando este libro ya estaba muy avanzado, supe[34] de otro lanzado a bombo y platillo y cuyo título se puede traducir así: *Las Columnas de Hércules. Una investigación,* con este subtítulo: «¿Cómo, cuándo y por qué la frontera de Heracles-Melkart, dios de Occidente, se desplazó para siempre a Gibraltar?»[35]. Su autor, Sergio Frau, es un periodista, pero hay historiadores que son malos periodistas y periodistas que son buenos historiadores. ¿Es éste el caso de Sergio Frau?

La tesis, apoyada por ejemplo por Luciano Canfora (cfr. p. 137), gran erudito y gran amante de las paradojas, es que las Columnas de Heracles, que desde Eratóstenes (siglo III a.C.) se localizan en el estrecho de Gibraltar, estaban situadas antes de este geógrafo en el estrecho de Sicilia[36]. En cuanto a la Atlántida, no es otra que Cerdeña[37]. Lo que hace que esta tesis resulte difícil es que, como he demostrado, es el Atlas hoy marroquí el que describe Heródoto, y que no existe un único texto antiguo que apunte en el sentido de esta localización. A lo que hay que añadir que la Atlántida de Platón no es la isla del «Paraíso», como dice una y otra vez Sergio Frau, sino un territorio de Poseidón consagrado al mal. Me parece muy difícil, en estas condiciones, adoptar esta nueva hipótesis, aunque pueda agradar al patriotismo sardo.

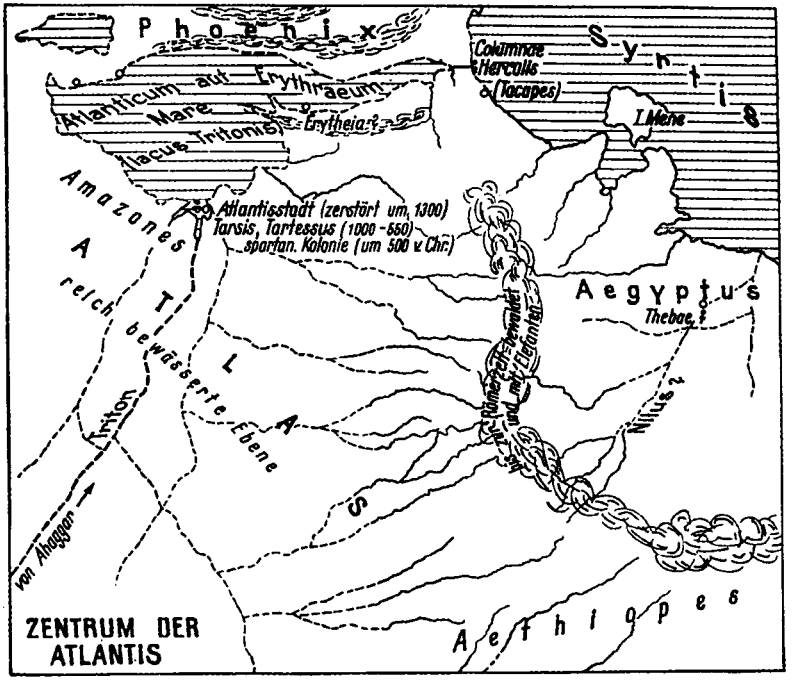
---

[34] Gracias a Hélène Monsacré y Riccardo Di Donato, a los que doy las gracias calurosamente.

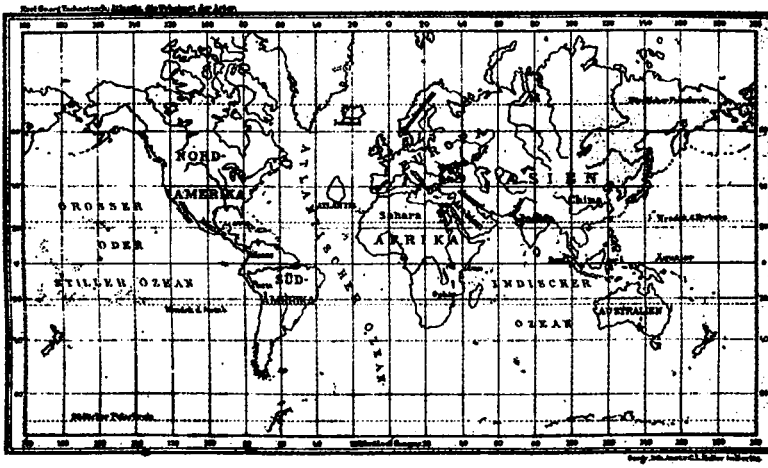
[35] S. FRAU, *Le Colonne d'Ercole. Un'inchiesta. Come, quando e perche la Frontiera di Herakles/Milqart, dio dell'Occidente, slittò per sempre a Gibilterra,* Roma, 2002.

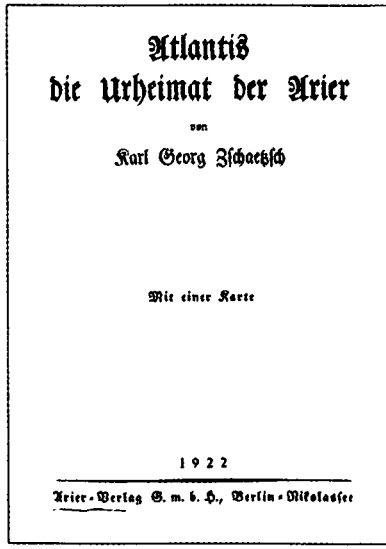
[36] Es decir, entre Túnez y Sicilia. No se debe confundir con el estrecho de Messina.

[37] *Op. cit.,* pp. 416-476. El título de esta sección es «Atlántida igual a Esqueria». Sobre esta identificación parcial de la Atlántida con el país de los feacios, ya he dicho que estoy de acuerdo.



Mapa de localización de la Atlántida según Albert Herrmann, *Katastrophen, Naturgewalten und Menschenschicksale,* Berlín, G. Schönfeld, 1936. © AKG-images.




Atlantis
die Urheimat der Arier

von

Karl Georg Zschaetzsch

Mit einer Karte

1922

Arier-Verlag G. m. b. H., Berlin-Mikolassee

Mapa y portada de la obra de Karl Georg Zchaetzsch, *Atlantis, die Urheimat der Arier,* Berlín, Arier-Verlag, 1922.

Anuncio de la obra de Sergio Frau, *Le Colonne d'Ercole. Un'inchiesta,* Roma, NurNeon, 2002.

VII

INTERLUDIO: NOTAS SIN MÚSICA

He dado un título musical a este breve capítulo, que es una especie de anexo de la sección alemana, o mejor hitleriana, del precedente, puesto que está consagrado a dos obras, inspiradas ambas en el mito creado por Platón. La primera es una ópera, compuesta en el gueto pantalla de Theresienstadt (Terezin), en la actual República Checa, por Viktor Ullmann, con libreto de Peter Kien. La ópera fue terminada en enero de 1944. Se llama *Die Kaiser von Atlantis (El emperador de la Atlántida)*[1]. Y el libretista y el músico desaparecieron en Auschwitz en octubre de 1944.

Como carezco de competencia sobre el asunto, no voy a hablar aquí de la música, excepto para indicar que Viktor Ullmann (1898-1944), nacido en Teschen (Těšin), ciudad entonces austro-húngara y luego objeto de litigio entre Polonia y la Checoslovaquia hoy dividida, fue alumno de Arnold Schönberg en Viena, y que las melodías de su ópera me recuerdan las de la *Ópera de cuatro cuartos* de Brecht y Kurt Weill. El libretista, nacido en 1919, pertenecía a la misma comunidad.

El libreto en cuatro cuadros pone en escena a un emperador, Overall (= Über alles), que es presentado en estos térmi-

[1] En «Entartete Musik» (Música degenerada), 440 854-2, 1994; poseo este disco gracias a Ingrid Galster. Conocí la existencia de esta ópera en el hermoso libro de T. PICARD, «L'Atlantide et Auschwitz face à face: l'opéra *Der Kaiser von Atlantis* de V. Ullmann», en la recopilación *Atlantides imaginaires;* gracias a la misma amiga pude conocer también el libro de Verena NAEGELE, *Viktor Ullmann. Komponieren in verlorener Zeit,* Colonia, 2002.

nos por el tambor: «¡Atención! ¡Atención! ¡En nombre de Su Majestad el emperador Overall! Por la gracia de Dios, nos Overall Único gloria de la patria, bendición de la humanidad, emperador de las dos Indias, emperador de la Atlántida, duque reinante de Ofir y verdadero repostero mayor de Astarté, barón de Hungría, cardenal príncipe de Rávena, rey de Jerusalén». Hay en los títulos del soberano una alusión evidente a los del emperador que reinaba en Viena y Budapest, pero el comportamiento del personaje debe mucho a Adolf Hitler y, sin duda a también a Ubú Rey.

El argumento puede ser resumido así: el emperador ha decretado la guerra de todos contra todos, pero de golpe la muerte, que aparece bajo la forma de un viejo soldado del ejército austro-húngaro, se pone en huelga. Evoca los buenos tiempos de Atila y Gengis Khan, pero sus «piernas son muy débiles para seguir a las cohortes motorizadas». Nadie puede morir y, a causa de ello, nadie puede vivir. El soldado y la muchacha no se pueden amar. Para que la vida sea posible, es necesario que la muerte resucite, si se me permite la expresión. Y para que así sea, es necesario que el emperador acepte morir, lo que acaba por hacer. La música está llena de remedos musicales y la proclamación del emperador se hace con un aire de *Deutschland über alles*. En cuanto el dictador muere, la muerte adopta los rasgos del dios griego Hermes.

Es verdad que las alusiones a la Atlántida son escasas, a excepción del título y de la evocación de carácter totalitario del imperio. Platón no es citado. Eso no impide que sea una especie de respuesta a los que, alrededor de Himmler y de algunos otros, identificaban el Reich alemán con la Atlántida. No es posible saber cuáles fueron las fuentes exactas que inspiraron al libretista. La Atlántida aparece como símbolo de un imperio totalitario. La interpretación de la ópera fue prohibida en Theresienstadt, donde, sin embargo, existía una vida musical. Fue representada por primera vez en Ámsterdam en 1975[2].

La segunda obra es una novela semiautobiográfica de Georges Perec (1936-1982), publicada en 1975 por Denoël, *W ou le souvenir d'enfance,* y soy el primero en ver en ella una nueva adap-

[2] Y representada en París en noviembre de 2004.

tación del mito de la Atlántida[3]. Voy a retomar aquí lo esencial de lo que escribí en una revista franco-portuguesa, cuyo tema general es el secreto, llamada *Sigila* (el sello)[4].

W es, por lo que yo sé, el único relato de Georges Perec donde habla de su identidad judía. Como escribe Marcel Bénabou, «si bien no lleva, como otros de su generación, su identidad judía como bandera, sabe expresarla si llega el caso»[5]. Nacido en 1936, hijo de judíos polacos instalados en Francia, Perec casi no conoció a su padre, enrolado como voluntario en la Legión Extranjera y muerto en junio de 1940, y apenas a su madre, deportada y luego asesinada durante las grandes redadas en el París ocupado de 1942-1943.

Dos relatos se cruzan, como dos *leitmotive* en una ópera de Wagner, y no se unen hasta el final del libro. Uno de esos textos es una autobiografía, el relato de una infancia perseguida durante la guerra y el refugio, hasta la víspera de la Liberación y el regreso a París del huérfano que ya es Georges Perec, que no lo sabe aún, por supuesto. Este relato está impreso en letra redonda. La otra narración, impresa en cursivas, nos lleva a un universo totalmente diferente. El narrador ya no es Perec, sino un tal Gaspard Winckler, cuya fecha de nacimiento, en este siglo, y el lugar no nos son proporcionados, pero el relato evoca una iniciación a un mundo misterioso, el de W, un islote de Tierra de Fuego, en el extremo Occidente *(West)* por lo tanto. Como señala Robert Kahn, «el narrador de ficción, Gaspard Winckler, escribe o dice: "Durante mucho tiempo he buscado las huellas de mi historia [...]. Me gustaría [...] adoptar el tono frío y sereno del etnólogo: he visitado el mundo sepultado y he aquí lo que he visto"». Él mismo escribe: «Nunca pudimos encontrar la pista de mi madre ni de mi hermana. Es posible que, deportadas a Auschwitz, fueran redirigidas hacia otro campo; es posible también que todo su convoy fuese gaseado al llegar»[6].

---

[3] «Auschwitz et l'Atlantide. Note sur un récit de Georges Perec». Lo que esbocé entonces fue admirablemente desarrollado por R. KAHN, «La trace du mythe, le mythe de la trace; W ou le souvenir d'enfance et l'Atlantide», en el coloquio de Cerisy, *Atlantides imaginaires,* cit.

[4] *Sigila* 2 (octubre 1988), pp. 17-28.

[5] «Perec et la judeité», *Cahiers Georges Perec,* I, París, 1985, pp. 15-30.

[6] *W,* respectivamente pp. 57 y 10 [ed. cast.: *W o el recuerdo de la infancia,* Barcelona, Edicions 62, 1987].

El «mundo sepultado» ya puede remitirnos a la Atlántida, pero la prueba definitiva está en las competiciones deportivas establecidas en W. W es una isla que parece paradisíaca de entrada: «Ondulaciones coronadas de bosquecillos de robles y plátanos, caminos polvorientos bordeados de montones de piedras secas o de altos setos de moras, de grandes campos de arándanos, de nabos, de maíz, de batatas»[7]. Los dos ríos de aguas calientes de la isla W tienen nombres griegos: el Calde y el Omegueo. Olimpia está regada por dos ríos, el Alfeo y el Cladeo. El Omegueo remite a la vez a la última letra del alfabeto griego, *oméga,* y a la primera, *alfa.*

Nos queda una cosa notable: W no es Auschwitz, pero acaba convirtiéndose en él. ¿Quién fundó W? «Un tal Wilson», cuyo nombre empieza naturalmente por W. Pero ¿quién es Wilson? Perec se da el lujo de proponer cuatro hipótesis. Wilson era «un farero cuya negligencia fue responsable de una catástrofe espantosa», o incluso «el jefe de un grupo de *convictos* que se habrían amotinado durante su traslado a Australia». Algo así como los amotinados de la *Bounty,* o mejor un Nemo (el héroe de Julio Verne), desencantado del mundo y que soñaba con construir una ciudad ideal. Última hipótesis: Wilson habría sido «un campeón» (otros dicen «un entrenador») [...], «entusiasmado por la empresa olímpica», pero descorazonado por las dificultades encontradas a fines del siglo XIX por Pierre de Coubertin, y que habría decidido fundar, «a salvo de querellas patrioteras y manipulaciones ideológicas, una nueva Olimpia»[8]. A estas cuatro hipótesis, a la traducción que da el propio Perec: «Quiero ser un hijo», yo me permitiría añadir una sexta, que quizás Perec se guardaba para sí: Wilson era el nombre de ese presidente americano que hizo que la balanza de la Primera Guerra Mundial se inclinase del lado de los aliados y soñó una espléndida utopía: la Sociedad de Naciones, de la que no queda hoy nada más que el palacio de Ginebra, devuelto a la ONU, y, para rematar, no pudo hacer que se adhiriese su propio país.

Por pequeños detalles sucesivos, W se convierte de lugar de ensueño en un lugar de pesadilla y crueldad. El segundo narra-

---

[7] *Ibidem,* p. 20.
[8] *Ibidem,* pp. 90-91.

dor, Gaspard Winckler, se entera de que la madre del hombre del que ha tomado el nombre, la cantante Caecilia Winckler, tuvo una muerte especialmente atroz, encerrada en el camarote de un barco que naufragó: «Cuando los salvavidas chilenos la descubrieron, su corazón acababa de dejar de latir y sus uñas habían hendido profundamente la puerta de roble»[9]. Es Perec, hablando en su nombre, quien da la clave de este episodio: «Recuerdo las fotos que mostraban los hornos lacerados por las uñas de los gaseados»[10].

En la descripción propiamente dicha de W, la nueva Olimpia se convierte en Auschwitz en pequeñas etapas. Las pruebas olímpicas se ponen en práctica, pero se añade su burla: los 200 metros que se corren a la pata coja y otras «pruebas para reírse». Los vencidos son privados de alimento[11], pero también se nos dice que los que son considerados vagos pueden ser muertos, «lapidados y arrojados a los perros». Y Perec añade algunos detalles sintomáticos: «Batallas campales estallan por la noche en los dormitorios comunes. Los atletas son ahogados en los lavabos o en los váteres»[12]. Y para finalizar, el narrador evoca un mundo estrictamente jerarquizado, donde es necesario saber «agacharse, levantarse. Levantarse, agacharse. Muy rápido, cada vez más rápido. Correr en círculos, echarse al suelo, arrastrarse, volverse a levantar, correr. Quedarse de pie, en estado de revista, horas, días, días y noches»[13]. Evocación bastante evidente de las innumerables «llamadas» que caracterizan el mundo de los campos de concentración. En cuanto a las marcas de los atletas de la nueva Olimpia: «los 100 metros se corren en 23" 4, los 200 metros en 51"»[14]. El mundo de W se identifica, por tanto, con los campos, y los campos, desde esta perspectiva, se presentan como una burla de los Juegos Olímpicos de Berlín (1936) y de esos «dioses del estadio» que filmó Leni Riefenstahl.

---

[9] *Ibidem*, pp. 80-81.

[10] *Ibidem*, p. 213. Georges Perec expresa la frecuente confusión entre las cámaras de gas y los hornos crematorios, en los que, por regla general, sólo se entraba muerto.

[11] *Ibidem*, pp. 116-121.

[12] *Ibidem*, p. 179.

[13] *Ibidem*, p. 205.

[14] *Ibidem*, p. 218.

Como sabemos por sus notas preparatorias, Perec se interesó por lo que podía aprender de la antigua Olimpia[15]. Fue, por otra parte, un admirador de David Rousset y de Robert Antelme, autor de *L'Espèce humaine* (1957). Se interesó por la dimensión «espacial» de la ideología nazi. ¿Y la Atlántida? Las competiciones periódicas en W son tres: las Olimpiadas, que tienen lugar todos los años (y no cada cuatro, como las auténticas), las Espartaquiadas, abiertas excepcionalmente a los atletas no seleccionados en sus aldeas y que tienen lugar cada tres meses (¿alusión a la URSS pretendidamente proletaria, o referencia a la presencia del «socialismo» en la ideología hitleriana? La segunda hipótesis me parece la más probable), y las Atlantiadas, que tienen lugar cada mes. Y aquí la alusión a la Atlántida, cuyo papel en la ideología hitleriana hemos visto, es evidente. Como la Atlántida de Platón, la isla W está situada en un lejano Occidente, tiene una vegetación exuberante, es una utopía negativa, regresiva, una *dystopia* como dicen los expertos. Se *convierte* en Auschwitz igual que la Atlántida se convierte en el mundo de lo Otro y la diferencia.

Pero no he acabado todavía con los juegos perecquianos sobre las palabras. En una nota manuscrita[16], Perec asocia a la «casa de jóvenes» prevista en W esta extraña palabra: «la Atalanta». No se trata de la conocida película de Jean Vigo. ¿Quién era Atalanta?

Se trata una vez más de una historia que procede de los griegos. Atalanta es una joven cazadora y especialista en la carrera a pie, una muchacha salvaje, criada en la montaña y alimentada por una osa. Rechaza el matrimonio y sólo el que se casará con ella la vencerá en la carrera: Melanión, el «cazador negro», porque fue lo bastante astuto para dejar caer sucesivamente tres manzanas de Afrodita que la muchacha no puede resistirse a recoger[17]. ¿Qué son las Atlantiadas, fiesta mensual de la isla W, fiesta abierta a los mejores atletas? Una carrera de violaciones. Las jóvenes consideradas fecundables son lanzadas a la pista del esta-

---

[15] Cfr. P. LEJEUNE, *La Mémoire et l'Oblique. Georges Perec autobiographique*, París, 1991.

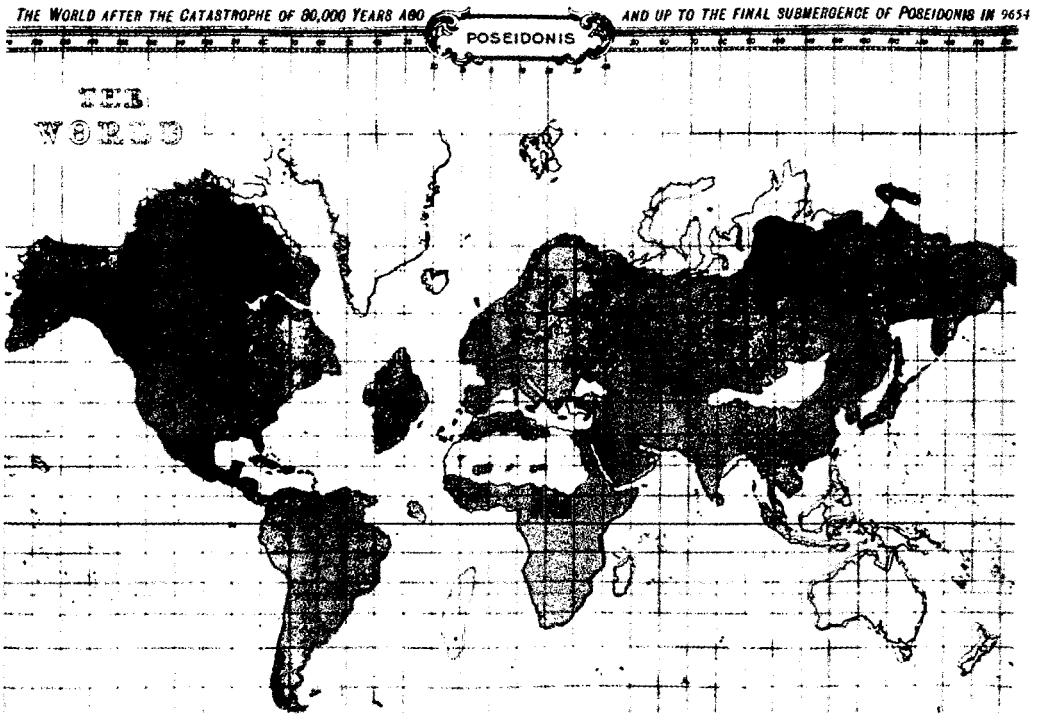
[16] Citada por Ph. Lejeune, *op. cit.*, p. 108.

[17] Cfr. *Le Chasseur noir*, cit., pp. 172-173.

dio, donde corren hasta el momento en que los atletas las alcanzan y las violan. Así son concebidos los niños en la isla W.

¿Y la manzana? No está ausente del relato de Perec. El personaje misterioso que inicia al segundo narrador en los misterior de la isla W se llama Apfelstahl, la «manzana de acero», o para ser más exacto, el «acero de manzana». Pasar de Atalanta a atlante sólo requiere quitar una letra*. Es un juego al que Perec nos ha acostumbrado. En *La Disparition,* se las arregla para que la letra *e* no se utilice nunca. ¿Acaso la Atlántida no es una historia de desaparición? No de una letra, lo concedo, sino de un continente.

* Obviamente en francés: *Atalante-atlante. [N. de la T.]*



El mundo en vísperas del hundimiento de la Atlántida. Mapa tomado de *The Story of Atlantis* de William Scott-Ellis, Londres, Theosophical Publishing Society, 1909.

VIII

EL AGUA, LA TIERRA Y LOS SUEÑOS

El título de este último capítulo es un homenaje a Gaston Bachelard. No tuve la suerte de ser alumno suyo, ni siquiera oyente, pero el empleado de correos convertido en profesor de filosofía en la Sorbona, el especialista de la ciencia que hablaba de «devolver a la razón su turbulencia y su agresividad», forma parte de los personajes casi míticos de mi generación, y muchas veces he visto su silueta barbuda que recordaba irresistiblemente a Marx.

Pero lo confieso, el Bachelard que me fascinaba no era tanto el del *Nuevo espíritu científico,* que subrayaba la ruptura de la ciencia contemporánea con Descartes, como el autor de reflexiones sobre la mitología de los «cuatro elementos», *Psicoanálisis del fuego, El agua y los sueños, El aire y los sueños, La tierra y los ensueños de la voluntad, La tierra y los ensueños del sosiego*[1]. La teoría de los cuatro elementos procede de la ciencia y la filosofía antiguas, y está presente en el *Timeo* de Platón.

---

[1] *Psychanalyse du feu,* París, Gallimard, 1938 [ed. cast.: *Psicoanálisis del fuego,* Buenos Aires, Schapire Editor, 1973]; *L'Eau et les Rêves. Essai sur l'imagination de la matière,* 1942 [ed. cast.: *El agua y los sueños: ensayo sobre la imaginación de la materia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1978]; *L'Air et les Songes. Essai sur l'imagination du mouvement,* 1943 [ed. cast.: *El aire y los sueños: ensayo sobre la imaginación del movimiento,* México, Fondo de Cultura Económica, 1958]; *La Terre et les Rêveries de la volonté, La Terre et les Rêveries du repos. Essai sur les images de l'intimité,* ambos de 1948 (estos últimos en París, José Corti) [ed. cast.: *La tierra y los ensueños de la voluntad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1995].

Puede ser también, al menos parcialmente, un instrumento cómodo para clasificar a algunas de las Atlántidas que nos quedan por repartir. La tierra es evidentemente común a todas, aunque en verdad haya diferencias entre la isla minúscula de Santorini y un continente como América. El fuego, presente en la primera versión del mito, la de Platón, no aparece en todas las demás. El aire está presente en las tempestades finales. Es, sin embargo, del agua, de la tierra y de los sueños de lo que voy a hablar, porque están en toda una serie de textos que han desempeñado un papel principal en esta historia del imaginario a la que me he esforzado por aportar mi contribución.

Hemos visto aparecer, no digo nacer, el encuentro de la Atlántida con las «ciencias ocultas» a fines del siglo XVIII, especialmente con William Blake y Fabre d'Olivet. Voy a estudiarlo ahora a fines del siglo XIX en William Scott-Elliot, portavoz de la teosofía[2]. No ignoro que el creador de la Atlántida teosófica no es Scott-Elliot, sino Madame Helena Blavatsky[3], cuyos escritos, *The Secret Doctrine,* se sucedieron durante su vida y hasta después de su muerte, entre 1888 y 1936 –ella muere en 1891–, y que localiza el continente perdido en una pretendida Lemuria entre África y el Sudeste asiático, con tanta fantasía que fue desautorizada por la Society for Physical Research de Londres, pero reconozco francamente que no tuve el valor de lanzarme a esas especulaciones, mientras que tengo la oportunidad, gracias a mi llorado amigo Simon Pembroke, de tener ante mis ojos un ejemplar de la edición de 1900 de la *Story of Atlantis* de William Scott-Elliot, coronel de profesión.

Debo confesar que conozco mal la historia de las «ciencias ocultas», pero me parece que su reaparición a fines del siglo XIX, en plena época positivista, se explica psicológicamente como

---

[2] *The Story of Atlantis. A Geographical, Historical and Ethnological sketch,* Londres, 1896, 2.ª edición 1909 [ed. cast.: *Historia de los Atlantes*, Barcelona, Ediciones Obelisco, 1994]; este libro fue regularmente reimpreso desde entonces, por última vez, que yo sepa, en 1970. Ha sido traducido al francés. Sobre las interpretaciones «místicas» de este tipo, hay un capítulo excelente en el libro de R. ELLIS, *Imagining Atlantis,* Nueva York, 1998, pp. 64-76.

[3] Ignoro el porqué de ese «madame» sistemáticamente añadido al nombre de esta esposa de un general ruso. Sobre ella se encontrarán algunas notas en el libro ya citado de P. Jordan, *The Atlantis Syndrome,* 2001, y otras muy numerosas y útiles en la tesis y la obra de Chantal Foucrier.

una reacción *contra* el positivismo. A. P. Sinnett, que prologa el libro de Scott-Elliot, escribe por ejemplo (p. IX): «No hay realmente ningún límite para los recursos de la clarividencia astral cuando de trata de investigaciones sobre la historia pasada del planeta Tierra». Esta clarividencia nos permite, continúa, entrar en contacto con un pasado de la Tierra que precede a la aparición del hombre, o con «sucesos más recientes, relatos corrientes de episodios que han sido deformados por historiadores carentes de seriedad o perversos».

Una de las características de este libro es que está ilustrado con cuatro mapas que representan la tierra en rosa y verde. Entre los cuatro, que pretenden mostrar la evolución del 1000000 al 9654 antes de nuestra era, destaca uno, el último, que representa el mundo en la fecha egipcio-soloniana del hundimiento del continente desaparecido (cfr. p. 154).

Sería poco útil intentar resumir esta historia milenaria. Lo que más me ha interesado es la forma en que nuestro ocultista trata a Platón. Es citado desde la página 3 como el que ha dado a la Atlántida el nombre de Poseidonis, lo que es completamente falso. En la página 9 leemos que la lengua de los mayas es, según otro cuentista, Augustus Le Plongeon, griega en un tercio de su vocabulario. La capital de la Atlántida es descrita en parte siguiendo a Platón (pp. 61-63), pero no es Platón el que enseña a Scott-Elliot que los atlantes poseían máquinas voladoras que podían servir para la guerra. Platón es utilizado en lo que respecta a la igualdad de hombres y mujeres y el consumo de sangre animal. Lo que está reservado, en el filósofo griego, únicamente a los reyes atlantes (pp. 68-69). Con mucha más frecuencia que a Platón, Scott-Elliot remite al Imperio tolteca en el actual México, y termina su librito con un homenaje a la raza aria, guiada por los Maestros de la Sabiduría (pp. 86-87). Todavía hoy es citado y a veces utilizado[4].

No es citado pero es estructuralmente utilizado por ocultistas contemporáneos como Colin Wilson y Rand Flem-Ath, que

[4] Figura, por ejemplo, en la bibliografía de la obra, a veces seria, de J. Imbelloni y A. Vivante, *Le Livre des Atlantides,* cit., y como discípulo de la escuela de Madame Blavatsky, por Phyllis Young Forsyth, *Atlantis,* 1980, p. 7. Remito al capítulo I de este libro; véase también A. C. AMBESI, *Il Continente perduto,* Milán, 1994, donde se cita la traducción francesa.

hacen que los meridianos del planeta Tierra partan, místicamente, de la esfinge de Gizeh; es cierto que estos autores se interesan mucho también por el supuesto «tesoro de los Templarios», que ha alimentado a menos «investigadores» que la Atlántida, pero sin duda a muchos. Estos autores no han dudado en colocar en la cubierta de su libro una foto de Albert Einstein, que es cierto que a veces daba muestras de fantasía[5].

Entre los autores que han tratado de la Atlántida, ninguno tuvo el impacto y el prolongado éxito del libro de Ignatius Loyola Donnelly[6]. Nacido en Filadelfia en una familia de origen irlandés, fundador en Minnesota de una ciudad nueva de la que acabó siendo el único habitante, se adhiere, como antiesclavista, al partido republicano de Abraham Lincoln y fue uno de los diputados de Minnesota en el Congreso de Washington. Tras su derrota electoral en 1870, se consagra a la escritura. Para dar una idea de su extrema fantasía, mientras que aparecía en Francia como un burgués de tipo «luis-felipe», bastará con señalar que, tras el inmenso éxito de su libro sobre la Atlántida, publica otros para «demostrar» que Francis Bacon era el autor de los poemas de Shakespeare, de Marlowe e incluso de los *Ensayos* de Montaigne. Muere en 1901.

¿Cómo caracterizar el pensamiento –quizás la palabra sea un poco fuerte– o, si se prefiere, los temas que recorren el libro de Donnelly? Emplearía la palabra, que él no conocía, «sincretismo». Se trata de reunirlo todo, mezclarlo todo, en el mismo saco. El Génesis, el «Libro de los comienzos» de la Biblia, nos habla del Diluvio. Platón también habla de la Inundación que sumergió la Atlántida y limpió el Ática. Todo esto, a ojos de Donnelly, es un mismo y único fenómeno. Golpeó tanto América como el Próximo Oriente. Facilitó los traslados. ¿Qué son los dioses de los griegos? Nada más que los reyes de la Atlántida, y lo mismo sucede con los dioses de los fenicios. Los «semitas», igual que los «arios», son atlantes sin saberlo.

---

[5] C. WILSON y R. FLEM-ATH, *The Atlantis Blueprint. Unlocking the Ancient Mysteries of a Long-Lost Civilization,* Nueva York, 2000.

[6] *Atlantis: The Antidiluvian World;* tal es el título del libro que tengo ante mis ojos, publicado en 1958, McLean, Virginia. La ortografía correcta de las ediciones antiguas es *The Antediluvian World,* Nueva York, 1882. Sobre Donnelly, véase especialmente E. S. Ramage (ed.), *Atlantis, Fact or Fiction?,* cit. y P. Jordan, *The Atlantis Syndrome,* pp. 62-79, con un mapa, p. 67.

La segunda palabra, constantemente empleada por Donnelly, es «civilización». En efecto, hay un abismo infranqueable entre la civilización y la barbarie. Cómo explicar, por ejemplo, la repentina floración de Egipto, fenómeno que ha intrigado a la gente durante la mayor parte del siglo XIX. ¿Acaso Champollion no fue obligado, bajo presión de la Iglesia, a explicar que el Egipto más antiguo no era anterior al 2200 antes de nuestra era?[7]. Donnelly «resuelve» el problema explicando que Egipto es una colonia de la Atlántida, lo que va mucho más allá de lo que sugería Platón. Lo mismo sucede con Irlanda, la península Ibérica, el valle del Mississippi y, por último, con los «arios», destinados a ser los amos del mundo.

En cierto sentido, Donnelly retoma las preguntas de los pensadores del siglo XVIII, especialmente Bailly, al interrogarse sobre el origen de la civilización. Pero allí donde los hombres de la Ilustración reflexionaban partiendo de China, la India y Egipto, Donnelly, contemporáneo de las grandes conquistas coloniales, razona como si no hubiese más que una única civilización atlántica, que incluye tanto a los incas de Perú como a los bretones de las islas Británicas que desembarcaron en la Galia para crear nuestra Bretaña. Donnelly está persuadido de la realidad de la Atlántida hasta tal punto que piensa que la va a encontrar a algunos centenares de brazas bajo el océano, y concluye su libro sugiriendo que, igual que un siglo antes que él nadie había oído hablar de Pompeya y Herculano (lo que, por otro lado, es falso), podemos imaginar que los museos del porvenir serán ricos en «joyas, estatuas, armas y herramientas provenientes de la Atlántida», pero lo más sencillo va a ser reproducir, como hicieron muchos de mis predecesores, los trece puntos en los que Donnelly ha resumido su empresa[8].

> 1. Existió en el océano Atlántico, frente a la salida del Mediterráneo, una gran isla, los restos de un continente atlántico, conocida por el mundo antiguo con el nombre de Atlántida [que nadie antes que Platón haya conocido este continente no es algo que ponga en apuros a Donnelly][9].

---

[7] J. FAURE, *Champollion*, París, Fayard, 2004.

[8] En su capítulo I, titulado «The Purpose of the Book».

[9] En mi traducción, he considerado inútil incluir el *that* que abre cada punto.

2. La descripción de esta isla ofrecida por Platón no es, como se ha supuesto durante mucho tiempo, una fábula, sino una historia verdadera.
3. La Atlántida es la región del mundo donde por primera vez el hombre se eleva de la barbarie a la civilización.
4. La Atlántida se convirtió, en el transcurso de los siglos, en una nación poblada y poderosa cuyo pueblo invade las playas del golfo de México, las orillas del Mississippi, del Amazonas, la costa del Pacífico de América del Sur, las orillas del Mediterráneo, la costa oeste de Europa y África, el mar Báltico, el mar Negro y el mar Caspio, regiones que fueron pobladas por naciones civilizadas.
5. La Atlántida fue el verdadero mundo antediluviano: el jardín del Edén, los jardines de las Hespérides, los Campos Elíseos, los jardines de Alcinoo, el Ónfalos [el ombligo del mundo en Delfos], el Olimpo, el Asgard de las naciones antiguas [germánicas]. Representa una memoria universal de un gran país, donde la humanidad primitiva habita durante siglos en paz y felicidad.
6. Los dioses y diosas de los griegos de la Antigüedad, de los fenicios, de los hindúes y de los escandinavos fueron simplemente los reyes, reinas y héroes de la Atlántida, y las acciones que se les atribuyen [por ejemplo, los doce trabajos de Hércules] son un recuerdo confuso de acontecimientos históricos reales.
7. La mitología de Egipto y de Perú representa la religión original de la Atlántida, que se basa en el culto al Sol.
8. La colonia más antigua establecida por los atlantes estuvo probablemente en Egipto, cuya civilización fue una reproducción de la de la isla atlántica.
9. Las herramientas de la «Edad del Bronce» de Europa provenían de la Atlántida. Los atlantes fueron también los primeros que trabajaron el hierro.
10. El alfabeto fenicio, padre de todos los alfabetos europeos, deriva de un alfabeto atlante, que fue también transferido de la Atlántida a los mayas de América central.
11. La Atlántida fue la sede primitiva de la familia de las naciones, arias o indoeuropeas, así como de los pueblos semíticos, quizás también de las razas turanias [turcas].
12. La Atlántida pereció en una terrible convulsión de la naturaleza, durante la cual la isla en su totalidad se hundió en el océano, con casi todos sus habitantes.

13. Un pequeño número de personas consiguieron escapar en barcos y balsas, y llevaron a las naciones del Este y del Oeste las noticias de la aterradora catástrofe, cuya fama llega hasta nosotros bajo la forma de la Gran Ola y las leyendas del Diluvio de las distintas naciones del Antiguo y del Nuevo Mundo.

Tal fue la colosal ambición de Ignatius Loyola Donnelly. Quizás se entienda ahora por qué lo he unido con los sueños de William Scott-Elliot. En cierto sentido, estas dos interpretaciones son radicalmente opuestas. El coronel ocultista pertenece a la familia de los soñadores, mientras que el libro de Donnelly pretende ser una historia positivista de la Atlántida, más exactamente, algo que busca *parecerse* a una historia positivista. Ahora bien, ya Platón buscaba *parecerse* a Heródoto, aunque al mismo tiempo se opusiese a él de forma radical.

Donnelly tuvo sucesores e imitadores, que están lejos de alcanzarle. No citaré más que uno, un erudito de Minnesota como Donnelly, pero que descubrió la Atlántida en el «lago del Diablo», en Wisconsin, en un pueblo indio «que dominaba una importante región del Medio Oeste americano 150 años antes de que Cristóbal Colón se hiciese a la vela desde España»[10].

¿Hay que seguir? No creo. Esta historia de un mito que acabo de esbozar, después de tantos otros, desde que Platón la ha lanzado como se lanza un proyectil que no se sabe dónde y cuándo caerá, tiene que ver con lo que Platón, y después de él Aristóteles en la *Poética,* llamaba *mimésis,* imitación. Desde que trabajo como historiador, es esta práctica de la *mimésis* lo que me fascina, igual que el arte fascinaba a Baudelaire:

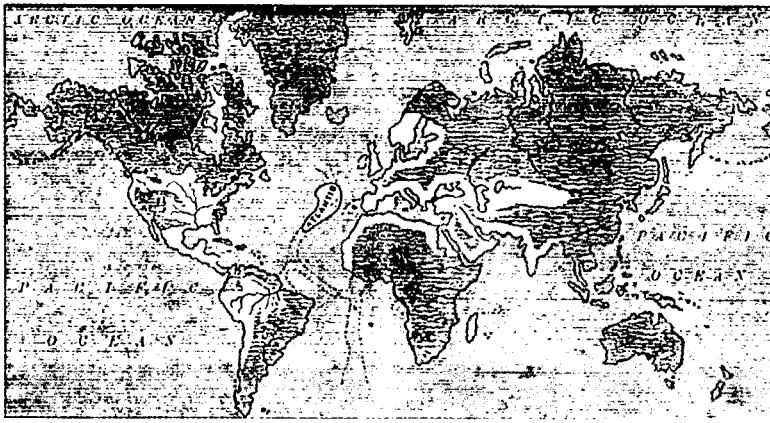
¡Puesto que es, Señor, verdaderamente el mejor testimonio
que podemos dar de nuestra dignidad
ese ardiente sollozo que rueda de época en época
y muere al borde de Vuestra eternidad!

---

[10] F. JOSEPH, *Atlantis in Wisconsin,* Lakeville, Minnesota, 1995. La nota de portada deja clara la filiación con Donnelly. Los atlantes de Frank Joseph vienen de las islas Canarias.

Hace muchos años, propuse como el mejor uso de la Atlántida una colección, realizada por R. Stahel, de los planos de la colonia geométrica que con gran precisión imaginara Platón[11] (cfr. p. 45). Hoy propondría un libro que medita poéticamente sobre el doble destino de Venecia y la Atlántida[12]. Este libro llegó a mis manos cuando escribía la presente obra.

Devolver el mito a la imagen y a la poesía, tras haber desentrañado su historia, es la gracia que deseo a todos lo que hayan leído este pequeño libro.



La Atlántida y su imperio. Mapa tomado de *Atlantis: The Antediluvian World* de Ignatius Loyola Donnelly, Nueva York, Harper, 1882.

[11] *La Démocratie grecque vue d'ailleurs,* cit., p. 159 y lám. III [ed. cast.: *La democracia griega, una nueva visión,* Madrid, Akal, 1992]; se trata del libro de R. STAHEL, *Atlantis illustrated,* Nueva York, 1982, libro que me regaló Alain Schnapp.

[12] N. SALOMON, *Venezia inabissata,* colección Mimesis, Milán, 2004.

APÉNDICE

DOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LAS PÁGINAS 10 Y 11 DEL *TIMES*, VIERNES, 19 DE FEBRERO DE 1909[1]

EL CONTINENTE PERDIDO
(DE UN CORRESPONSAL)

Las recientes excavaciones en Creta han hecho necesario reconsiderar el esquema completo de la historia mediterránea antes del periodo clásico.

Aunque muchas cuestiones están aún por resolver, se ha establecido más allá de toda duda que, durante el reinado de la XVIII dinastía en Egipto, cuando Tebas estaba en la cima de su gloria, Creta era el centro de un gran imperio cuyo comercio e influencia se extendía del norte del Adriático a Tell el-Amarna y de Sicilia a Siria. Todo el comercio marítimo entre Europa, Asia y África estaba en manos cretenses, y las leyendas de Teseo parecen mostrar que los minoicos dominaban las islas griegas y las costas del Ática.

Esta civilización era antigua, y tan firmemente establecida como maravillosa. El Dr. Evans considera que el inicio de los depósitos de sílex encontrados bajo el palacio de Cnossos data de al menos 10000 a.C., y desde ese momento el desarrollo del pueblo minoico puede ser documentado de forma continuada. Entre el neolítico y el saqueo final de Cnossos se pueden distinguir tres grandes periodos, que son aproximadamente contemporáneos con los tres grandes periodos de Egipto, es decir, el Imperio menfita o antiguo, el primer Imperio tebano o Imperio medio, y la XVIII dinastía o Imperio tebano. Durante estos

[1] El autor anónimo es el arqueólogo K. T. Frost, e ignoro quién le respondió en nombre del *Times*.

periodos existió una estrecha y constante comunicación entre Creta y Egipto. Se desarrolló un considerable comercio entre los dos países, que fue acompañado de un cierto intercambio de influencias e ideas.

Por otro lado, la civilización minoica era esencialmente mediterránea y se distingue con claridad de cualquiera que haya surgido en Egipto o el Oriente. En algunos aspectos es también sorprendentemente moderna. Los palacios de varios pisos, alguna cerámica e incluso los vestidos de las mujeres parecen pertenecer al mundo moderno más que al antiguo. Al mismo tiempo, el número de yacimientos minoicos y su extraordinaria riqueza excede con mucho lo que se podría esperar que Creta produjese, y se debe en parte al poder sobre el mar que las antiguas leyendas atribuían a Minos.

Así, cuando el poder minoico estaba en su apogeo, sus gobernantes podían parecer igualmente poderosos a las demás naciones, y su prestigio podía haberse visto incrementado por el misterio de las tierras sobre las que gobernaban (que para egipcios y sirios serían como el Lejano Oeste) y por su dominio sobre ese elemento que el mundo antiguo siempre vio con temor reverencial. Extrañas historias, además, de vastos palacios encantadores, de deportes y danzas y, sobre todo, de juegos de toros, debían llegar al Levante. El reino minoico, por lo tanto, era una vasta y antigua potencia unida por el mismo mar que lo separaba de otras naciones, de manera que parecía ser un continente separado con su propio espíritu.

Repentinamente, una rápida y terrible destrucción borró el poder cretense. Confiando en su larga supremacía en el mar, los minoicos habían dejado sin fortificar sus ciudades, y el descuido de sus defensas terrestres provocó su ruina. Hay pruebas concluyentes de que alguna conmoción rompió el poder marítimo de Cnossos cuando estaba aún lleno de vigor, creciendo y desarrollándose; de que una incursión saqueó la ciudad y asoló la isla, y de que después de esto toda la civilización minoica decayó y finalmente se desvaneció.

Surgió un nuevo orden de cosas; los fenicios ocuparon el lugar de los minoicos como comerciantes y navegantes, mientras que en la costa de Grecia y Asia Menor las talasocracias mencionadas por Eusebio dominaban por turno. Es cierto que la influencia mi-

noica persistió en el arte del Egeo, pero, excepto en el caso de las leyendas de Minos, la auténtica memoria de los minoicos pereció. Como fuerza política y comercial, por lo tanto, Cnossos y sus ciudades aliadas fueron barridas justo cuando parecían más fuertes y más seguras. Fue como si todo el reino se hubiese hundido en el mar, como si el cuento de la Atlántida fuese cierto.

El paralelo no es fortuito. Si el relato de la Atlántida se compara con la historia de Creta y su relación con Grecia y Egipto, parece casi seguro que tenemos aquí un eco de los minoicos.

La historia aparece por primera vez en Platón. Dice en el *Timeo* que Solón fue a Egipto, y un sacerdote en Sais (que era entonces la capital de Egipto) le contó que en una época pasada hubo una gran isla-Estado en el oeste que, en un intento por conquistar el universo, le hizo la guerra a Grecia y a Egipto, pero fue derrotada por los atenienses y fue inundada por el mar por sus pecados. De ahí en adelante, el lugar que ocupaba la isla estaba marcado solamente por bancos de lodo, que eran un peligro para la navegación. Solón habría sido contemporáneo del reinado de Necao II, justo cuando la influencia griega era más fuerte en el Delta, y cuando los dos grandes campamentos de Dafnae y Naucratis recibieron guarniciones de mercenarios griegos. La sabiduría de los egipcios fascinaba a los griegos, y la conversación entre Solón y los sacerdotes, una de las más dramáticas de toda la literatura, pudo haber tenido lugar realmente.

En muchos casos, la descripción de la Atlántida que se hace en el *Timeo* y el *Critias* tiene rasgos tan completamente minoicos que ni siquiera Platón podía haber inventado tantos hechos insospechados. Dice de la Atlántida: «La isla era el camino hacia otras islas, y desde esas islas se podía pasar al continente opuesto que rodeaba el océano». Es significativo también que el imperio no está descrito como un poder único homogéneo como la República de Platón y otros Estados de ficción; por el contrario, es una combinación de diferentes elementos dominados por una ciudad. «En esta isla había un imperio grande y maravilloso que tenía poder sobre toda la isla y algunas otras, así como sobre partes del continente». Esta frase describe el *status* político de Cnossos de la misma forma concisa que la frase anterior describe la posición geográfica de Creta. Una vez más, en el *Critias,* leemos que la isla era muy elevada y cortada a pico

en la orilla (como es en general la costa cretense), pero que la región inmediata y que rodeaba la ciudad era una meseta abrigada por el norte. Esto de nuevo coincide exactamente con el lugar de Cnossos, que está en una colina baja que se alza en una llanura, resguardada por el norte por una protectora cadena de colinas. Como ha observado el profesor Burrows, «fueron esas colinas las que hicieron que el primer ciudadano de la Edad de Piedra se asentase en Cnossos en el punto más cercano al río Caireto, a salvo de la vista de los piratas». Quizás no es demasiado fantasioso conectar el asentamiento neolítico con Evanor «nacido de la tierra», que fue encontrado por Poseidón en el lugar de la futura ciudad de la Atlántida.

Además, las fronteras del imperio de la Atlántida eran idénticas a las relativas que se adjudican a la influencia minoica. Se dice que la Atlántida gobernó el norte de África hasta Egipto, y Europa hasta el mar Tirreno. La conexión entre el Tirreno y la Creta minoica es un problema muy interesante. Plinio acude a la autoridad de Varrón para decir que había en total cuatro laberintos, y que la tumba de Lars Persona de Clusium era uno de ellos, estando los otros tres en Cnossos, Hawara y Lemnos. En el norte de África, asimismo, los tuhara asentados cerca de Gurob en El Fayum, en cuyas tumbas se encontró cerámica «micénica», parecen ser los turusha que transtornaron Egipto en el reinado de Merneptah.

El nombre coincide con el grupo de nombres de tribus invasoras que ahora pueden ser casi con seguridad equivalentes a los aqueos, teucros y dánaos; es decir, con las naciones asociadas con los últimos keftiu, a los que los egipcios confundían con los minoicos tempranos. Aunque la leyenda de cómo Teseo mató al Minotauro con la ayuda de la princesa cretense a la que luego abandonó es probablemente un eco de la incursión que saqueó Cnossos, los hechos y la fecha son todavía inciertos. Está bastante claro, sin embargo, que hombres de raza y aspecto minoico encabezaron una gran coalición de estos pueblos para conquistar Egipto y el control del Mediterráneo oriental. Esta coalición fue derrotada por Ramsés III, y su propio relato de la invasión todavía puede leerse en los muros de Medinet Habu. Los relieves e inscripciones dejan fuera de toda duda los rasgos principales de esta gran lucha por tierra y mar, la más antigua conocida de las

decisivas batallas del mundo. Egipto estuvo en gran peligro, y se salvó sólo por la magnífica estrategia de su rey.

No es importante para el presente argumento si los hombres a los que Ramsés derrotó eran auténticos minoicos o si eran los posteriores micénicos, puesto que los egipcios desafortunadamente confundían ambos pueblos. El punto central sigue siendo que los hombres a los que los egipcios consideraban minoicos encabezaban una confederación de naciones y aspiraban a lo que parecía una conquista universal; y, aunque este ataque fue rechazado por los egipcios, las leyendas aún indicaban que la propia Cnossos fue derribada por los habitantes predorios de Grecia, que estaban representados en la época de Solón por los atenienses.

Una dificultad obvia a la hora de identificar Creta con la Atlántida es que Creta está dentro de la Columnas de Hércules, mientras que la Atlántida se afirma expresamente que estaba fuera de ellas. Aunque esta objeción parece formidable, es posible mostrar que la confusión surgió de forma perfectamente natural, si nos imaginamos en Sais y tomamos el mismo punto de vista geográfico que los sacerdotes egipcios. Es el nombre lo que provoca la dificultad, y se nos dice expresamente que los nombres del relato han sido traducidos al egipcio y Solón nos da los equivalentes griegos. La versión egipcia probablemente decía «una isla en el oeste más lejano». Creta, una isla en mar abierto, realmente parecería estar en el oeste más lejano a ojos de los marineros que no se apartaban de la costa del Imperio menfita o incluso tebano. Era probablemente el único viaje que hacían en que perdían de vista la costa. Pero en la época de Solón el horizonte geográfico se había ampliado, y los fenicios se habían acostumbrado hace tiempo a comerciar con España. Solón incluso era contemporáneo de su circunnavegación de África al servicio del rey de Egipto. El exotismo, por lo tanto, debía ser buscado muy al oeste, fuera del océano real más allá de las Columnas de Hércules. Posiblemente aquí tenemos un eco de una frase egipcia que decía «más allá de los Cuatro Pilares del Mundo», que sería Creta según los cálculos egipcios iniciales, puesto que al principio los Cuatro Pilares se identificaban con montañas reales.

Pero hay un argumento mucho más fuerte: el que nos proporciona la extraña y persistente tradición de la poca profundidad del océano Atlántico y los bancos de fango que marcaban el lugar

donde estuvo la Atlántida. No podemos concebir que los primeros navegantes que salieron al oeste de Gibraltar trajeran de vuelta relatos sobre la escasa profundidad de esos mares; al contrario, debieron haberse quedado impresionados con su profundidad, inmensidad y ausencia de islas. Pero si la Atlántida fuese Creta, la explicación sería fácil, puesto que, si por el mal tiempo o un cálculo defectuoso, un barco no llegase a Creta y la sobrepasase por el sur, en seguida se encontraría en las arenas movedizas de la costa tunecina, las Sirtes, que eran temidas incluso en época romana. Después de que la potencia minoica fuese barrida quizás en algo más de tiempo que el «un día y una noche» de la leyenda, sería fácil considerar que esos bancos eran los restos de la isla-reino que había sido hundida en el mar por lo dioses.

A grandes rasgos, por lo tanto, la historia y la geografía de la Creta minoica se corresponden exactamente con lo que Platón nos dice de la Atlántida; pero la similitud de detalle no es menos sorprendente. El gran puerto, por ejemplo, con sus buques y mercancías llegando de todas partes, los elaborados baños, el estadio y el solemne sacrificio de un toro son completamente, aunque no exclusivamente, minoicos; pero cuando leemos cómo el toro es cazado «en el templo de Poseidón sin armas, sino con palos y lazos», tenemos una inconfundible descripción de la plaza de toros de Cnossos, lo que más impresionaba a los extranjeros y que dio origen a la leyenda del Minotauro. Las palabras de Platón describen exactamente las escenas del famoso vaso de Vafio, que sin duda representa la caza de toros salvajes para la lucha minoica con toros, que, como sabemos por el propio palacio, difiere de todas las demás que el mundo ha visto exactamente en el punto que Platón destaca, es decir, que no se usan armas.

Parece, por lo tanto, que Solón realmente escuchó un relato en Sais que lo llenó de asombro y que realmente era el verdadero pero mal comprendido recuerdo egipcio de los minoicos, aunque ni Solón si el sacerdote soñaron con identificar el imperio insular de la tradición con Creta, la pequeña isla que parecía tan grande a sus antepasados.

Pero en el momento en que Cnossos fue saqueada, la repentina destrucción del gobernante de los mares y jefe del poder comercial del Levante podría de alguna manera haberse parecido al saqueo del Londres actual. Un acontecimiento que concernía

tan de cerca a los egipcios debería haber entrado en sus anales, y, una vez escrito en ellos, el relato debería haber sido fielmente transcrito, comprendido o no. Aquí tenemos un curioso detalle: Proclo asegura que vio representaciones de los hombres de la Atlántida en Egipto y que había muchas en el país. Si quiere decir keftiu o minoicos, sus palabras son comprensibles, puesto que están representados en algunos de los más impresionantes relieves que todavía se conservan en Egipto.

Hay, por tanto, una base histórica para la leyenda de Platón, como en el caso de Giges. Pero el propio Platón declara que tomó esta historia no sólo de Egipto, sino del poema que Solón preparaba. Es decir, el Estado ateniense, que en su forma idealizada es ficticio. Puesto que Solón parece haber concebido la idea de una epopeya en la que todas las naciones no helénicas del mundo se aliarían con la Atlántida en una lucha contra la Hélade, cuyo campeón era Atenas. Para asegurar unidad poética omitiría el ataque de la Atlántida contra Egipto e incluso utilizaría las maravillas de Egipto y Babilonia para embellecer su imperio insular: su poema sería más grande que «el relato de la divina Troya», igual que Minos fue más grande que Príamo. El *Critias* probablemente representa el comienzo del poema, que a causa de sus ocupaciones políticas nunca se terminó. Critias tal vez tuvo, en efecto, el manuscrito original de Solón, como Platón señala, y por esa razón se dio su nombre al diálogo inacabado. La grandeza del tema, la emoción de su inicio, la ironía dramática y las extrañas casualidades de la preservación de esta epopeya no tienen igual en toda la literatura.

La cuestión, más amplia, de la correlación de los grandes movimientos de los pueblos mediterráneos en este periodo ya ha sido tratada por el profesor Currelly, de Toronto. Aquí se busca demostrar que la Atlántida perdida es ni más ni menos que la Creta minoica.

Atlántida

Aunque Platón dejó prácticamente contada en el *Timeo* y el *Critias* la historia de la Atlántida, el gran reino insular en el océano occidental más allá de las Columnas de Hércules, los geó-

grafos y otros comentaristas se han ocupado en vano de buscar una situación al reino ahora sumergido y de identificarlo con alguna región conocida de la tierra habitable. «Se han hecho tantos intentos», dice Jowett, «de encontrar la gran isla como de descubrir el país de las tribus perdidas. Los analistas han buscado el lugar en todas las partes del globo, América, Palestina, Arabia Felix, Ceilán, Cerdeña, Suecia». La historia –Jowett la denomina ficción, pero aquí no vamos a entrar en esa cuestión– también ha «ejercido una gran influencia sobre la imaginación de épocas posteriores». Es el prototipo, o la madre, de la *Historia verdadera* de Luciano y probablemente de la fábula griega tardía de Syntipa –aunque se dice que ésta deriva de una fuente persa y puede tener alguna oscura conexión con los viajes de Simbad el marino y otros relatos de *Las mil y una noches*– y de todos los famosos apólogos o fábulas en los que escritores medievales o modernos han intentado encerrar sus propias ideas o satirizar los puntos flacos de los Estados de su época. De esta gran familia, por mecionar sólo unas pocas, son las fantásticas imaginaciones de Rabelais, la *Utopía* de Moro, la *Nueva Atlántida* de Bacon, *Los viajes de Gulliver,* los «micromegas» de Voltaire y muchos apólogos menos famosos. En otra dirección, asociada o confundida con la leyenda independiente de las Hespérides, la Atlántida de Platón ha dado origen a (o quizás, teniendo en cuenta lo que se conoce respecto a la migración de fábulas a lo largo de líneas independientes desde una fuente prehistórica común, deberíamos decir que es colateral con) una serie completa de fantasía mitológica respecto a ciertas fabulosas Islas de los Bienaventurados, que han adquirido diversas formas, todas marcadas por una fuerte aire de familia, entre casi todas las razas marítimas de Europa. ¿Hay algún fundamento para esta fascinante y extendida historia? Ésta es la pregunta planteada una vez más por la ingenua especulación respecto de «El continente perdido» que aparece en otro lugar [del periódico], de la pluma de un corresponsal que encuentra en las investigaciones recientemente llevadas a cabo con resultados asombrosos por el Dr. Arthur Evans en el yacimiento de Cnossos en Creta una sólida base para lo que, por lo demás, podría ser considerado como creación de la rica fantasía de Platón.

Debemos dejar que los argumentos y especulaciones de nuestro corresponsal hablen por sí mismos, simplemente ofreciéndoles sin prejuicios la amable hospitalidad de nuestras páginas. Por supuesto, si puede asumirse que la historia de Platón tiene algún fundamento real, las tradiciones del gran reino minoico de Creta, que todavía sobrevivía en su época, podrían, a la luz de los recientes descubrimientos, ser presentadas como lo que proporcionó esas bases. Muchas de las afirmaciones de Heródoto, que generaciones anteriores de críticos rechazaron como simples cuentos de viajeros, han sido, a la luz de la moderna investigación arqueológica, establecidas como sólidos hechos históricos; y en general se puede decir que una buena parte del destructivo «hipercriticismo» que una vez estuvo de moda entre los eruditos ha sido rechazada por los arqueólogos. Pero Heródoto, después de todo, era historiador, crédulo quizás, y no sin una cierta tendencia mitopoética propia (incluso Tucídides ha sido presentado por un estudioso moderno [F. M. Cornford] como «mitohistórico»), mas un diligente buscador de la verdad. Platón, por otra parte, no era un historiador, ni pretendía mantener su fantasía dentro de los límites del hecho histórico. «Mi querido Sócrates», hace decir a Fedro en el diálogo de este nombre, «todos sabemos lo fácil que es para ti situar tus historias en Egipto o en cualquier otro sitio que te plazca». En el *Timeo,* tras escuchar el comienzo del relato de Critias sobre la Atlántida, Sócrates dice –seguramente con un toque de su bien conocida ironía– que «tiene la gran ventaja de ser un hecho y no una ficción». Platón era un consumado maestro del arte de revestir sus más atrevidas fantasías con la sólida apariencia de hechos establecidos. Critias, a quien le hace relatar la historia, sin duda lo hace de la mejor manera platónica. Se tomó una noche para pensarla y refrescar su memoria de lo que escuchó en su inexperta juventud de labios de su abuelo, también llamado Critias, un hombre que tenía noventa años. Critias el Viejo era hijo de Drópidas, pariente e íntimo amigo de Solón, que con frecuencia recitaba a Drópidas el poema inacabado en el que había encerrado la historia de la Atlántida, sus amplios dominios y su repentina extinción cuando los dioses se enfadaron, tal como la había oído del sacerdote de Sais, en el delta del Nilo. Sin duda Solón, al contársela a Drópidas, completó su historia, que Pla-

tón y Critias dejaron a medias, en una prosa sencilla, sin adornos. Igual que para el supuesto poema, dice Jowett, no hay ningún otro rastro de ella, de forma que toda la evidencia documental que tenemos del origen egipcio de la historia o de cualquier otro vestigio de hechos reales en ella es la versión que Platón pone en boca de Critias en los dos diálogos ya mencionados. «Vosotros los griegos», hace que el sacerdote de Sais diga a Solón, «sois sólo niños, y no tenéis sentido o conocimiento de la verdadera antigüedad. Ni siquiera tenéis una tradición del mayor logro de vuestra raza, cuando los atenienses, sin ayuda de nadie, resistieron el poder de la Atlántida. La razón es que en los días que siguieron a vuestra gran victoria sobre la Atlántida, el Ática fue castigada por una gran convulsión de la naturaleza que respetó sólo a los habitantes analfabetos de las montañas y borró todos los registros de vuestro pasado. En la misma convulsión desapareció también la Atlántida hundiéndose en el mar. Nosotros los egipcios, sin embargo, estuvimos felizmente a salvo de esas convulsiones de la naturaleza y nuestros registros de los tiempos que hemos olvidado son continuos y completos. Podemos decírtelo todo sobre la Atlántida y su origen divino, su maravilloso poder, sus amplios dominios, las maravillas de su ciudad y sus alrededores. También podemos decirte cómo sólo los atenienses pusieron freno a sus agresiones y por qué, cuando aumentó su degeneración, la cólera de los dioses la condenó a la destrucción y la propia sede de su poder se hundió para siempre bajo las olas». Pero ésta es la parte inacabada de la historia que Platón y Critias dejaron a medio contar.

Lo anterior es simplemente una paráfrasis abreviada del inimitable estilo de Platón. ¿Tiene aspecto de verosimilitud histórica, aparte de las tradiciones de la supremacía minoica que sin duda sobrevivían en la época de Platón, que pueden explicar las coincidencias en las que insiste nuestro corresponsal entre la historia de la Atlántida y los resultados de las excavaciones en Cnossos? «Nadie», dice Jowett, «sabía mejor que Platón cómo inventar una sublime mentira». Su objetivo sencillamente era glorificar Atenas y encontrar en una antigüedad completamente olvidada e imaginada un precedente prehistórico para el proceder de Atenas durante las guerras persas. Todos los griegos estaban impresionados por la inmemorial antigüedad de Egipto y

no podían dejar de compararla con los cortos y problemáticos anales de su propia aparición reciente desde un pasado desconocido. Por lo tanto, cuando Platón quiso ir más allá de los estrechos límites de tiempo y espacio que cerraban su propia perspectiva histórica, ¿a qué fuente podía acudir mejor que al Egipto de su propia imaginación, y cómo podía dar mayor autoridad a su sueño que pretendiendo haberlo tomado de labios del viajero e inquieto legislador al que todos los atenienses justamente honraban como uno de los siete sabios de Grecia? «Platón aquí, como en otros momentos», dice Jowett, «ingeniosamente da la impresión de que está contando la verdad que la mitología ha corrompido», y probablemente nunca soñó que la posteridad podía interpretarlo de forma literal. Sin embargo el mundo, como un niño, ha aceptado fácilmente, y en su mayor parte sin vacilar, el cuento de la isla de la Atlántida. En época moderna raramente buscamos huellas del continente sumergido: «pero incluso el señor Grote se inclina a creer en el poema egipcio de Solón, del que no hay evidencias en la antigüedad». Aun cuando la historia de Platón fuese una invención, no necesitamos asumir que fue una pura creación de su fantasía. Pudo reelaborar algo que hubiese oído o leído de civilizaciones primitivas que existiesen en el circuito del mundo helénico. Sobre esta hipótesis, las coincidencias señaladas por nuestro corresponsal entre la historia de la Atlántida y las revelaciones de Cnossos bien pueden atraer la atención seria de eruditos y arqueólogos.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abraham 54, 82, 88, 125, 158
Acemetas 17
Acosta (José de, RP) 72, 113
Adán 76-77, 105, 119, 125
Afortunadas (islas) 68, 105
África 9, 37, 49, 52, 56, 72-74, 135-136, 139, 156, 160, 163, 166-167
Agustín (san) 76
Akrotiri 23
Albión 125
Alcinoo 28, 160
Alejandría 54-57, 62, 75, 90
Alejandro 48, 57, 74, 116
alemanes 11, 116, 123, 132, 140
Alfeo (río) 150
Alfonso de Portugal 68
Allen (Paul M.) 127
Amelio 60
América 7, 12, 68-70, 72-74, 91, 96, 105, 111, 116, 121, 125, 131, 135, 156, 158, 160, 170
americanos 69, 92
Amiano Marcelino 54
Ámsterdam 76, 81, 85, 106, 108, 148
Anaxágoras 26, 54
Anaximandro 54
Ancyra (Ankara) 57
Andalucía 134
Anquetil-Duperron (Athanase-Hyacinthe) 111
Antelme (Robert) 152
Antillas 71
Apfelstahl 153
aqueos 22, 49, 166
Aquiles 133
árabes 120-122
Argos 56, 90, 96
arios 119, 138, 158-159
Aristóteles 26, 33, 48-50, 55, 60, 63, 68, 161
Arnobio 57
Arronax 131
Ascanio (cardenal) 68
Asia 19, 31, 49, 55-56, 63-64, 73, 78, 105, 163-164
Atenas 16-19, 23-24, 26-32, 34-36, 38-39, 41-42, 44, 53, 60-61, 110-111, 133, 169, 172
ateneo de Naucratis 54
atenienses 26, 32, 36, 41-42, 53, 59, 61, 63, 73, 76, 111, 115, 165, 167, 172-173
Ática 96, 158, 163, 172
Atila 148
Atlántico (océano) 12, 33, 50, 52-53, 56, 58, 60-61, 81, 94, 125, 138-139, 159, 167

Atlas, montes 37, 135, 142
Atlas 32-33, 51-52, 61, 69, 72, 79, 87, 127, 130-131, 134, 137
Audigier (A.) 80
Auschwitz 147, 149-152
Azores 96, 105, 136

Babilonia 36, 118, 169
Bachelard (Gaston) 155
Bacon (Francis) 74-76, 81, 83, 92, 130, 158, 170
Baer (F.) 89, 94
Bailly (Jean-Sylvain) 92-94, 115, 118, 120, 127, 159
Báltico (mar) 140, 160
Bárbaros 35, 37, 61, 74, 92, 139
Barcelona 68, 133-134
Barthes (Roland) 28
Bartoli (Giuseppe) 11, 105, 109-111, 113
Bartolomé (san) 75
Basilea 79
Basileia 52, 141
Baudelaire 161
Bayle (Pierre) 80-81
Beaufret (Jean) 41
Benabou (Marcel) 149
Benoit (Pierre) 27, 135-137
Bensalem (isla de) 75-76
Beocia 22, 52
Bérard (Victor) 134-135
Berlín 45, 137-139, 143-144, 151
Berlioux (Étienne-Félix) 135
Bética 134
Biblia 7, 11, 55, 62, 64, 68, 70, 72, 74, 77, 106-107, 115, 119, 137, 158
Bickerman (Elias) 54
Bidez (Joseph) 36
Biona 131
Blake (William) 125, 136, 156
Blavatsky (Helena) 157
Blegen (Carl) 21
Bollack (Jean) 17, 123
Bonaparte, 121 130
Bonifacio 48
Bonnaud (padre Jacques-Julien) 89-90, 113-114, 127
Borbones 130
Bordelum 141
Bósforo 105
Bossuet 87, 124
Boucher de Perthes 76
Boulanger (Nicolas) 105-109, 118-119, 127
brahmanes 93
Brandán (san) 67
Brecht (Berthold) 147
Brisson (Luc) 13, 18, 26, 28-31, 33, 40, 60
britanos 125
Bruckmann 132
Brunschwig (Jacques) 26, 43
Buda 122
Budapest 148
Buffon 9, 81, 107, 114, 118

Cabet 135
Cairo (El) 62
Calcidio 67
Calde (río) 150
Caldea 54, 93
caldeos 62-64
Cam (hijo de Noé) 70
Canarias (islas) 81, 96, 105, 136, 141, 161
Canfora (Luciano) 47, 142
Carli (conde Gian Rinaldo) 7, 9, 90-92, 124, 129
Carlos V 71-72, 119
Carnac 139
Cartago 50
Caspio (mar) 160
Castel-Bouchouchi (Anissa) 18, 30
catalanes 133
Cáucaso 115-116, 119
Cellier (Léon) 117, 123
celtas 90-91, 119-121, 129
Cerdeña 109, 170

Champollion (Jean-François) 118, 127, 159
Chapelle (L.) 89
Chateaubriand (François-Auguste de) 114, 116-117
Chaunu (Pierre) 76
Checoslovaquia 147
Chiapas 69
China 49, 71, 75, 93, 159
Chipre 52, 73
Cicerón 57
cimerios 48
Ciro 42, 116
Cladeo (río) 150
Clemente de Alejandría 56-57
Clístenes 35
Cnossos 15, 54, 163-168, 170, 172-173
Collina-Girard (Jacques) 20
Colón (Cristóbal) 10, 49, 68, 70-71, 134, 161
Columnas de Heracles (Hércules), *véase* Gibraltar 31, 36-37, 49-50, 61, 142, 167, 169
Constantinopla 17, 57
Contarini (Gasparo) 71
Copais (lago) 22
Corinto 30
Cosmas Indicopleustes 20, 62, 65, 67, 71, 89, 119
Coubertin (Pierre de) 150
Couissin (Pierre) 136
Court de Gébelin 92, 116, 118
Cousin (Victor) 25, 123
Cousteau (Jacques-Yves) 23
Crantor 59
Creta 23, 52, 61, 141, 163-171
Critias el viejo 26, 28, 171
Critias, primo de Platón 26
Cromwell (Oliver) 92
Cuoco (Vincenzo) 124

D'Anville 96
Dánao 56
Darío 42
Delfos 160
Delisle de Sales (Jean-Baptiste Isoard, llamado) 114-118
Descartes (René) 10, 76, 79, 155
Desclos (Marie-Laurence) 18, 30
Deucalión 107
Diès (A.) 40
Diocleciano 57
Diodoro de Sicilia 51-52, 56, 61, 91, 93, 116
Dioniso de Halicarnaso 47
Dioniso de Mitilene, brazo de cuero 51
Dioniso de Siracusa 38
Donnelly (Ignatius Loyola) 127, 158-159, 161-162
Dordoña 73
Dörpfeld (Wilhelm) 21
Dresch (Jean) 106
Dublín 126
Duchêne (Hervé) 136
Dumézil (Georges) 17, 119

Ecbatana 36
Edén 67-68, 90, 94, 160
Effenterre (Henri Van) 22
egipcios 9, 29, 31, 59, 63, 89, 108-109, 164-167, 169, 172
Egipto 23, 29, 31, 53, 63, 73, 77, 121-122, 126-127, 159-160, 163-167, 169, 171-173
Einstein (Albert) 158
Eliano 48
Ellis (Richard) 19, 22-23, 156
Epidauro 52
Er (hijo de Armenio) 28, 43
Eratóstenes 142
Erecteo 32
Escandinavia 78, 88, 93, 120, 139
escitas 119-120
Esdras (Pseudo) 70
España 5, 7, 8, 10, 71-73, 77, 90, 113, 129, 134, 136, 138, 161, 167
Esparta 136

Estienne 71
Estocolmo 78, 109-110
Estrabón 49, 51, 60, 62
Etiopía 60, 63, 122
etruscos 80, 90-91, 124
Eubea 52, 73
Eubulo 27
Eugea 130
Europa 7, 54, 63-64, 72-75, 78, 89, 91, 96, 105, 110, 130, 141, 160, 163, 166, 170
Eva (Evenha) 119
Evans (Arthur) 22, 163, 170
Evémero 51, 91

Fabre d'Olivet 11, 114, 116-118, 121-125, 127, 156
Falla (Manuel de) 134
Feacia 140
Felibres 133
Felipe II 71-72
Fenicia 124
Ferry (Jules) 135
Festugière (A. J.) 50, 58-60
Ficino (Marsilio) 68
Fidias 16
Filadelfia 158
Filipo de Opunte 53
Filón de Alejandría 55
Flem-Ath (Rand) 157-158
Florencia 68-69
Foe 122
Fontenelle (Bernard Le Bovier de) 115
Foucrier (Chantal) 5, 8, 19, 69, 75, 131, 135, 137-138, 156
Fra Mauro (cartógrafo) 68
Fracastore (Gerolamo) 69
France-Ville 132, 135
Francia 33, 37, 75, 77, 80, 92, 95, 113-114, 117, 129, 131, 133-137, 149, 158
francos 129, 138
Franklin 131
Frau (Sergio) 142, 145
Fréret (Nicolas) 95-96
Frisia 139
Frobenius (Leo) 135
Frost (K. T.) 22, 163

Gadeira (Cádiz) 63
Galia 73, 80, 90, 159
Galilea 140
Galileo 75-76
Gallus, *véase* Noé 80
Gamboa (Pedro Sarmiento de) 72
Ganges (río) 93
Garnier (Charles) 90, 113-114
Ghengis Khan 148
Gibbon (Edward) 95, 109-110
Gibraltar 20-21, 31, 49-50, 73, 105, 142, 168
Gill (Christopher) 17, 21, 30
Gioberti (Vincenzo) 90
Gizeh 158
Gliozzi (G.) 69, 71-72, 74
godos 77, 80, 120, 138
Godron (Dominique Alexandre) 135
Gog y Magog 67
Goldschmidt (Victor) 58
Gómara (Francisco López de) 71, 88
Gordon (Richard) 127
Gorp (J. Van; Goropius Becanus) 72
Gran Bretaña 124, 126, 138
Gran Norte 73, 88, 93
Granada 71
Grecia 10, 16, 22, 26, 29-31, 73, 91, 106, 124, 140, 164-165, 167, 173
griegos 15, 17, 35-36, 42, 53-57, 60-64, 67, 74, 79, 90, 93, 107, 111, 122, 124, 137, 150, 152, 158, 160, 165, 167, 172
Grimm 89, 108
Guadalquivir 135
guanches 81
Guéranger (dom) 137

Guérin du Rocher 89
Guignes (de) 109
Gustavo Adolfo (rey de Suecia) 79
Gustavo III 109-110
Gutenberg 70, 76

Harrington (J.) 92
Hauptmann (Gerhardt) 138
Hazard (Paul) 113
Heber 125
hebreos 89-90, 92, 118-119, 121-122, 125
Hegel 58
Helder 139
Helena 57, 156
Heligolandia 141
Heliópolis 53
Herculano 159
Hércules 134, 142, 160, 167
Hermócrates 26, 28
Heródoto 6, 15, 21, 28-29, 35-38, 41, 49, 51-52, 56, 72, 79, 88-89, 92, 94, 121-122, 127, 142, 161, 171
Herrmann (Albert) 139-141, 143
Hesíodo 29, 55, 130
Hespérides 68, 71, 160, 170
Himmler (Heinrich) 140-141, 148
hiperbóreos 48, 79
Hiperión 52
Híspalis (Sevilla) 134
Hissarlik (Troya) 21
Hitler (Adolf) 140, 148
Hoggar 27, 135, 137
Homero 21, 29, 39-40, 49, 60, 140
Huet (Pierre-Daniel, obispo de Avranches) 88
Hugo (Victor) 130
Hungría 148

íberos 129
Ictino 16
incas 138, 159
India 49, 71, 79, 93, 119, 121, 126-127, 132, 159
Indias 62, 68-69, 71-73, 93, 111, 148
indios 69-72, 131-132
Inglaterra 92, 125, 132-133
Irán 126
Irlanda 124, 126-127, 140, 159
Isoard (Jean-Baptiste), *véase* Delisle de Sales 114
Israel 54, 56, 70, 77, 79, 89-90
israelitas 71
Italia 5-8, 26, 31, 60, 69, 72-73, 90-92, 124, 129
itálicos 90, 124

Jacob 90
Jacobs (Edgard P.) 136
Jafet 70, 72, 78-79
Jámblico 58-59, 61
James (Peter) 22
Jano 91
Jehová 134
Jenófanes de Colofón 107
Jenofonte 42
Jerjes 36, 42
Jesús 75, 87-88, 140
Jesusalén 54, 148
Jethro (suegro de Moisés) 122
Jonatán 70
Jordán 89
Jordan (Paul) 131, 156, 158
Jordanes 93, 138
José 72, 90, 105, 113, 155
Josefo (Flavio) 20, 55-56
Juan (apóstol) 88
Juan (preste) 67
Judea 63, 77, 89, 94, 119, 122
judíos 7, 54-56, 71, 75, 90, 110, 114, 118, 122, 125, 149
Juliano el Apóstata 57

Kahn (Robert) 149
Kien (Peter) 147
Kircher (Athanasius) 81, 85, 96, 105

La Haya 16, 89, 113
La Peyrère (Isaac) 76-77, 108

Lamballe (duquesa de) 130
Las Casas (Bartolomé de) 69
latinos 124
Laurion 35
Le Plongeon (Augustus) 157
Leiden 43, 55, 67, 74, 76
Lemercier (Népomucène) 130-131
Lemuria 156
Lenain de Tillemont (Sébastien) 95
Leroux (Pierre) 117
Letronne (Jean-Antoine) 127
Lévêque (Pierre) 16-17
Lévi-Strauss (Claude) 68
Libia 19, 31, 51, 55
Lincoln (Abraham) 158
Lipsio (Justo) 74
Lombardía 90
Londres 22, 116, 126, 168
Loraux (Nicole) 16, 35, 38
Lord (Albert) 133-134
Lovaina 50, 74
Lubeck 89
Luce (J.V.) 17
Luciano 34-35, 114, 142, 170
Lucrecio 130
Luis XIV 129

Macedonia 48
Madeira (isla de) 96
Magallanes (estrecho de) 73
Magreb 36-37
Mallia 22
Maratón 31, 36, 42
Marcelo 60, 126, 141
Marguerite (Henri) 58
María Antonieta (reina) 130
Marinatos (Spyridon) 22-23
Marlowe (Christopher) 158
Marrou (Henri) 15, 57
Marruecos 132, 138
Martin (Thomas-Henri) 11, 19, 25-26, 77-78, 111, 123-124, 127, 131
Mártir de Anglería (Pedro) 68
Marx (Karl) 155
Masada 20
Mattéi (Jean-François), 33
Mayor (mar), *véase* Negro (mar) 73
Mazzoldi (Angelo), 124, 129
medas, 119
Medio Oeste 161
Mediterráneo 31, 73, 81, 91, 159-160, 166
Melanión 152
Mérope 48
Meropia 48
Mesenia 51
Mesopotamia 133
mexicanos 88
México 69, 71, 89, 155, 157, 160
Micenas 54
Midas de Frigia (rey) 48
Milán 124
Minnesota 158, 161
Mississippi 159-160
Mistral (Fréderic) 133
Moisés 54-56, 63, 88-89, 106, 115, 122
Momigliano (Arnaldo) 6
Montaigne (Michel de) 72-74, 113, 158
Montesquieu (Charles de Secondat, barón de La Brède et de) 111
Morhange 137

Napoleón 77, 117, 130
Necker (Germaine) 110
Negro (mar) 73, 160
Negroponto 73
Nemo 131-132, 150
Newton (Isaac) 79, 108, 130
Níger 132
Nilo 29, 37, 171
Noé 70, 78, 80, 105, 107, 125-126
Novalis 123
Nueva York 126
Nuevo Mundo 68-69, 71-73, 82, 161
Numenio de Apamea 56, 61

O'Brien (Henry) 126-127
Ofir 148
Olimpia 150-151
Olimpo 160
Olivier (Claude) 88
Omegueo (río) 150
Ónfalos 160
Oregón 132
Orfeo 122
Oriente 36, 61, 63, 93, 105, 136, 158, 164
Orígenes 60-62
Oropo 30
Ossian (Macpherson, pseudo-) 125
Overall 148
Oviedo (Gonzalo Fernández de) 71

Padua 105
Palestina 23, 71, 73-74, 88, 105, 113, 170
Panfilia 28
Para du Phanjas (R. P.) 89
París 12, 93, 105, 110, 130, 148-149
Parry (Milman) 133
Partenón 16, 31
Pascal (Blaise) 76-77
pelasgos 119
Peloponeso 21, 110
Pembroke (Simon) 156
Perec (Georges) 148-153
Pericles 19, 35
persas 42, 61, 119, 172
Persia 42
Pérsico (golfo) 62
Perú 75, 138, 159-160
Piganiol (André) 57
Pireo (El) 27, 34, 45
Pirineos 134
Pisistrátidas 39
Piteas de Marsella 141
Pitton de Tournefort (J.) 105
Platea 36, 42
Platón, *passim* 15-23, 25-36, 38-43, 47, 49-56, 58-59, 61, 63, 67-71, 73, 75-80, 88-89, 91-92, 94-96, 105-111, 115-116, 118, 120, 122, 124, 131, 137-138, 140, 142, 147-148, 152, 155-161, 165, 168-173
Plinio el Viejo 52, 54, 73
Plotino 58, 60
Plutarco 53, 58
Poinsinet de Sivry 108
Poinssot (R.) 139
Polibio 50
Polonia 147
Pompeya 23, 159
Poncio Pilato 56
Porfirio 61
Portugal 68, 134
Poseidonis 157
Posidonio de Apamea 49
Postel (Guillaume) 80
Pradeau (Jean-François) 18, 30, 35, 109
Proclo 50, 58-63, 169
Próximo Oriente 93, 158
Psenopis de Heliópolis 53

Ragvaldi (obispo Nicolas) 79
Rávena 148
Rawley (W.) 75
Reclus (Élisée) 134
Reinach (Salomon) 136
Riefenstahl (Leni) 151
Rivaud (Albert) 32-33
Robert (Fernand) 15
Rodas 47
Rojo (mar) 81, 94
Roma 79, 106, 142, 145
romanos 54, 56-57, 67, 74, 79, 129
Ronsard (Pierre de) 129
Rosenberg (A.) 140
Rossi (V.) 58, 81, 108
Rotterdam 80
Rousseau (Jean-Jacques) 105, 111
Rousset (David) 152
Rudbeck (Olaus) 18, 77-81, 84, 87-90, 92-93, 110, 118-120, 124, 129, 138, 140

Sadrin (P.) 106
Sahara 135, 137
Sainte-Beuve 117
Saint-Martin 117
Sais 29, 31, 53, 73, 111, 165, 167-168, 171-172
sajones 138
Salamina 38, 42
Salomón 63, 75
Sanchis de Sais 53
Sand (George) 117
Santorini (isla de) 22-23, 141, 156
Saturno 56-57, 91, 93
Scharbau (H.) 89
Schleswig-Holstein 141
Schliemann (Henrich) 21
Schnapp (Alain) 78, 81, 162
Schönberg (Arnold) 147
Schulten (Adolf) 135
Scott-Elliot (William) 156-157, 161
Scribe 110
Sem 70, 125
Serranus 71
Serres (Jean de) 71
Sesostris 90
Sevilla 72, 134
Shakespeare 68, 158
Sicilia 50, 52, 56, 73, 142, 163
Sinnett (A. P.) 157
Siracusa 26, 38
Siria 52, 73, 163
Siriano 58-59, 61
Snodgrass (Anthony) 21
Sócrates 27-29, 38, 43, 171
Solón 6, 9, 19, 23, 26, 28-29, 53, 59, 63, 68, 73, 77, 89, 111, 165, 167-169, 171-173
Spanuth (Jurgen) 141
Spinoza (Baruch) 76
Spitzberg 120
Staël (Germaine de) 110
Stahel (R.) 162
Stahlstadt 132-133, 135
Starobinski (Jean) 87
Steensen (Niels; Nicolas Stenon) 81
Stonehenge 139
Suecia 7, 77-79, 81, 90, 93, 105, 109-110, 129, 170
Susa 36
Svenbro (Jesper) 18, 78, 129

Taciano 56
Tartessos o Tarsis 72, 141
Taylor (A. E.), 58 125
Temístocles 42
Teodosio (emperador romano) 57
Teófilo de Antioquía 56
Teopompo de Quíos 47
Termier (Pierre) 136
Tertuliano 48, 56-57
Teschen 147
Thera, *véase* Santorini 22
Theresienstadt 147-148
Tíber (río) 56
Tissot (Charles) 136
Toland (John) 92
Torres (Luis de) 70
Toscana 73
Transjordania 89
Troya 21, 49, 54, 140, 169
troyanos 129
Tubalcaín 127
Tucídides 15-16, 21, 35, 37-38, 111, 171
Túnez 135, 139-140, 142
Turín 11, 109

Ubú rey 148
Ulises-Hespero 72
Ullmann (Victor) 147
Uppsala 78
Ur, 24, 54 133
Urban (Fortia d') 129

Varennes 116
Venecia 71, 75, 162
Verdaguer (Jacint) 133-134
Verdi (Giuseppe) 110

Verne (Julio) 19, 131-133, 135, 138, 150
Verona 69
Verulam, *véase* Bacon 76
Vesalio 79
Vico (Gianbattista) 80, 108, 124-125
Viena 141, 147-148
Vigo (Jean) 152
Virgilio 48, 51
Volney (Constantin de) 139
Voltaire (François Marie Arouet, llamado) 89-90, 93, 95-96, 106, 110, 113-114, 170

Wagner 149
Washington 158
Weil (Raymond) 15
Weill (Kurt) 147
Wilford (F.) 126
Wilson (Colin) 157
Wilson (Thomas Woodrow) 150
Wirth (Hermann) 139
Wisconsin 161
Wismann (Heinz) 17, 123

Yugoslavia 134

Zangger (Eberhard) 21
Zschaetzsch (Karl Georg) 138-140

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

En el texto:

Trirreme 44
El Pireo: zonas de construcciones públicas 45
La ciudad de los atlantes 45
El mundo según Cosmas Indicopleustes 65
Página de la traducción francesa del *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius 82
Francis Bacon 83
Olaus Rudbeck anatomista y la Atlántida-Suecia revelada 84
Mapa de la Atlántida en *Mundus Subterraneus* de Athanasius Kircher 85
Mapa de localización de la Atlántida según Albert Herrmann .. 143
Mapa y portada de la obra de Karl Georg Zschaetzsch, *Atlantis, die Urheimat der Arier* 144
Anuncio de la obra de Sergio Frau, *Le Colonne d'Ercole. Un'inchiesta* 145
El mundo en vísperas del hundimiento de la Atlántida. Mapa tomado de *The Story of Atlantis* de William Scott-Elliot 154
La Atlántida y su imperio. Mapa tomado de *Atlantis: the Antediluvian World* de Ignatius Loyola Donnelly 162

Fotografías en color:

I. Estandarte de Ur (2500-2350 a.C.) 97
II. Navío entrando en un puerto (Santorini, s. XVI a.C.) 98
III. Enfrentamiento de hoplitas (fines del s. VII a.C.) 99
IV. Representación de la Atlántida (fresco del s. XVI, Mantua) 100
V. Mapa tomado del *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius (1595) 101
VI. *Atlantis Appendex* de Willem Janszoon Blaeu (1630) 102
VII. *Atlantis Insula*. Mapa de Nicolas y Guillaume Sanson (1668) 103
VIII. Olaus Rudbeck. Retrato (1687) 104

ÍNDICE GENERAL

Prólogo a las ediciones italiana y española 5
Agradecimientos 13
Introducción 15

I. Al principio era Platón 25
II. Atlántidas antiguas 47
III. El retorno de los atlantes. 1485-1710 67
IV. Luces de la Atlántida. 1680-1786 87
V. El gran viraje. 1786-1841 113
VI. Es preciso que una nación esté abierta o cerrada 129
VII. Interludio: notas sin música 147
VIII. El agua, la tierra y los sueños 155

Apéndice (Dos artículos del Times, *19 de febrero de 1909)* 163
Índice onomástico 175
Índice de ilustraciones 185